

Miguel Bonnefoy

El inventor

Traducción de Regina López Muñoz

Miguel Bonnefoy

El inventor

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide

Índice

Primera edición, 2023
Título original: *L'inventeur*

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-75-5
Depósito legal: B. 17008-2023
Impreso por Kadmos
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

A Maya,
que ve el sol
hasta cuando no brilla

Tras llevar a cabo un cálculo sobre la fuerza de una palanca, Arquímedes afirmó que podría mover el mundo.
Yo sostengo que la concentración del calor radiante del sol podría producir una fuerza capaz de detener el movimiento del planeta.

AUGUSTIN MOUCHOT

1

Su rostro no aparece en ningún cuadro, en ningún grabado, en ningún libro de historia. Nadie es testigo de sus derrotas, raros son los que asisten a sus victorias. De todos los registros de su siglo, lo único que Francia conserva de él es una fotografía. Su existencia no interesa ni al poeta, ni al biógrafo, ni al académico. Nadie reviste de leyenda su discreción ni de grandeza su enfermedad. Su casa no es un museo, sus máquinas apenas si se exponen, el liceo donde llevó a cabo sus primeras demostraciones no lleva su nombre. A lo largo de toda su vida, este guerrero triste se alza en solitario frente a sí mismo y, a pesar de esa soledad que podría poseer el temple y el acero de los genios en la sombra, su destino no llega a ser siquiera el del héroe vencido. En apariencia, no pertenece a esa raza de inmortales sin memoria, de nombres prohibidos. Si Augustin Mouchot es uno de los grandes olvidados de la ciencia no es porque fuese menos perseverante en sus investigaciones o menos brillante en sus hallazgos, sino porque el delirio creador de este erudito testarudo, frío y severo se obstinó en conquistar el único reino que ningún hombre ha sido capaz de ocupar jamás: el sol.

En aquel entonces, en los albores del siglo xix, nadie mostraba interés por el sol. Francia daba la espalda al cielo y se afanaba en hurgar las entrañas de la tierra para extraer cada día miles de toneladas de carbón. Las ciudades se alumbraban con carbón, los lechos se calentaban con carbón, la tinta se fabricaba con carbón, la pólvora se hacía a base de carbón, las manitas de cerdo se guisaban en carbón, los zapateros confeccionaban suelas con carbón, los lazaretos se limpiaban con carbón, los novelistas escribían sobre el carbón, y todas las noches, en su alcoba de palacio, ataviado con un camisón con flores de lis en los botones, el rey se quedaba dormido pensando en un enorme bloque de carbón. Así pues, a principios de siglo, aunque fuese caro, agotable y ensuciara, no había negocio, profesión, arte ni ámbito que no recurriera de un modo u otro al carbón.

Entre todas estas actividades había una, la cerrajería, que lo consumía en grandes cantidades, pues necesitaba producir calor suficiente para moldear el hierro. En aquel tiempo, las cerrajerías conservaban aún la rusticidad medieval de las antiguas fraguas donde se batía el bronce para hacer barandillas de escaleras y se elaboraban verjas de metal para los jardines de los pueblos, si bien habían prosperado con más refinamiento el día en que Luis XVI, antes de ser guillotinado en la plaza de la Revolución, abrió un taller en las plantas superiores de Versalles. Durante treinta años, y en la máxima clandestinidad, el último rey de Francia se entretuvo reproduciendo

con exactitud los cierres de las puertas de su castillo, los pestillos y los sistemas de seguridad, y se rumoreaba que él mismo había diseñado la cerradura del armario de hierro que escondía las cartas robadas de los monarcas, cuya llave él custodiaba prendida de un colgante en torno a su cuello. Muchos años después, cuando su cabeza rodó por el cadalso ante una muchedumbre enfebrecida, un joven borgoñón llamado Jean Roussin, que había asistido al espectáculo, hallaría una llave de plata en el barro, disimulada entre un mechón de pelo, y la vendería en la rue Saint-Denis a cambio de unas monedas, sin sospechar que tenía en sus manos el secreto mejor guardado del reino.

Con ese dinero abrió una cerrajería en el departamento de Côte-d'Or, en Semur-en-Auxois, una población que contaba tres mil almas y dos campanarios. Se estableció en una casa en las riberas del río Amance, donde se casó y tuvo cinco hijas. Quince años después, la benjamina, Marie Roussin, una muchachita callada y melancólica, se enamoró de uno de los aprendices de su padre, un tal Saturnin Mouchot, y pasó el resto de su vida trayendo al mundo a seis criaturas en una callejuela cercana.

Y así, el 7 de abril de 1825, a la sombra de la rue de Pont-Joly y la rue de Varenne, en el rincón más resguardado de la luz, la trastienda de un taller de cerrajería, nació el hombre que inventaría la aplicación industrial del calor solar. Aquel día, aunque ya era primavera, todavía hacía frío. Una brisa glacial arremetía contra los cristales de las ventanas cuando Marie Mouchot, cobijada junto a la caldera donde se amontonaban llaves viejas y marcadas con etiquetas, sintió un intenso e inesperado dolor en el bajo vientre. En la soledad del taller, se levantó los faldones del vestido, se acuclilló y parió detrás de la mesa de trabajo sin un solo grito, con un discreto rumor de huesos, en un anonimato tan absoluto y un silencio tan austero que tuvo la sensación de que se le abría entre las piernas el bombín de una cerradura. El bebé, recubierto de sangre y grasa, fue a aterrizar en el fondo de un saco de buriles y cerrojos. Cuando Saturnin Mouchot irrumpió en el taller, alertado por los llantos del recién nacido, agarró unas tenazas sacaclavos y cortó el cordón umbilical como habría hecho con un cable de hierro.

Al día siguiente le pusieron al niño Augustin Mouchot. Añadieron Bernard como segundo nombre de pila en honor a un viejo antepasado ferretero. Pero, dado que en aquellos tiempos no era raro que los niños de pecho murieran antes de cumplir el año, y dado que la escolarización no era obligatoria y que a los críos los ponían a trabajar desde que aprendían a andar, nadie prestó apenas atención a su nacimiento y, ya desde sus primeras horas de vida, sospecharon que él

siempre había estado ahí.
Con seis meses, Mouchot estaba ya agotado de vivir. No poseía la redondez abotagada de los bebés robustos ni la imprevista luminosidad de los predestinados, sino que parecía siempre al borde de la apoplejía, todo arrugado y demacrado, como un sapo enfermo cuyo color de piel, aun estando alimentada por la leche densa de las vacas de Montbard, presentaba el aspecto de una artesa de piedra. Comía mal, dormía mal, veía mal. No abrió los ojos hasta cumplido el quinto mes, y su madre, con muda inquietud, se percató de que no distinguía ningún objeto a más de diez centímetros de distancia. Una tarde, con apenas un año, no supo sortear la pata de una mesa y le cayó en la cabeza una caja de herramientas tan pesada que tuvieron que coserle la frente con una aguja de guarnicionero. Creyeron que el golpe lo había dejado lelo. El accidente no lo embruteció, pero sí provocó en su cuerpo una anemia precoz. El pequeño Augustin atraía todas las enfermedades que Borgoña había acumulado a lo largo de los siglos; tanto es así que no hubo bacteria ni virus ni germen que en 1826 no se hospedara en el cuerpecillo del niño Mouchot. Pasó la viruela, la escarlatina, la difteria, tuvo fiebres, una diarrea que le duró catorce días, una forma infrecuente de clorosis que se suponía que solo padecían las jovencitas de la alta sociedad y, durante mucho tiempo, toda la vecindad se preguntó cómo había podido sobrevivir aquella criatura sin fuerza ni resistencia a tamaño huracán de infecciones.

Guardó cama los tres primeros años de su vida. Emparedado en la penumbra de su habitación, velado por su madre a la luz de un farol, jamás vio la claridad del día. La llegada del verano acentuó aquella carencia de vitaminas y le recubrió la piel de una constelación de espinillas coloradas, de escamas secas, de fétidas inflamaciones con forma de placas redondeadas. Llamaron a curanderos y hechiceros que le aplicaron aceite de chaulmoogra y le ataron un cencerro al cuello, convencidos de que tenía la lepra. Un médico de Dijon, que había entrado en la cerrajería un día por casualidad, lo examinó con más detenimiento y determinó que aquello no era lepra, sino un trastorno epidérmico causado por la falta de sol. Siguiendo sus consejos, sentaron al pequeño Augustin en medio de la plaza a las tres de la tarde, en plena canícula, para que se le secaran las placas, pero el repentino exceso de calor le provocó una insolación brutal, los granos engordaron y al niño no le quedó más remedio que pasar su cuarto año de vida con el cuerpo embadurnado de miel y pociones de serpol. Con cinco años parecía una momia lúgubre, inmóvil y lívida, devastada por los remedios. Cuando se echaba una siesta más larga de

la cuenta, temía que lo enterrasen vivo. Por eso, en cuanto supo escribir, adquirió una costumbre que no lo abandonaría jamás: antes de quedarse dormido dejaba siempre una nota prudente encima de la mesita de noche:

Aunque lo parezca, no estoy muerto.

Sin embargo, Saturnin Mouchot detectó en aquella fragilidad una fuerza explotable. Era consciente de que su hijo era demasiado flaco, demasiado canijo para desempeñar un oficio tan duro como el de cerrajero, pero le habían llamado la atención sus manos, pequeñas, ágiles y de dedos finos, poco habituales en la estirpe Mouchot, perfectamente adaptadas para actividades de precisión. Así, lejos del caballete de perforar, lejos de las herramientas para tallar hierro, lejos de los mandriles para taladrar en caliente, Saturnin instaló a Augustin en el fondo de la estancia, en un cuchitril oscuro, para que separara varillas y bisagras por tamaño, clasificara pernos y tacos, y ordenara los estribos por calibre. Su hijo resultó ser tan diestro como un orfebre. Donde otros niños habrían cometido errores, él hacía gala de una exactitud espeluznante. En cualquier momento se le podía pedir que agrupara centenares de piezas minúsculas, que catalogara las limas por grosor o los raspadores por cuchilla, que limpiara los encendedores más sucios y los bruñidores más oxidados; nunca fallaba. Pero lo que más impresionó a sus compañeros fue que antes incluso de aprender a leer Augustin había empezado a concebir poco a poco un sistema de codificación para cajas fuertes, una armonía de números que permitía cifrar signos con una rapidez de razonamiento extraordinaria y una lógica nada propias para su edad, como si los largos años de aislamiento hubieran hecho cuajar en su cabeza un don natural para el cálculo mental.

Su madre fue la primera en darse cuenta. Una tarde, mientras lo ayudaba en el taller, lo vio deshacer y montar de nuevo a una velocidad vertiginosa las combinaciones de una caja y decidió sacarlo de aquella vida de artesano en la sombra, presintiendo en secreto que aquel niño enfermizo, frágil y delicado sería quizá la única persona de aquel villorrio que algún día podría abrir las puertas de París. Aguardó hasta el final del verano y, a primeros de septiembre, agarró a su hijo del brazo, atravesó la plaza de la iglesia y se presentó en la puerta de la única escuela del pueblo.

Detrás del puente Pinard, todavía guarnecido con cañones, en la rue du Rempart, habían fundado una escuela en el interior de una imponente construcción de piedra y ladrillo coronada por ventanas estrechas como saeteras que semejaba más una fortificación gótica que un centro escolar. Allí recibió Augustin su instrucción conforme a las

costumbres de la época, a base de golpes disciplinarios y relatos de batallas, de sogas de cáñamo unidas por un mango y traducciones del griego, pero él se mantuvo imperturbable. Jamás protestó, ni siquiera cuando lo obligaron a ponerse de rodillas encima de un puñado de garbanzos secos durante dos horas, con la mirada fija en el suelo, ni cuando lo castigaron de pie con los brazos en cruz en medio del patio de recreo. Para él, que había sobrevivido a tantas enfermedades, a tantos traumas, a tantas tribulaciones, ningún correctivo podía competir con las adversidades de su niñez.

Con once años se parapetó tras un retraimiento profundo. Era tan reservado que pasaba por arrogante. Como era gris y taciturno, nadie habría sido capaz de destacar nada de su persona, y a sus compañeros de clase, hasta el final de su vida, les costaba referir alguna anécdota de sus años de juventud. La alegría festiva de la adolescencia y los deseos impetuosos, el juego de los misterios y las tentaciones de la aventura, todo aquello que para los demás representaba la exaltación salvaje de las primeras pasiones se topaba en Mouchot con una resistencia espartana. Enseguida se volvió apático, callado. Nada lo conmovía, ni siquiera más adelante, cuando falleció su madre, ni cuando la gangrena atacó a uno de sus hermanos. Durante los cinco años de escuela primaria, Mouchot no expresó nada, no tuvo un solo amigo, y cuando lo mandaron a un internado de Dijon se marchó con los bolsillos vacíos, sin dinero ni aspiraciones, sin conservar de aquel periodo más que un vago olor a hierro forjado y pociones de serpol.

En Dijon pilló el cólera. Francia, en plena expansión industrial, se extendía a la sazón sobre un territorio de cuarenta millones de habitantes, atravesado por diecisiete mil kilómetros de vías férreas, sembrado de puentes y estaciones, por el que desplazarse era tan fácil que resultó imposible frenar la epidemia. Conventos y hospitales se vieron desbordados enseguida y dejaron de contabilizarse los muertos en el hospicio de Champmaillot. En el hospital de Nuestra Señora de la Caridad, donde Mouchot estuvo aislado, presagiaron que no pasaría de aquel invierno. Sin embargo, contra todo pronóstico, una vez más Mouchot sobrevivió. Ahora bien, las drogas a base de estramonio, las lavativas opiáceas y los litros de limonada le dejaron un cuerpo flacucho, de una sequedad preocupante, y una tez translúcida, como una persona vista bajo la llama temblorosa de una vela.

Con quince años tenía ya todas las manías de los viejos. Alterado de continuo por la cocción de los alimentos, padecía trastornos estomacales, pesaba todo lo que comía, digería mal las carnes estofadas en fogones de hierro fundido, lo que lo obligaba a purgarse mediante ayunos regulares y prolongados que le hundían las mejillas.

Con dieciséis años, la miopía le aumentó a una velocidad alarmante, hasta el punto de que tenían que cambiarle los cristales cada seis meses. Con diecisiete se manifestaron un principio de calvicie y varios mechones canos. Con veinte años, Mouchot aparentaba cuarenta.

Aunque la naturaleza obrase en su contra, él seguía viviendo, respirando y creciendo con la discreción de un lagarto entre guijarros. Tenía esa fragilidad vigorosa propia de los hombres destinados a una muerte precoz y a los que sin embargo nada logra matar. Por sus venas corría una sangre tibia pero tenaz. Su herencia no era la de una estirpe de gigantes trabajadores de la tierra, que construyen y mueren jóvenes, ni la de unos genios del arte, que son como cometas fugaces. Sus raíces quebradizas se hundían en una dinastía de tozudos inquebrantables encorvados durante siglos sobre pomos de ventanas y cierres, en los que cada generación vive cien años, lo aguanta todo, se consume sin romperse y se conserva incorruptible aun sin ser prodigiosa.

Nada en su perfil remitía a la gravedad del álgebra. Ni un atisbo de erudición, ni de grandeza, nada que evidenciara un bosque aún por nacer. Sus ojos, pequeños y hundidos, solo dejaban entrever fatigas y aflicciones. Los chichones causados por migrañas antiguas le abombaban la frente bajo una línea de pelo corto. Sus labios finos conferían a su sonrisa un deje de torpeza y apuro. La raza austera de la que descendía se revelaba en su esqueleto frágil, en su mala dentadura, en sus facciones imprecisas, y acaso aún más en sus andares sigilosos. Caminaba como si disimulara un secreto y nunca miraba a la gente a la cara. A tenor de aquel semblante sin gracia, a tenor de aquella silueta sin estatura, nadie habría adivinado a un brillante inventor. Mouchot crecía a trancas y barrancas, en reserva, recluido en sí mismo como una gota de agua escondida en el corazón de un ágata.

El 13 de agosto de 1845, sin embargo, aquel flemático hijo de cerrajero se graduó como bachiller en letras. Como se había mostrado obediente, el rectorado de Dijon le concedió un puesto de maestro. Durante trece años, entre los veinte y los treinta y tres, Augustin enseñó en escuelas de Borgoña, en Arnay-le-Duc, en el colegio de Autun, en Dijon, en el Morvan, desarrollando una trayectoria exenta de esplendor en interminables pueblos que desfilaban bajo sus ojos con idéntica banalidad. Batalló consigo mismo, durmió en lechos desconocidos, tuvo que soportar el olor a papel amarilleado y tiza partida de centro en centro, sin más paisaje que el de una caravana de centenares de alumnos vestidos de gris, de rostros demacrados que con su vacuidad le devolvían la imagen deslucida de sus exilios.

Mientras Volta inventaba la pila eléctrica, mientras Watt patentaba la locomotora de vapor, mientras Durand manufacturaba la primera lata de conserva, mientras Foucault fabricaba su péndulo, mientras Darwin demostraba el origen de las especies, Mouchot descubría un bigote fino que crecía despacio bajo su nariz, en forma de manillar, igual que una rama de vid, y que él perfumaba con almizcle y pimienta, convencido de que su vida no conocería agitación alguna.

Sin embargo, fue precisamente entonces, en la primavera de 1860, cuando su destino dio un primer vuelco. Le encomendaron la suplencia de la cátedra de matemáticas puras y aplicadas del liceo de Alenzón, y una vez más Mouchot se mudó y se estableció en Normandía, en el tercer piso de una pensión de paredes entramadas, en un apartamento en el que acababa de morir el propietario, el coronel Buisson.

Marius Buisson había adquirido la vivienda al cabo de toda una vida de servicios prestados a la guardia imperial. Era un viejo oficial del Ejército, nacido en el siglo de los filósofos, gran amante de las ciencias, que había perdido una mano en la toma de Argel, un ojo durante el asedio de Sebastopol, una pierna hacia el final de la batalla de Malakoff, y cojeaba con la otra desde que un caballo de media tonelada se había desplomado sobre su rodilla en las ciénagas de Crimea. Tras la victoria de Solferino, lo condecoraron con medallas coloniales y se compró un bonito apartamento con vigas vistas en el que mandó hacer una biblioteca a medida en madera de roble, compuesta exclusivamente de literatura científica. Su objetivo era pasar en aquella morada los últimos años de su vida, pero no pudo disfrutarla porque apenas un mes más tarde, en pleno verano, mientras hacía unas obras de carpintería, una viga se desprendió, se estrelló contra la biblioteca y aplastó al militar como una cucaracha en medio de su salón. Murió en el acto, después de haber sobrevivido a todos los combates y todas las batallas, tuerto y manco, con la cabeza apisonada bajo los libros y la medalla de la campaña de Italia clavada en el corazón.

Se organizaron unas exequias espléndidas en la basílica de Nuestra Señora de Alenzón, a cargo del Ministerio de la Guerra. Se le rindieron honores militares y mandaron grabar en su lápida la lista de sus victorias. A primeros de agosto, la familia Buisson, abrumada por el dolor, decidió poner el apartamento en alquiler. La superstición hizo que nadie quisiera quedarse con la biblioteca, así que la dejaron en medio del salón, cual mástil triste de unos vestigios antiguos. Cuando Mouchot se trasladó allí, el primer martes de septiembre, desembarcó en una estancia sin caldera ni llar, sin lámpara ni

cortinas, únicamente con aquel mueble de dimensiones insólitas que alojaba un centenar de libros sobre las leyes de la física y los secretos del universo.

—Ojo —le dijeron al entregarle las llaves—. En esta casa, la ciencia trae mala suerte.

La mala suerte no le llegó a Mouchot a través de los libros. La primera noche se sintió abatido, asfixiado. Tres días después de la mudanza lo consumió una congestión pulmonar. Tan brutal fue la enfermedad que Mouchot fue incapaz de asumir sus nuevas funciones como profesor. Durante varias noches agotadoras zozobró en su cama, azotado por unas fiebres delirantes. Le hicieron sangrías con sanguijuelas. Purgas con plantas. Lavativas a base de agua salada. Lo obligaron a beber melaza de geranio. Una enfermera bretona le hizo friegas en el pecho con aceite de mirra. Los médicos se apresuraron a tratarlo. Inspirándose en almanaques de medicina china antigua, esterilizaron unas campanas de cristal y le aplicaron sobre la piel unas ventosas escarificadas.

Desnudo, presa de espasmos y temblores, Mouchot a duras penas distinguía a aquellos doctores que, debatiéndose y batallando alrededor de la cama, quemaban tiras de papel y le adherían recipientes de vidrio a lo largo de la columna vertebral. Su respiración se saturó aún más, se le irritaron los bronquios, la garganta bramó y la inflamación de la tráquea facilitó la invasión de gérmenes. Aún tuvo que guardar cama durante semanas, derrotado y agonizante, con la espalda cubierta de aureolas moradas, bebiendo yoduro y sales de mercurio. Su estómago acumuló tantos metales que, cuando quiso comer para recuperar las fuerzas, acabó con la cabeza metida en un barreño y vomitando un líquido denso, negruzco y viscoso que dejó en la habitación un persistente e intenso olor a azufre.

Una mañana por fin pudo levantarse de la cama y descubrir su nuevo apartamento. El aire estaba saturado de la fragancia balsámica de las ventosas y los brebajes de geranio que emanaba de sus poros. Cuando entró en el salón, todavía aturdido por la fiebre, con la cabeza embotada, solo la inmensa biblioteca científica del coronel Marius Buisson, como un gigante en pie, como un último centinela, ocupaba la estancia principal. Las estanterías estaban cubiertas de bibelots de cerámica adornados con inscripciones julianas, pequeños instrumentos astronómicos, entre ellos un astrolabio de cobre que marcaba la altura de las estrellas, y detrás, en fila, como un pelotón de fusilamiento, de libros viejos con encuadernaciones embellecidas por «Simier, enc. real», a veces amontonados en horizontal, desordenados y titilando en una constelación de papel.

Aquel primer día Mouchot no se acercó a los libros. Al día siguiente repasó rápidamente los lomos, con aire distraído, sin detenerse en ninguno. Al cabo de una semana hojeó algunos volúmenes y, unos días después, había formado una pila en su mesita de noche, de la cual solo un libro atrajo de veras su atención. Se trataba de una obra de Claude Pouillet sobre el calor solar.

Esta lectura lo lanzó de cabeza a toda una serie de curiosos descubrimientos sobre el sol. Solo en su nueva casa, donde flotaban todavía el fantasma del coronel Buisson y los estandartes manchados de las guerras extranjeras, descubrió que unos médicos italianos desinfectaban heridas con rayos solares concentrados, sirviéndose de unos globos de agua de cristal, y que el astrónomo Cassini había regalado al Rey Sol en 1710 un espejo capaz de fundir un pedazo de hierro en una hora.

Un libro lo llevó a otro. Rápidamente, Mouchot hizo un viaje por la anatomía del astro. Descubrió la historia de un inventor llamado Drebbel que había construido un órgano que solo se ponía en funcionamiento mediante rayos solares, gracias a un termómetro de aire dilatado; y la de Buffon, quien, a orillas del río Brenne, había quemado a distancia unas tablas de madera por medio de trescientos sesenta espejos móviles. Se interesó también por los relojes solares de Marsini y Kircher, por la lámpara de Franchot, por Adam Lonitzer, que había logrado infusionar una violeta en agua gracias al calor del sol, y por el espejo de cobre con el que Arquímedes, más de dos mil años atrás, había incendiado las naves de Marcelo durante el asedio de Siracusa. Pero quien más impresionó a Augustin Mouchot fue sin duda Horace Bénédict de Saussure, fallecido veintiséis años antes de que él naciera. Este físico y alpinista, acostumbrado a la soledad y a la frugalidad de las cimas nevadas del Mont Blanc, había inventado un aparato que él denominaba «olla solar» y que guisaba un estofado, una sopa o unas verduras con el mero gesto de someter al ardor del sol la superficie acristalada de un espejo.

Mouchot se imaginó a aquel sabio infatigable, cargando a la espalda petates de estacas y cuerdas en medio de las montañas más altas de Francia, solo y agotado, acomodando una caja renegrida entre dos peñascos, a casi cuatro mil metros de altitud, para cocer un huevo. La mera idea lo enardeció. Si ese mismo libro, en el mismo lugar, en el mismo momento, hubiera caído en manos de un hombre ocupado en sus quehaceres, apurado por el tiempo, a buen seguro no habría tenido ninguna repercusión. Pero resultó decisivo en su vida precisamente porque aterrizó en manos de un ser enfermo, de estómago caprichoso, convaleciente, postrado en la cama. Mouchot, cuya imaginación hasta

entonces nunca había ido más allá de las cucharadas de vinagre de sidra para estimular la digestión, sintió un escalofrío al pensar que aquella invención tal vez pudiera sofocar por fin los incendios de sus entrañas.

Una mañana se levantó con un aplomo inesperado, cogió una hoja de papel y, presa de una inspiración primitiva, copió el modelo de la olla solar de Horace de Saussure. Dedicó toda la noche a introducir mejoras, hacer mediciones, reconsiderar los planos. Al día siguiente enfiló la rue aux Sieurs, abarrotada de tintorerías, atajó por el puente de Briquetiers, atravesó las hilaturas que producían telas y encajes de aguja, y se plantó en la ferretería de la place de Lancrel, donde compró tres tablones de madera de pino, un recipiente de metal y una caja de herramientas enorme. Cuando volvió a su casa, Mouchot se propuso construir su primera olla solar.

El aparato era casi idéntico al de Saussure. Semejaba una caja de treinta centímetros de longitud, una especie de colmena abierta por un lado, de media pulgada de grosor, forrada de corcho por dentro, cuyas paredes interiores untó en negro de humo. Introdujo tres espejos colocados a cuatro centímetros unos de otros. A continuación metió en la caja un kilo de carne de ternera, unas hortalizas y el agua necesaria, y colocó el conjunto en el centro de un reflector chapado curvo.

Constató que la energía del sol aumentaba ligeramente cuando incidía en perpendicular sobre los espejos. Dedicó toda la tarde a mover la caja siguiendo la trayectoria del sol, girándola cada veinte minutos delante de la ventana abierta para que la luz alcanzara siempre el fondo y regresando cada vez a su silla, desde la que observaba con paciencia los efectos del calor. Pero la caja no hacía más que entibiar muy despacio. Lo único que consiguió guisar fue un estofado abominable, incomible, que hasta un gorrino hambriento habría rechazado, cuyo olor irritante recordaba al que se acumula en el estómago de un cadáver.

Cuanto más avanzaba en la fabricación, más desastrosos resultaban los experimentos. Si introducía un disco de hierro en el recipiente inferior para transformar la olla en horno, lo único que conseguía era recocer una mala hogaza rústica de corteza tiesa y rasposa, dura como una piedra. Si sustituía la tapadera por un alambique de cabeza de turco y vertía dos litros de vino en un recipiente metálico, obtenía una repulsiva destilación exenta de aroma. La caja a veces empezaba a humear, pero cuando Mouchot levantaba la tapa, esperanzado, descubría solo unas verduras renegridas y unos cereales hechos papilla. Lo tiraba todo, llenando baldes que luego iba a vaciar a una fosa maloliente que había debajo

del edificio, donde toda la calle vaciaba las bacinillas. Luego volvía a subir a casa, llenaba de nuevo la caja y se sentaba en su silla a esperar a que se calentara.

A la vista de aquellos fracasos reiterados, quiso probar suerte con otro experimento. Se dijo que, si abandonaba la verdura e instalaba una caldera llena de agua en vez del recipiente, quizá la temperatura generaría vapor suficiente para hacer funcionar el pistón. Puso una caldera de cobre en el hogar de espejos, la llenó de agua y orientó el dispositivo hacia el sol. Durante los primeros minutos, estuvo lanzándole ojeadas rápidas y furtivas, moviendo ligeramente los reflectores para que la luz incidiera en perpendicular sobre ellos. El cobre, al calentarse, generó también calor, pero, como lo perdía al contacto con el aire, empezó a enfriarse enseguida.

Mouchot se dio por vencido. Era absurdo empeñarse. Tenía que rendirse a la evidencia de que él no era ni un inventor ni un erudito, sino un mero profesor de matemáticas de liceo, incapaz de reproducir lo que había logrado llevar a cabo un alquimista en medio de las montañas sin ayuda de quincalleros. Saltaba a la vista que aquello no era para él. No estaba destinado a las luces; la sombra lo llamaba. Decidió tirar la toalla.

La primera victoria de Mouchot se debió a una casualidad, como es habitual en la historia de las ciencias. Para no dejar el artilugio al descubierto, cogió una de las grandes ventosas que los médicos habían utilizado para sus pulmones y tapó con ella la caldera. Acto seguido, puso el embudo encima de unos ladrillos, que son malos conductores, y se dejó caer de nuevo en su silla, abatido.

Al día siguiente iría a la feria de ganado de la place du Cours e intentaría vender las cajas de pino y los espejos cóncavos; igual se sacaba un dinerito. Luego se dirigiría hacia el vertedero del arrabal norte de Alenzón, en la ribera del Sarthe, para tirar lo que quedase de los recortes de madera, los trozos de corcho y las ollas quemadas. Dejaría así atrás aquel episodio de su vida y trataría de olvidar sus ambiciones, que ahora se le antojaban ridículas. A continuación se reuniría con el señor Langlais, el director de su liceo, que lo recibiría con un traje de fieltro negro y un cuello bien ceñido, y le presentaría su dimisión.

Luego abandonaría sin pesar aquel centro educativo y el triste apartamento del coronel Buisson, cogería las maletas y la cera para el bigote y se dirigiría a la primera posta de la rue Grande, donde subiría a una diligencia en dirección al Morvan. Al cabo de cuatro días, en los que pasaría por los bosques del Perche, por Arcisses y por Brou, dormiría en las riberas del Loira y comería el queso de los cabreros de

Gien, llegaría, agotado y arruinado, a Semur-en-Auxois, donde lo recibiría su anciano padre enfermo, retirado en un desaliento insondable, vencido por la vejez, en el taller de cerrajería de su infancia. Unos años después, se casaría con una planchadora del Yonne, una criatura sin pasado ni porvenir con la que compraría una casita en las inmediaciones de Charentois. Hasta que, un día de lluvia, en el ocaso de su vida, deshojándose como un repollo enfermo, se cortaría un pulgar con una lima oxidada y contraería el tétanos. Sufriría durante meses una parálisis muscular y moriría detrás del mismo mostrador donde había nacido, con la cabeza echada hacia atrás encima del primer saco donde había aterrizado en otro tiempo, rodeado de buriles y cerrojos.

Este era el futuro que Mouchot había esbozado para sí cuando, enfrascado en sus pensamientos, oyó que la tapadera del recipiente emitía un ruido impaciente a su espalda. Unas burbujas golpeteaban las paredes, subían febrilmente y estallaban en la superficie.

Levantó la campana de cristal. Una enorme nube de vapor le cubrió el rostro. En cuestión de minutos, la caldera había entrado en ebullición. El sol había atravesado la superficie de cristal de la ventosa, y el vapor se había quedado atrapado en el interior. Había acumulado calor en un punto preciso gracias a un instrumento médico, y había impedido que se escapara al exterior. Acababa de descubrirse la concentración práctica de la energía solar.

Mouchot dio un brinco en la silla. Había creado a partir de la nada un aparato capaz de calentar sin madera ni carbón, sin aceite ni gas, alimentado únicamente por la luz de una estrella. Desarrollándolo, superponiendo campanas de cristal, tal vez pudiera hacer hervir un perol, destilar un licor o asar un ave de corral. Mejor aún: si podía crear vapor sin fuego, podía hacer funcionar una máquina de vapor. Se abría ante él la totalidad del mercado de la Revolución Industrial.

Una mezcla de excitación y temor le embargó el corazón. Abrió las ventanas y los postigos, levantó el puño y lo dirigió hacia el cielo, como retando al sol a un duelo. Cogió el paletó y el sombrero y fue con paso triunfante hasta el registro de patentes, en la cámara de comercio, con ingenua insolencia, para informar a la Academia de que un nuevo erudito acababa de irrumpir en la ciencia. Al verlo así, saliendo de su pequeño apartamento de Alenzón, con unos andares apresurados y pueriles, nadie podría haber imaginado que aquel hombre anónimo y del montón coparía algún día la primera plana de los periódicos, que lo calificarían de «moderno Prometeo».

Nadie imaginaba que en el Palacio del Trocadero, casi veinte años

más tarde, durante la gran Exposición Universal, lo presentarían entre cincuenta y tres mil inventores, dieciséis millones de visitantes, en medio de un palacio de cuarenta hectáreas de cristal donde se exhibirían los diamantes de la Corona y la cabeza de la estatua de la Libertad. Nadie imaginaba que sería allí, en el corazón del Campo de Marte, donde Mouchot desvelaría al mundo su invención: una catedral de espejos, una máquina capaz de capturar el calor del sol igual que los embalses capturan el agua de las cascadas.

Pero todo eso ocurriría en octubre de 1878. En pleno invierno de Alenzón, aquel 4 de marzo de 1861, Mouchot no sospechaba nada del extraordinario destino que lo acechaba cuando, con apenas treinta y cinco años, registró su primera patente sobre la utilización de la energía solar, a la que dio el nombre de «heliobomba».

2

La oficina de patentes le asignó el número 48.622. La idea era tan elemental que, en un primer momento, a Mouchot le sorprendió que casi cincuenta mil personas hubieran pasado por allí antes que él sin haberla presentado ya. Muchos años después, en una conferencia pública, el ingeniero Abel Pifre, su socio, afirmaría delante del barón de Watteville:

—Un embudo y el cristal de una lámpara… nada más simple. Así es, señores, pero había que dar con ello. Es la historia del huevo de Colón.

Aquella patente no fue más que el principio. Por primera vez, Mouchot experimentó la sensación —a ratos vertiginosa, a ratos tranquilizadora— de tener un objetivo en la vida. Aunque se tratara de un proyecto confuso aún, él sabía que debía llevarse a cabo a ciegas, sin vacilar, con una energía que, sin que él se diera cuenta, poco a poco, se descargaría contra sí mismo. Enseguida quiso construir la máquina más grande, hacer la demostración más grande en el auditorio más grande, fabricar bombas heliotérmicas que permitieran elevar el agua de los pozos, de los lagos, los canales y las cuencas, y tuvo la impresión de que aquellas novedades miríficas y prodigiosas podrían modificar con su sencilla ingeniosidad la trayectoria de los planetas. Aquel hombre de aspecto apocado, que parecía tenerle miedo al mundo, abrumado por los demás, sintió crecer en su interior la gula de los titanes, un apetito dionisíaco. Vio alzarse ante él un porvenir poblado de nuevos horizontes. Había decidido apropiarse de aquella invención, hacerla suya, tallar sus dimensiones a su medida y, desde entonces, cada hora de su vida de profesor le robaba una hora a su vida de erudito.

El pequeño apartamento donde siguió realizando sus experimentos se le antojaba como un imperio de la ciencia, y su heliobomba, como un castillo. La cocina se transformó en laboratorio; los muebles semejaban depósitos de madera y de cajas de tornillos; el salón era una mera fábrica de cristalería y placas de metal; la mesa, una superficie de trabajo de espejos reclinados y cilindros de cobre vueltos del revés. Su alcoba era cada vez más angosta, se llenaba desde dentro igual que una ostra de perlas y, con aquel catálogo de objetos variopintos, parecía más un hangar de metalurgia que un germen de taller. Pero, como todos los eruditos de una única idea, Mouchot no se desvió en su trayectoria. Se obstinó en excavar el mismo agujero, en profundidad, hasta hallar un tesoro. Él no formaba parte de ese grupo de inventores capaces de imaginar cien proyectos por minuto, de dejarse arrastrar por pensamientos inspiradores con

cada hallazgo, de ver un caos de innovaciones extraordinarias agolparse en su cabeza. Mouchot era de los que escogen una dirección en los albores de sus trabajos y a ella se atienen hasta el final. Ahora comprendía por qué se había empeñado en sobrevivir, en resistir a todo, por qué se había aferrado a la vida con tanta tenacidad y perseverancia: era un hombre en la sombra que miraba el sol en medio de un siglo luminoso que miraba el carbón.

Pese a todo, el instante en que él experimentaba una nueva esperanza fue también el de un nuevo exilio. El 14 de enero de 1864, a resultas de la supresión de su puesto, fue destinado al liceo de Tours, de nuevo en calidad de profesor de matemáticas. Una vez más, tuvo que mudarse. Se instaló cerca de la catedral, en el barrio de Saint-Gatien, en un inmueble compuesto de una construcción principal, un patio y un cobertizo donde su único dueño, Charles Viollet, comerciante de la rue Bonaparte, alquilaba apartamentos. Mouchot vivió dos años en una de aquellas viles habitaciones como las de los hospicios religiosos, en un tercer piso, a razón de diez francos semanales, en una cama con los muelles corroídos, por la que hasta entonces solo habían pasado solteros avinagrados y ancianas sin fortuna, con una mesita de madera de olivo y dos sillas de paja destrozadas por únicos bienes.

Compartía pensión con comerciantes de lino y cáñamo, joyeros de poca monta, afiladores de navajas y faroleros, que entraban y salían de un comedor abarrotado de relojes de campana. Una mañana, mientras desayunaba con otros huéspedes, un hombre irrumpió de pronto en el salón, abrió las cortinas e, incapaz de reprimir su emoción, exclamó:

—¡Está lloviendo! Lo predije hace cuarenta y ocho horas.

Se llamaba Maurice de Tastes. Era un individuo bajito con el torso velludo y una barba romántica, de aspecto nervioso, que defendía la idea según la cual los eclipses solares alteraban la gestación de las embarazadas y que había consagrado su vida a un arte inusual para su tiempo: la predicción meteorológica.

Había decidido lanzarse a aquella aventura diez años antes, un 14 de noviembre, a raíz de una batalla naval, el día que un violento temporal hizo añicos el buque *HenriIV* y ahogó a cuatrocientos hombres en el mar de Crimea, entre los que se contaba su padre. Tanto lo marcó el suceso que durante años se dedicó a estudiar los mapas isobáricos de aquel día; de ahí que fuese uno de los primeros en descubrir que la tormenta existía ya desde hacía una semana, que había atravesado Europa de norte a sur en oleadas regulares, en un vuelo gigantesco, como un ejército de cóndores, y que los límites de la

ciencia habían sido los únicos responsables de su desdicha.

A partir de entonces, su corazón solo estuvo compuesto de grandes sistemas nubosos y grupos borrascosos. Siempre llevaba consigo, colgando de la muñeca, un maletín lleno de barómetros e higrómetros que desprendía un insistente olor a vitriolo, pero también una cajita con siete ranas vivas que, según los textos de unos magos babilonios, croaban un plañido antiguo en vísperas de lluvias. Por eso, aquella mañana en la que las ranas habían perturbado el sueño de todos los huéspedes y un diluvio azotaba las ventanas, Maurice de Tastes había despertado a toda la casa con un aire victorioso, dando un salto de diez años hacia atrás en el tiempo y sus investigaciones, como si hubiera logrado detener el temporal del 14 de noviembre con la mera fuerza de sus cálculos.

—Imaginen todos los padres a los que podríamos salvar —explicó.

El mes de diciembre había sido glacial. Los médicos forenses hallaban personas muertas de frío en lo más profundo de sus camas, debajo de catorce mantas gruesas, sosteniendo entre los dedos un crucifijo de madera congelado. Fue precisamente en esta época cuando Maurice de Tastes, desde lo alto de la torre de Carlomagno, en una tarde neblinosa, hizo sus primeras tentativas de hacer volar cometas provistas de aparatos registradores.

—Comprender el cielo es un trabajo ingrato —le dijo a Mouchot —, pero alguien tiene que hacerlo.

Mouchot, que lo acompañaba, suspiraba bajo aquella densa bóveda de nubes, con el corazón en otra parte, y le repetía lo mucho que soñaba con dejar el liceo para volcarse por completo en su investigación.

—Quiero excavar una mina en el sol —exclamaba.

Aquella frase trastornó a Maurice de Tastes, pues la misma idea lo había ocupado a él durante años. En los tiempos en que todavía era un joven investigador, él también había querido abandonar la enseñanza y librar la batalla de la ciencia. «Tuve la certeza de haber sido llamado para una misión», llegó a afirmar. Lo tacharon de hechicero portador de lluvias, de profeta del tiempo, y sus aspiraciones se habían enfriado con la llegada de otros hallazgos científicos. Según él, el público solo admiraba una ciencia a tenor del brillo de sus resultados.

—Juzgamos la lluvia según su caudal.

Soltó la cinta y dejó que echara a volar un globo pequeño dotado de una sonda que desapareció con el viento tras la capa de nubes.

—Si quiere usted vencer al sol, primero tendrá que convencer a los hombres —concluyó.

Esta conversación dio que pensar a Mouchot. Maurice de Tastes

tenía razón: en primer lugar debía dar a conocer lo que estaba haciendo. Pero el tiempo que su brazo derecho, su brazo de erudito, ganaba entregado a un trabajo silencioso, dispuesto a liberarse en cualquier momento, su brazo izquierdo, su brazo de profesor de liceo, se perdía en horas de clase, encadenado a un salario que lo mantenía prisionero. Además, tanto el préstamo que había contraído con un banquero para financiar el registro de la patente como la compra de los materiales para sus construcciones y la licencia exclusiva de explotación de su heliobomba le salían muy caros. Derrotado por la enfermedad, el viejo Saturnin Mouchot, olvidado y solo en el fondo de su taller de cerrajería, no podía acudir en su ayuda, y sus hermanos y hermanas estaban diseminados por toda Francia.

Mouchot comprendió que no podía encomendarse más que a sí mismo. Algo medró entonces dentro de él, una energía subterránea que de buenas a primeras lo desenterró, lo alejó de la monotonía de su vida cotidiana y lo llevó a tomar una decisión en firme que nadie le rebatió. Una mañana de junio, se levantó por fin de su silla de madera y abandonó el aula de cuatro paredes, convencido de que él también había sido llamado a una misión. Atravesó el patio de la escuela hasta el edificio principal, subió los cuatro pisos y llamó a la puerta del director, el señor Borgnet, sin haber concertado cita. Allí, para asombro del titular del despacho, Mouchot puso encima de la mesa el certificado de su patente, esparció hojas con gráficos y planos detallados, y con voz firme y precipitación en el tono declaró que había inventado una máquina capaz de producir vapor a partir de la mera fuerza del sol. Guardó silencio y repitió la palabra «vapor», levantando el dedo índice hacia el cielo, como si acabara de nombrar la última reliquia del saqueo de Constantinopla.

—El sol es el futuro —dijo—. Me gustaría demostrárselo en el patio del liceo.

Borgnet se quedó mudo. Era un hombre alto, de porte digno, con una boca ancha y una nariz victoriana, al que no le gustaba dejarse llevar por innovaciones de chamanes y que se había pasado la vida huyendo de los visionarios cósmicos y los milagros de la ciencia. Él solo creía en la eficacia paciente de la instrucción y en los métodos de los preceptores; ensalzaba los méritos de una enseñanza austera, y el único sol que conocía brillaba tan solo en los libros. Durante todo el discurso de Mouchot estuvo evaluando a aquella criatura paticorta, torpe en sus gestos, de mirada obstinada y un rostro cuya expresión, vaporosa y deformada, le daba la apariencia de un ahogado en el fondo de un lago. Había escuchado con los ojos como platos, repantigado en su butaca, sin comprender ni una sílaba de aquella

cascada de palabras y, hasta su último día en el liceo de Tours, veinte años más tarde, no sería capaz de discernir si aquel profesor de matemáticas era un genio en la sombra o un loco iluminado.

Al principio, la idea le pareció una excentricidad, algo inverosímil. Sin embargo, presintió que aquella clase de acontecimientos podía contribuir a dar lustre a su centro y accedió a conceder su autorización a Mouchot. Al día siguiente, el director Borgnet informó del asunto al rectorado. La dirección general dio el visto bueno y fijó una fecha para la demostración. Mouchot recibió la noticia al salir de una clase de geometría, aún aturdido por el alboroto de los alumnos, en el momento en que el director se plantó frente a él y le dijo, asintiendo sin convicción:

—Lo haremos dentro de quince días.

Mouchot supo que acababa de producirse un cambio crucial en su vida. A partir de entonces, no volvió a salir de casa sin una desconcertante parafernalia de instrumentos extraños y ruidosos que arrastraba tras de sí en una carretilla, tomando nota de la presión y la calidad del aire con la exactitud de un buscador de oro en las orillas de un río. En cuanto se disipaba el frescor de la mañana, atravesaba la place Châteauneuf acarreando sus bártulos, con la actitud de un hombre que exhibe el descubrimiento asombroso de las pirámides de Giza, y se encaramaba al enclave más elevado de la ciudad de Tours, la punta de la torre de Carlomagno, como había hecho Maurice de Tastes, subiendo los doscientos cuarenta y ocho escalones con unos pesados sacos, para medir la intensidad calórica del vapor. Cuando el día estaba soleado, hacía mediciones simultáneas a diferentes alturas. Estudiaba las presiones que se desarrollaban en una masa de aire limitado. Día tras día registraba sus observaciones en unos cuadernos pequeños, y hasta concibió un misterioso aparato que denominó «actinómetro», una especie de antena larga de cobre que indicaba la pérdida de calor, pero del que se deshizo porque ocupaba demasiado espacio en su exigua habitación.

En pleno verano se mudó a una casa de la rue Bernard-Palissy, a pocos metros de la estación, detrás del jardín del museo de Bellas Artes, donde estaba plantado el cedro más grande de Francia. Era una construcción a la moda turonense, con un patio interior que le brindó más espacio para sus trabajos. En mangas de camisa y con las manos llenas de heridas efectuaba unas idas y venidas tórridas y furiosas, cargando a la espalda unas calderas inmensas pintadas de negro. Se embarcó en toda una serie de experimentos con varios espejos distintos, en un desorden de platino, láminas de oro y de acero que había encargado a medida a un espejero checo. Poseído por fuerzas

desconocidas, repetía las mismas operaciones, mascullando para su bigote un rosario de cálculos incomprensibles, en un combate encarnizado por erigir de la nada aquella máquina que pesaba como una estatua griega y que pocos años después, durante la Exposición Universal, admiraría toda Francia.

Por fin, un miércoles a media tarde, en plena ola de calor, Mouchot atornilló la última escama de espejo, apretó la última tuerca, conectó el último tubo y contempló su dispositivo con lágrimas en los ojos, como si no hubiese nacido en su taller sino que acabara de descender de los cielos. Los vecinos de la rue Bernard-Palissy habrían de recordar con qué conmovedor deleite salió a la calle aquel humilde profesor de matemáticas por lo común retraído, vibrando de felicidad, con el cuerpo castigado por las noches en vela y las manos marcadas por la faena, y gritó en medio de la acera:

—Mi máquina está lista.

Al día siguiente mandó invitaciones a todos los profesores de la facultad de física y química. Escribió setenta y cinco exaltadas cartas a los miembros de la Sociedad de Agricultura, a los directores de los laboratorios de investigación de Turena y a la Academia de Ciencias, Artes y Literatura de Indre-et-Loire. Ni una sola persona más o menos vinculada a los círculos cultos se quedó sin su invitación. Al cabo de unos días, la mayoría de los convidados confirmaron su asistencia. En aquel momento en que se hacían las primeras pruebas de un motor de combustión, se descubría el electromagnetismo y se empezaban a perforar los primeros pozos de petróleo en Alemania, nadie quiso dejar escapar la ocasión de asistir a aquella nueva promesa del progreso, hasta el punto de que incluso Louis, el hermano pequeño de Mouchot, obedeciendo a un impulso de la sangre, decidió viajar los trescientos kilómetros de diligencia que separaban Semur-en-Auxois de Tours en una vieja carreta inglesa conducida por un húsar.

Así pues, una mañana de julio Mouchot se vio en el centro del patio de su liceo, en el terreno de juego que habían transformado en anfiteatro de exhibición, frente a medio centenar de personalidades influyentes. El día estaba soleado. Habían colocado las sillas entre los árboles, en círculo alrededor de su artefacto. Mouchot, con una chaqueta de *tweed*, manos temblorosas y aire nervioso, limpiaba frenéticamente el polvo que se había depositado en la campana de vidrio. Se había puesto su traje de los domingos, lavado la víspera, se había alisado el bigote para que luciera paralelo a la pajarita, se había esmerado con la raya del pelo, al lado derecho. Era ya un hombre de cuarenta años el que allí se erguía, con la cara huesuda, la frente que reflejaba un brillo húmedo y una mirada ansiosa cuyos ojos claros,

exhaustos por el trabajo, evidenciaban las tormentas de migrañas y la fatiga de las decepciones.

Instaló delante del público un reflector con forma de embudo que parecía un gramófono primitivo, cuyos espejos, en torno a la caldera pintada de negro, se abrían formando hojas astadas como los pétalos de una alocasia. Expuso medrosamente la sencillez de su mecanismo mediante un balbuceo desmañado y una vocecilla inaudible, hasta el punto de que los de las últimas filas creyeron que se trataba de una máquina innovadora creada para sofocar el barullo del mundo. Aseguró que, allá en Alenzón, había conseguido cocer verdura y carne en una olla solar inspirada en la de Horace de Saussure, y que había obtenido unos resultados muy prometedores para los grandes viajeros o los soldados en campaña. Luego, tras una torpe conclusión, dejó flotando un silencio incómodo, cruzó los brazos sobre el pecho, se retiró detrás de su caldera y alzó la vista hacia las nubes.

El sol ascendía sin desfallecer. Como había que esperar a que el agua rompiera a hervir, algunos profesores eméritos se levantaron para examinar el ingenio más de cerca. En el estado embrionario en que se encontraba, con sus espejos aún inestables, transmitía la impresión de ser un invernadero de horticultor de factura artesanal donde a duras penas se habría podido acelerar la maduración de un racimo de uvas.

—Parece una lámpara —comentó alguien.

Mouchot no contestaba. Permanecía inmóvil, inquieto, y se conformaba con hacer rodar entre sus dedos finos las puntas del bigote de manillar. Mientras varios sabios ilustres palpaban la campana de cristal con medidos gestos de especialista, estudiaban las dimensiones del aparato y examinaban el negro de humo que rodeaba el recipiente, al sol le dio por ponerse melindroso.

Fue como un pudor repentino. Todo quedó envuelto en un manto de nubes. Mouchot no pareció alterarse, pero la niebla cobró espesor, muy baja, plateada, y ocultó el sol hasta velarlo del todo, volviendo sus contornos más indecisos. Al cabo de media hora, el vaho seguía allí, pertinaz, filtrando los rayos, y los espejos de la máquina no reflejaban más que una luz entibiada y débil.

Una hora más tarde, el agua de la caldera seguía sin entrar en ebullición. Se oyeron risas en las últimas filas, sofocadas al instante por los aplausos del director, que, apiadándose de Mouchot, le infundía ánimos. Cuando el campanario de la catedral de Saint-Gatien dio las cuatro, una parte de los invitados ya se había retirado. En el centro de las dependencias del liceo en el que enseñaba Mouchot ya solo quedaban unos pocos profesores solidarios, su hermano Louis y

un grupito de investigadores que, con ojos grandes y bovinos, observaban alternativamente el cielo encapotado y la caldera casi fría.

Nadie supo si los miembros de la Academia de Ciencias esperaron hasta el final, ni si todavía tuvieron que transcurrir muchas horas para atisbar la primera señal de éxito; solamente se supo que al cabo de sesenta minutos de espera las sillas empezaron a vaciarse y que más tarde, antes del anochecer, todo el mundo había desaparecido. Sin resplandor ni música, sin flores ni vítores, vencido, Mouchot ni siquiera levantó la vista para mirar al último hombre que salió del patio, y así concluyó en aquella tarde gris una de las demostraciones científicas más brillantes de su siglo.

Esa misma noche Mouchot decidió trasladarlo todo al vertedero de Montfaucon. Muchos años después, acabaría recuperando aquellos pecios un tal Lévêque, a la sazón director de la escuela para chicos, que los conservaría durante más de un siglo y medio en el segundo piso de la torre de l'Orle d'or, en Semur-en-Auxois, a cuatro calles de la casa de los Mouchot, y que llegaría a ser uno de los grandes orgullos de la villa. Pero en aquel momento, Mouchot no quería oír hablar más del asunto. Se retiró a su casa, se encerró en la vivienda de la rue Bernard-Palissy, y allí se habría quedado hasta su muerte si, por azares de la historia, una noticia sorprendente no hubiera venido a interrumpir su soledad.

Dicha noticia llegó de la mano de un artículo de prensa. Nada se supo de quienes habían asistido a la demostración del liceo hasta primeros de agosto, cuando un periodista conocido como señor About, redactor jefe de un diario político y literario, uno de los que se habían sentado en la última fila, escribió un artículo sobre Mouchot que leyó con sumo interés un tal Raphaël Bischoffsheim, mecenas de científicos y gran amante de la astronomía, que a su vez refirió la historia a otro hombre, el comandante Verchère de Reffye, general de artillería, famoso por haber inventado la primera ametralladora francesa y al que por ello se le reconocía mucha influencia sobre el emperador.

Jean-Baptiste Auguste Philippe Dieudonné Verchère de Reffye era de Estrasburgo. Había abrazado la carrera militar con apenas dieciocho años. A pesar de su destacada trayectoria en las escuelas de artillería, seguía siendo un hombre vinculado a las artes. Este general de brigada se había embarcado en una serie de litografías sobre paisajes de batallas y escenas de asedio y posteriormente se había interesado con ardor por la arqueología militar. Su pasión lo había empujado a llevar a cabo excavaciones minuciosas con el fin de hallar los vestigios de Alesia, a partir de los cuales pudo —gracias a su talento como dibujante— no solo reconstituir las catapultas, los

onagros y las ballestas, sino también ubicar con exactitud las fortificaciones cavadas durante los combates. Sus resultados, expuestos en el museo de antigüedades nacionales de Saint-Germain-en-Laye, impresionaron a Napoleón III hasta tal extremo que lo nombró oficial de ordenanza y, un día, puso a su cargo la dirección de un misterioso taller situado a treinta kilómetros de París, en las inmediaciones de Meudon.

El taller imperial de Meudon era un lugar secreto, dedicado a la investigación de innovaciones militares. Verchère de Reffye abordó su nueva tarea y, con el mismo afán que había manifestado en las excavaciones de Alesia, se lanzó con intensidad y un ímpetu ardiente al arte caprichoso de la guerra. Napoleón III, en plena campaña colonial, le había pedido que se centrara en el problema de la alimentación de las tropas. En aquellos tiempos, para cocinar, los soldados estaban obligados a hacer un fuego cuyo humo delataba su posición a mucha distancia y causaba incesantes emboscadas y celadas. Había que encontrar el modo de darle al soldado la mayor cantidad de harina posible, y la técnica para cocerla. Ahora, esta cuestión ocupaba también al comandante Verchère de Reffye. Por eso, cuando llegó a sus oídos la noticia de que en Tours había un hombre capaz de guisar alimentos solo con la fuerza del sol se emocionó, se congratuló de aquel anuncio y ordenó que lo hicieran venir de inmediato a París.

Mouchot llegó a una suntuosa estancia tapizada de brocatel azul y guarnecida con muebles Luis XIV y, antes de que le diera tiempo a extender sus planos en la mesa, el comandante, de pie ante él con un uniforme rojo bordado de oro, dio comienzo a una exhaustiva entrevista.

—No podemos permitirnos el lujo de correr riesgos —dijo.

Verchère de Reffye, todavía un hombre apuesto, rondaba los cuarenta y cinco años. Con su frente obstinada, su mirada seductora, su nariz rotunda y la boca oculta tras una barba Van Dyck de siete centímetros, estaba predestinado a un futuro militar extraordinario si quince años más tarde no se hubiera matado al caerse del caballo en un jardín de Versalles. El día que conoció a Mouchot se encontraba en la flor de la vida. Acompañado de un reputado químico, de un matemático y de un constructor, lo sometió a un cuestionario bien preparado, quiso conocer las dimensiones y el peso de los artilugios, y le preguntó si era fácil desmontar la máquina en circunstancias hostiles.

A tenor de las respuestas precisas de Mouchot, Verchère de Reffye comprendió que había tomado la decisión correcta. Aquel reflector

solar, construido con prisas en el salón de un apartamento, era un arma temible. Se acabó lo de hacer fuego para guisar las comidas: los soldados franceses se alimentarían gracias a ollas solares. Donde Mouchot veía una aplicación industrial, Verchère de Reffye veía una revolución militar.

—Lo esperábamos a usted desde hace siglos —exclamó con una sonrisa.

Se enorgullecía de aquel descubrimiento. Acababa de extraer de las entrañas de la tierra a un erudito timorato y desconocido, un hombre-sol que podría no solo contribuir a reducir las pérdidas sino acaso también, merced a aquel hallazgo sorprendente, elevarlo a él, Verchère de Reffye, al rango de mariscal del Segundo Imperio. Al cabo de dos horas, el comandante le pidió a Mouchot que suministrara varios aparatos y un informe sobre sus trabajos, con el fin de presentárselos al emperador, con quien él debía reunirse al cabo de pocas semanas en Compiègne, y lo mandó de vuelta a su casa.

—Contamos con usted —concluyó—. Piense en Francia.

En el coche de regreso a Tours, Mouchot se maravilló ante semejante giro de la fortuna. Pero allá donde otro habría cantado victoria y se habría jactado de aquella intervención del destino, Mouchot perseveró en su labor, agachó la cabeza y no levantó la nariz de sus papeles ni una sola vez. No vio pasar las dos jornadas ni las cincuenta leguas que lo separaban de la capital, y a pesar del traqueteo de las ruedas por los caminos de piedras y de los bandazos de los caballos fustigados, a pesar de los ejes aherrumbrados y la falta de tinta, Mouchot siguió trabajando con tesón. No se apeó del coche al llegar a las afueras de Chartres, donde el convoy hizo una primera parada; no comió nada cuando, cerca del pueblo de Cloyes, le ofrecieron una sopa de gallina del Sarthe; no durmió la noche que lo trasladó de Vendôme al Loira, y cuando llegó a Tours, todavía nimbado de las promesas que le habían hecho, se dirigió inmediatamente a la ferretería de Thierry Fabre, a quien encargó una decena de reflectores metálicos chapados en plata, un armazón acristalado de gran tamaño y una caldera de cobre de hasta diez litros de capacidad.

En todo el mes de agosto no hizo otra cosa que estudiar, escribir, trabajar. Al cabo de varios días, envió a París un informe de treinta páginas, bocetos esclarecedores, resultados de experimentos y una nota en la que explicaba que su nuevo aparato estaba listo para funcionar.

Pero los días pasaban y la respuesta no llegaba. Mouchot empezó a preocuparse. Vivió toda la semana como si estuviera enfermo,

desanimado, sin saber qué hacer, harto de todo. Un martes, hacia las ocho de la tarde, estando él en su despacho, apareció un mensajero. Llegaba de un periplo de tres días por los bosques del Gâtinais, donde había atravesado valles, se había perdido en desfiladeros, había cruzado ríos, y por fin le ofrecía a Mouchot un sobre blanco de papel alabeado que había sobrevivido a todas las adversidades. Pero no se trataba de una carta de la escuela de artillería, ni de Verchère de Reffye, sino de un pliego con sello dorado procedente de Compiègne. Al abrirlo, a Mouchot le sorprendió la calidad del papel y a punto estuvo de desfallecer cuando, tras repasar las primeras líneas, descubrió que le proponían hacer una demostración el 2 de septiembre de 1866 ante Napoleón III, en los jardines imperiales de SaintCloud.

Un Bonaparte hablaba de él en su palacio. Un presidente, un jefe de Gobierno, un emperador, un ser que desde la cuna tenía su nombre asegurado en la historia dirigía su curiosidad hacia su humilde trabajo, hacia él, el hijo de un cerrajero, el profesor de matemáticas, el hombre del pueblo llano. Ponderó entonces con asombrada ingenuidad aquella ironía del destino que lo había hecho pasar de una demostración desastrosa en el patio de un colegio a una cita con un emperador. Con todo, una vez más mantuvo la sangre fría. Ningún músculo de su rostro se estremeció y, adoptando la actitud de un hombre acostumbrado a los grandes acontecimientos, antes de que el mensajero reanudara su camino se apresuró a responder mediante una misiva breve en la que confirmaba su presencia.

Aquel día se acostó temprano. Soñó toda la noche que estaba sentado en lo alto de un globo aerostático en el que viajaban las siete ranas de Maurice de Tastes, ataviado con el uniforme militar, y que sostenía en la palma de la mano su máquina solar, reducida a un tamaño minúsculo, no más grande que una margarita de metal. Revoloteando por los aires, arrancaba uno por uno los pétalos de acero, que, perforando la atmósfera, aterrizaban en el castillo de Compiègne. En su sueño, el globo subía y subía sin cesar hacia un sol oculto tras unas ventosas escarificadas, y Mouchot, a un tiempo fascinado y temeroso, comprendía que alzaba el vuelo hacia su propia muerte. Un segundo antes de despertar lo impactó una silueta que se dibujaba por encima de las campanas del cielo, una última imagen aterradora, el perfil rudo y severo de una mujer de unos cuarenta años con la boca llena de huevos negros que le tapaba el sol con sus manazas y cuyo rostro él no reconoció.

Cuando despertó, aturdido por aquella extraña visión, todavía estaba confuso. Emprendió los preparativos con lentitud a la vez que

el recuerdo de aquella mujer se le venía a la memoria por retazos; después la olvidó definitivamente hasta el día en que, treinta y cinco años después, se la encontraría en una covacha de la rue de Dantzig.

Dedicó el día siguiente a efectuar los últimos retoques a su artilugio, sin sacarse Saint-Cloud de la cabeza. Se imaginaba ya miembro de una comisión científica del Imperio, responsable de las demostraciones con motivo de la inauguración de un monumento y, en el ocaso de su vida, nombrado senador. Aquellos espejismos le provocaron tal emoción, ocuparon hasta tal punto sus pensamientos, que olvidó preguntar a Maurice de Tastes el parte del tiempo. El último día de agosto se levantó, se aseó, se perfumó el bigote con almizcle y pimienta, se cepilló los dientes con unos polvos al aroma de hierbabuena, se echó sobre los hombros una capa de terciopelo color rubí, se empolvó el cutis con talco y montó en un coche que cargó de espejos, armazones de vidrio y recipientes cilíndricos rumbo a París, en pos de la inmortalidad.

3

Mouchot llegó a los jardines de Saint-Cloud de buena mañana, tras cuarenta y ocho horas de viaje. Para este encuentro decisivo con el emperador había preparado un dispositivo más sofisticado que el que había presentado en el patio de su liceo. Estaba compuesto de un reflector de gran tamaño formado por un armazón de madera recubierto de láminas chapadas en plata, y de una caldera constituida por dos carcasas concéntricas: la más grande, de unos cuarenta centímetros de altura, estaba ennegrecida por fuera, y la más pequeña, vacía, se acoplaba por medio de un tubo para que circulara el vapor. Dedicó la mañana a instalar la máquina bajo un emparrado, entre las galerías que se recortaban en caminos anchos como bulevares, engalanadas con flores abiertas esa misma mañana, semejantes a terrazas suspendidas donde unos claros secretos se adivinaban entre las sombras. Una espesura barroca rodeada de robles majestuosos dividía el campo en arquitecturas vegetales y, cerca del castillo, se divisaban aquí y allá murallas agujereadas de cañonazos, como los vestigios heroicos de un territorio conquistado a costa de arduos esfuerzos.

Era mediodía. Mouchot limpiaba los espejos cuando de pronto Napoleón III hizo su entrada en calesa. El carruaje, tirado por seis caballos y tapizado de satén, se detuvo delante del atrio y el emperador, precedido por un criado, apoyado en el estribo de la portezuela, se apeó muy despacio. Se decía que acababa de regresar del eremitorio de Villeneuve-l'Étang, donde se había entregado a un retiro solitario con sus dosieres. Se encaminó hacia un grupo de hombres ataviados con túnicas azules que se pusieron firmes inmediatamente, y fue entonces cuando Mouchot lo vio.

Lucía sobre los hombros una prenda acolchada a la altura del pecho, con faldones con hojas de espino blanco bordadas. Se había enfundado en un pantalón carmín de granza cuyo pliegue ocultaba las botas, y en la mano sostenía un bicornio. Sin embargo, en lugar del emperador majestuoso, portador del bigote más célebre de Europa, Mouchot vio aparecer a un vejestorio mofletudo, agotado por el poder, minado por las desgracias, con un bastón en la mano, acompañado de un perro melancólico que le había regalado uno de sus chambelanes. Con las piernas fofas, como postrado, cabizbajo, contemplaba con sus ojos desvaídos cuarenta años de glorias y de desastres. No se parecía en nada a un Bonaparte, sino más bien a un lobo viejo y jadeante, de salud quebrantada, que había sobrevivido dolorosamente a crisis de reuma y cólicos nefríticos, y que no regresaba del eremitorio de Villeneuve-l'Étang sino de una cura en Vichy, donde las aguas

mineralizadas y alcalinas le habían inflamado un cálculo en la vejiga del tamaño de un griñón.

Aunque estuviera indispuesto, para todo el mundo tenía una palabra, un recuerdo, una pregunta pertinente, y cuando se plantó delante de Mouchot, su apretón de manos fue el de un hombre decidido. El comandante Verchère de Reffye lo presentó como «erudito», y Mouchot se percató de que era la primera vez que alguien se dirigía a él como tal. El emperador clavó sus ojos en los suyos y Mouchot creyó distinguir en su mirada esa admiración respetuosa que comparten entre sí los enfermos.

La demostración empezó sin más dilación. Las sillas estaban colocadas en semicírculo alrededor del artilugio sobre el que dos robles majestuosos abrían sus ramas a ambos lados para que penetrara un río de luz.

Aunque el sol brillaba todavía, a primera hora de la tarde se ocultó ligeramente. No fue más que una especie de bruma, una fina neblina como de partículas de agua. Después, en cuestión de minutos, la bóveda de nubes pareció adensarse, ennegrecerse, y de pronto, a través de una abertura en el cielo que nadie fue capaz de identificar, una llovizna empezó a caer sobre las sillas.

El emperador, tras ser inmediatamente protegido con una manta, se levantó y, sin dignarse mirar a Mouchot, sin despedirse, se refugió en su palacio. Los demás espectadores, allí plantados, se revolvieron en sus asientos, indecisos, con los ojos puestos en el cielo, apurados, abochornados.

Lo que en un primer momento parecía un chaparrón pasajero se intensificó rápidamente, arreció, las nubes se acurrucaron unas contra otras y el fondo azul desapareció por completo. No quedó más que una bóveda inmensa de pizarra por encima del jardín de Saint-Cloud. La brecha se agrandó como un papel rasgado y, de buenas a primeras, unos goterones mojaron el suelo. Empezó a caer un aguacero, hasta el punto de que quienes aún no se habían levantado se cobijaron a toda prisa bajo un soportal.

El movimiento precipitado de la multitud dejó a Mouchot solo en medio del jardín; inmóvil al principio, resistiéndose a creer que aquella catástrofe estuviera sucediendo, tuvo que darse prisa cuando una ráfaga de viento zarandeó su artilugio. La lluvia no amainaba. Unas rachas glaciales provocaban que la máquina se bamboleara como una rosa en medio de un torrente. Alarmado, y tratando de evitar a toda costa que se oxidaran los mecanismos, Mouchot se entregó a un vaivén frenético hasta los primeros arbustos de una arboleda, moviendo los espejos, transportando piezas pesadas, resbalando en la

hierba, y el rumor del follaje, el chisporroteo de las fuentes y la dilatación de los riachuelos sofocaron sus maldiciones.
Dos días más tarde, estaba de vuelta en Tours. Habría sido difícil imaginar un balance más desastroso, más deprimente, por no hablar de las piezas que habría que cambiar y los costes de fabricación por saldar.

Regresó a su casa acongojado, como un perdedor irritado por la derrota que no conserva en su corazón más que un recuerdo de amargura y un apetito de venganza. Había sufrido un fracaso violento, un fracaso tanto más irreparable y absurdo cuanto que no podía dar paso a una segunda oportunidad. Nada podía enmendar lo que Mouchot acababa de vivir. Al abrir una ventana, descubrió que el patio trasero de su casa de la rue Bernard-Palissy, empapado por las últimas lluvias, se había convertido en una auténtica porqueriza, con adoquines levantados, fragmentos de maquinaria estropeados, cascos de vidrio; el conjunto recordaba a un campo de batalla, y a Mouchot le pareció que aquel paisaje sin futuro se asemejaba al de su corazón. Allí estaba el trabajo sin consecución, sin porvenir, el trabajo que ahora aborrecía y maldecía. Decidió abandonar su búsqueda del sol, renunciar a sus investigaciones y centrarse en la docencia de una vez por todas.

Y en esas estaba Mouchot cuando un viernes, tumbado en su habitación de Tours, con la cabeza embotada de pena, desencantado de sí mismo, llegó a su casa una carta por mediación del general Verchère de Reffye. Al principio sospechó que se trataba de una desgracia. Pero al abrirla comprobó, a tenor de la calidad del papel, la caligrafía y la amabilidad de las fórmulas de cortesía, que era una nueva invitación imperial.

Le proponían que hiciera una segunda demostración en Biarritz, el 25 de septiembre, en la terraza de la Villa Eugénie, con el propósito de «restablecer las contingencias de la primera».

Mouchot tuvo que sentarse en la primera silla que encontró para contener su emoción. A pesar de la lluvia, el emperador había quedado convencido. Como buen hombre de negocios, había presentido en aquel experimento abortado las promesas de un porvenir radiante. En la misma carta, el comandante lo invitaba a presentarse en el taller de Meudon tan pronto como hallara la manera. Verchère de Reffye sabía que Mouchot vivía en Tours y no ignoraba que sus condiciones de trabajo eran complicadas. Le transmitía lo mucho que lo honraría recibirlo en los talleres de la nación, abrirle las puertas de las armerías para su equipamiento y brindarle la oportunidad de beneficiarse de la gran llanura para sus experimentos.

—Jesús bendito —murmuró Mouchot.

Aquello era una bendición. A pesar de que la demostración de Saint-Cloud había sido un desastre, a Mouchot lo embargó una alegría inmensa. No una alegría epifánica como la que había experimentado en su apartamento de Alenzón, donde había creado vapor de agua por primera vez, ni como la que sintió cuando conoció en la escuela militar al comandante Verchère de Reffye, sino una dicha más silenciosa, más mesurada, como la que proporciona la confirmación de una vocación. Ahora que ponían a su disposición un taller y unos medios, ahora que el hombre más poderoso de su país le brindaba su confianza, sabía que podía ir más allá, que podía superarse a sí mismo.

Mouchot quiso encaminarse a Meudon de inmediato para ponerse a trabajar, pero su contrato con el rectorado de Tours se lo impedía. Aquella tarde, con la fecha de Biarritz cada vez más inminente, escribió de su puño y letra una carta con un tono barroco y una caligrafía estrafalaria en la que exponía sus obligaciones como profesor de liceo, que entregó en persona a un mensajero para asegurarse de que llegaría a Meudon. No tuvo que esperar mucho. Unos días más tarde, para su gran sorpresa, el comandante Verchère de Reffye transmitió al ministro de Instrucción Pública una súplica que dirimía la cuestión con una frase: «El señor Mouchot trabaja conmigo en un asunto que ha merecido la atención del emperador: el del uso del calor solar para la elevación de las aguas».

Al día siguiente, el rectorado le concedió dos meses de excedencia. Abandonó su aula con renovado alivio al término de la última clase, compró lo que le faltaba en una fundición de barrio y, cuando volvió a su casa, dando brincos de emoción, ordenó todas las piezas metálicas en un arcón de madera con la tapa abombada que mandó enviar por ferrocarril.

La demostración de Biarritz tendría lugar al cabo de tres semanas. Mouchot no vaciló. Cargó todo el material del que disponía, cogió sus cosas, llenó las maletas, se guardó en el bolsillo un estilete andaluz por precaución, cerró con llave los cajones de su secreter, subió a una diligencia y se encaminó a Meudon, animoso y digno, por el camino viejo de Clamart, con el objetivo de construir su obra maestra.

Medio siglo más tarde, hacia el final de su vida, moribundo, con ochenta y siete años, por culpa de ochenta y siete enfermedades, Mouchot habría de recordar su llegada a aquel taller. Estaba ubicado a los pies del castillo de Meudon, lejos de los surtidores y los estanques de piscicultura, al fondo de unos sombríos pasillos que parecían galerías de fraguas clandestinas, donde en otros tiempos se había

establecido un acaballadero de dimensiones faraónicas para la reproducción de los sementales y las yeguas del Imperio, de suerte que todavía se percibía entre sus paredes de piedra el olor amargo de los amores equinos.

Los establos reales habían sido sustituidos por un espacio para pruebas de explosivos, obuses y tiro. Luego, cuando la guerra se combinó con la ciencia, habían llegado inventores que habían desarrollado velocípedos y termopilas, balas huecas y trilladoras para la paja. Se decía incluso que Choderlos de Laclos, antes de escribir *Las amistades peligrosas*, había dirigido un equipo de fabricación de aerostatos pero que, a falta de voluntarios, solo había podido enviar en la barquilla una cabra y un gallo. En toda la propiedad no había estufas, ni sistema de tuberías de agua, ni lavabos; se comía frío, se dormía sin calefacción y se fregaban los cacharros acuclillándose en un estanque. Con el paso de los años, las armas y emblemas de las fachadas habían sido martilleadas, los muchos incendios en la finca habían dejado la viguería chamuscada y, a juzgar por el color de las murallas, por los techados viejos y los desconchones secos de pintura, se adivinaban sus edades sucesivas como un palimpsesto de piedra.

—Meudon huele a pajar —se decía.

Pero nada de esto molestaba en absoluto a Mouchot. Él, que se había criado entre cerrajeros y herreros, en cuchitriles deprimentes, y había pasado su niñez en una penumbra iluminada únicamente por la llama de una vela, de pronto se sintió como en casa en aquel espacio abarrotado de martillos pilones y de prensas de forja, de ladrillares para la fabricación de los crisoles y de cristalerías para moldear las pastas vítreas. Llegaba antes que nadie, al alba, entusiasmado y vivaracho, entregado en cuerpo y alma a su auténtica obra, y se marchaba el último, agotado y satisfecho, con la mente en paz. Siempre se despejaba para él algún rincón del taller, siempre había una caja de herramientas preparada para cuando llegara. En aquel reino hecho de cables y cilindros, Mouchot podía mostrar su verdadero rostro. Allí, ningún alumno parloteaba en el fondo, ningún inspector lo importunaba, ningún director le pedía cuentas, ninguna carta exigía respuesta, nadie podía llamar a aquella puerta. Por primera vez desde que se marchara de Semuren-Auxois, Mouchot experimentaba la sensación demiúrgica de construir un castillo dentro de un castillo.

Una noche en que se había quedado hasta las tantas soldando su caldera, Verchère de Reffye irrumpió en su taller sin previo aviso. Preguntó por los avances del trabajo, habló de Biarritz, se informó acerca de la solidez del cilindro de vidrio y el traslado de la bancada.

Mouchot habló con una seguridad y una confianza que sorprendieron al comandante, conocedor de su habitual timidez.

Verchère de Reffye, reconfortado, se enfrascó en el relato de sus trabajos personales y se puso a divagar sobre la reconstitución de los fortines romanos que pretendía presentar durante la demostración. Se explayó en sus descubrimientos inesperados durante las excavaciones en Côte-d'Or, alabó el poder de la imaginación en el embellecimiento de las armas antiguas y se proclamó preparado, si Dios le daba salud, para extraer del vientre de la tierra todas las batallas de la Galia desde las primeras poblaciones hasta el reinado de Carlomagno. Parecía tan impregnado de toda aquella arqueología antigua, tan fascinado por aquella mitología belicosa, que solo veía el mundo a través de ese prisma, hasta el punto de que en un momento dado se detuvo en mitad de una frase, súbitamente iluminado por una idea, y se volvió hacia la máquina.

—¿Le ha puesto nombre a su artilugio? —preguntó, y antes de que Mouchot pudiera responder, añadió—: Se cuenta que el emperador Octavio era tan apuesto que todo el mundo, incluido el sol, agachaba la vista ante él. Octave, por qué no.

Así pues, la máquina recibió el nombre de Octave. Durante toda la semana, Mouchot supervisó los avances, siguió de cerca cada etapa y controló hasta el último detalle. En cuanto entraba, sin perder ni un minuto, elaboraba los planos que a continuación enviaba a un modelista que a su vez los confiaba a fundidores de campanas. Participaba en todos los frentes, en un ir y venir constante, se afanaba con todas las tareas, iba corriendo del despacho a la mesa de trabajo, de la mesa de trabajo a la obra, de la obra al despacho. No emprendía ningún otro proyecto. No se asociaba con ningún otro mecenas. No se lo vio escribir ningún artículo ni registrar patentes. Lejos de las vanidades mundanas, lejos de los círculos científicos, lejos de frivolidades y de esnobismos, Mouchot avanzaba a solas. Mientras los demás eruditos se rodeaban de secretarios para llevar a cabo sus investigaciones y otros inventores pagaban a estudiantes para que se ocuparan de las tareas más ingratas, Mouchot ejecutaba toda la concepción sin ayuda de manos de repuesto, elaborando en persona los planos preliminares, y sin dejar que nadie inspeccionara sus cálculos.

Sin embargo, una semana antes de la demostración se dio cuenta de que aquel volumen de trabajo titánico era demasiado para un solo hombre. Necesitaba un asistente que lo respaldara, que lo ayudara a hacer frente a los defectos del sistema de tubos, que resolviera dificultades. En ocasiones veía trabajadores ociosos bajo las

techumbres de los cobertizos, apoyados contra las soleras, con la cara carcomida por los hornos de crisoles y los brazos hipertrofiados por la faena.

Un lunes, a la hora de las vísperas, Mouchot los reunió a todos en su taller. Trató de convencerlos presentando su invención como un descubrimiento de los griegos, empleando una jerga extravagante, trufada de cálculos geométricos, apoyándose en resultados que nadie habría podido confirmar, asegurándoles que la concentración del calor solar podía producir una fuerza capaz de invertir la curvatura de la tierra. Lo tomaron por loco. Ninguno se presentó voluntario. Fue preciso que el comandante Verchère de Reffye anunciara una prima de generosa cuantía para animar a los más indecisos, pues él sabía que la demostración de Biarritz afianzaría su posición en el seno del poder tanto como la de Mouchot en el seno del taller.

Empezaba a plantearse aumentar la recompensa cuando el jueves, tres días después de su petición, uno de los trabajadores más veteranos de Meudon, un tal Benoît Bramont, un gigante de cuarenta y tantos años, se presentó en la puerta de su despacho y, entre las máquinas ruidosas, en medio del alboroto y los traqueteos, dijo sin un atisbo de indecisión en la voz:

—Acepto.

Ataviado con una camisa de rayas y un sencillo pantalón de dril, Benoît Bramont era un coloso de cuello ancho y perfil noble, con todo el cuerpo en una tensión natural hacia el impulso vencedor y el sudor de la tarea. La cabeza afeitada, los hombros macizos, las piernas atléticas: nada parecía poder derrotarlo, y de sus ojillos minúsculos perdidos en el centro de su cara emanaba una especie de sinceridad brutal. En la época en que Mouchot lo conoció, Benoît Bramont poseía unas manazas que se ponían coloradas cada vez que cerraba los puños, y un esqueleto tan macizo y mineral que nada más verlo se intuía a un hombre capaz de sobrevivir en cualquier lugar. Arisco, cascarrabias, borracho la mitad de la jornada, su semblante solo se iluminaba por las mujeres o por el juego; le gustaba hacer trampas a los naipes, comía como un presidiario y mentía hasta cuando estaba bebido.

Se había criado en viviendas insalubres, en buhardillas, había aprendido los oficios de ferretero, pasamanero, cuchillero, había trabajado en pozos hulleros, hilaturas y mercadillos. Luego se había casado, separado y vuelto a casar. Desde que enviudara ya solo conocía el

de las herramientas, el resuello de los caballos que remolcan las carretas, los volquetes que se llenan y los yunques que reciben los golpes, y si bien recordaba haber tenido aspiraciones en el pasado,

ilusiones abortadas, que flaqueaban y se extinguían a aquella edad, había acabado acostumbrándose a su destino de bestia de carga con tal de concederse la alegría última de morir lo más tarde posible, en una casa en la cumbre de una montaña.

—Acepto —repitió—. Pero yo a Biarritz no quiero ir. El mar me da miedo.

Para Mouchot, aquel monstruo de fuerza animal fue un regalo del cielo. Infatigable, aguerrido, competente, Benoît lo liberaba de todas las tareas tediosas, desagradables, arduas, con tal celo, con tal servilismo, que cualquiera hubiera podido pensar que aquella máquina también era de él. Merced a su larga filiación obrera se habían acumulado en su persona las fuerzas fundadoras, todas las potencias en ciernes, toda la compresión milenaria de los trabajadores. Centenares de familias, una dilatada estirpe de antepasados tenaces, menesterosos, batallando con rabia y en silencio, habían dado lugar a aquel gladiador ebrio, capaz de aguantar de pie dieciséis horas sin interrupción. Y cuando acababa la jornada y parecía que un temporal había asolado el taller, lo limpiaba todo, sin rechistar, sin amilanarse, frotando los acaballaderos napoleónicos como antaño Hércules los establos de Augías.

La máquina estuvo terminada tres días antes de su fecha de presentación. Al día siguiente, Mouchot mandó enviarlo todo en un convoy especial dispuesto por el comandante que llegó a Biarritz dos días más tarde, surcando el camino real de alisos que dominaba el mar.

Dos semanas de intensas lluvias habían dado paso a un tiempo sublime. El sol, bárbaro, agujereando el cielo, descargaba una catarata de luz. Mouchot instaló a Octave en una amplia terraza entre la Villa Eugénie y el mirador, una suerte de balcón que flotaba por encima del agua, separando al hombre del mar. Al fondo se divisaba la construcción con forma de E, un bonito edificio de estilo decimonónico, de arquitectura sencilla y coqueta, con sus veinte ventanas orientadas hacia el océano, sus cuatro plantas y su atrio elegante al que se accedía a través de tres escalones adornados con unas ánforas que dos mil años antes habían contenido el vino que le servían a Nerón.

La demostración estaba programada para las dos de la tarde. Sin embargo, a mediodía, justo antes del almuerzo, los primeros curiosos empezaron ya a sentarse en las rocas salvajes desperdigadas por los arrecifes del litoral, a ambos lados de la mansión, desde donde se distinguía el promontorio imperial. Al cabo de una hora, varias mujeres se sumaron a los primeros en llegar, llevando consigo cojines

y mantas, taburetitos y bancos de madera, pues se había corrido la voz de que iba a tener lugar un acontecimiento importante, sin que nadie supiera determinar exactamente cuál. Cuando una parte del círculo más íntimo del emperador hizo su aparición, hacia las tres, el muelle de la extensa playa estaba ya tan abarrotado, era tal hervidero de gente, que hubo que desplegar un cordón de seguridad para que pasaran los eruditos de la Academia de Ciencias de París, la burguesía industrial, las damas de la corte y, entre ellas, niños vestidos con trajes de seda, empolvados y con tirabuzones, que habían insistido en ver al señor-sol. Pronto hubo doscientas personas reunidas en torno a aquel escenario. Aupada en las ramas de las palmeras, cobijada bajo sombreros con flecos, sombrillas de marquesas, toldos de lona y parasoles con ballenas de madera, la gente aguardaba con la tez chorreando de sudor.

El emperador llegaba tarde. Por aquel entonces ya había dejado de asistir a la mayoría de las conmemoraciones oficiales, pues prefería que lo sustituyera otro, y las raras veces en que hacía acto de presencia solo se quedaba unos minutos, lo cual lo había convertido en una figura casi onírica. Aquel día, en el litoral de Biarritz, había tantas personas que no lo habían visto nunca que, cuando surgió de una gran puerta acristalada, con un atavío ligero, serio como un camarlengo, seguido en comitiva por el comandante Verchère de Reffye y una ristra de generales de división, muchos pensaron que se trataba de una aparición mística y un aplauso exaltado recorrió la multitud desde la playa hasta las colinas de la ciudad.

Mouchot, quien apenas tres semanas antes presentaba un aspecto abatido y desdichado, se mostraba ahora sereno y confiado. En la explanada del palacio, sudando la gota gorda bajo el bochorno vespertino, estaba de pie delante de su artilugio igual que un escultor delante de su estatua. Al principio lo había impresionado el gentío que se había agolpado en cuestión de tres horas, pero, reconfortado por sus resultados en el taller de Meudon, enseguida lo había embargado una fe soterrada, una certeza imperceptible, y se había puesto a llenar muy despacio la caldera con agua, comprobando las válvulas y los espejos en forma de pétalo.

El emperador hizo un gesto con la mano y así dio comienzo la demostración. Mouchot ejecutaba cada movimiento sin dificultad, dominando la situación. Cuando puso en marcha la máquina y orientó los espejos hacia el cielo, el entusiasmo de los espectadores se tornó en un murmullo de curiosidad. Desde lo alto de las rocas animaban a Mouchot con vítores en euskera y tonadillas de corsarios. Nadie entendía muy bien qué se suponía que hacía aquel aparato, ni por qué

aquel erudito se aplicaba con tal esmero, pero admiraban con convencido respeto a ese científico menudo llegado de muy lejos, heroico en su papel cesariano, solo ante el sol, grandioso en su pretensión, hasta el punto de que, cada vez que la caldera aumentaba de temperatura, una clamorosa ovación estallaba entre el público.

El aparato calentaba cada vez más rápido, cada vez con más potencia. El mercurio del termómetro subía a ojos vistas. Solitario, altivo en medio de las miradas de orgullo, Octave aspiraba todos los rayos, concentraba todas las fuerzas ocultas, y nada, ni una mota de polvo en el viento, ni una nube fugaz, ni la sombra de un insecto, venía a perturbar aquella obra maestra de fuego. Aquella estatua de espejos, erguida como una mina de carbón, aquel monumento de sol domeñaba el calor tórrido, lo subyugaba, lo amaestraba. Era, en la playa, la avalancha blanca de un incendio.

Los gestos de Mouchot, reproducidos mil veces en su taller, estaban ahora tan medidos que no parecía estar trabajando, sino entregado a una danza pirotécnica, corriendo, tirando de válvulas, abriendo circuitos, como si hubiera hecho malabarismos con la materia. Observaba fijamente la campana de cristal que envolvía su caldera, a la espera de que esta rompiera a hervir en el centro del alto horno, cual boca abierta al viento, y se sentía como un hacedor de constelaciones, creando energía a partir de la nada, en el esplendor flamante que se proyectaba sobre todo el muelle, frente al mar inmenso.

Al cabo de quince minutos, las primeras gotitas empezaron a condensarse en la pared de la caldera. Un chorro de burbujas ascendió tímidamente, como un ramillete de luceros transparentes. El vapor obtenido pasó por el tubo del alambique, luego por la cámara de agua, entró en el cilindro y activó, con la mera fuerza del sol, la pompa Greindl. Cuando el brazo mecánico de la máquina de vapor hizo el primer movimiento, la concurrencia se volvió loca de alegría.

La gente se levantó de un salto como si acabaran de ver resucitar a un muerto. Todo se había esclarecido en un instante: aquel hombre acababa de poner en marcha un motor mediante la sola fuerza del sol. Ya no había dudas sobre la utilidad de aquella extraña pantalla fabricada con trozos de vidrio y metal. Mouchot oyó un estallido de celebración y exclamaciones acaloradas. Se volvió hacia el emperador, como transportado por la fiebre colectiva y, al oír el rumor de las ovaciones, los miembros de la Academia y los industriales se levantaron. Al cabo de diez minutos, la costa entera estaba en pie, aplaudiendo, observando a Mouchot, y el emperador apuntó hacia el cielo con su bastón: «Viva el sol, viva Mouchot».

Mouchot estaba viviendo su día de la victoria. Bajó del estrado como si abandonase el mundo de ayer para penetrar en el de mañana. El emperador le puso una mano en un hombro, los niños quisieron tocarlo, la emperatriz le ofreció su mano, Verchère de Reffye no se separaba de él ni un segundo y lo presentaba a todo el mundo.

Un grupo de eruditos, reunidos en el círculo privado de Napoleón III, lo invitó a subir al salón de recepciones donde los aguardaba una bienvenida mundana, y unos y otros dejaron atrás la máquina bajo el sol, soberana y triunfante, con su caldera escupiendo vapor, en la jornada resplandeciente de Biarritz. De pronto, según se alejaban, un resplandor reverberó en los espejos e iluminó las veinte ventanas del palacio, la fachada, las cristaleras del porche, revistiendo el mirador de un halo lechoso, lanzando sobre todas las cosas una luz tan pura, tan blanca, que obligó al emperador a girarse una última vez para contemplarla. Era la reverencia final, la elegancia de la innovación, y quienes fueron testigos, quienes vivieron la escena, se dejaron iluminar por ella como por una aurora nueva.

En cuanto regresó a París, Mouchot cumplió su palabra. Lo primero que hizo, antes siquiera de deshacer el equipaje, fue ir a llevarle a Bramont la prima que Verchère de Reffye le había prometido. Lo invitó a abrir una botella de *chartreuse* amarillo y le hizo entrega de su recompensa en una taleguita de piel de cabritilla. Como Bramont era hombre de pocas palabras, se limitó a hacer un único comentario a la vez que alzaba su copa:

—Por Octave.

Se terminaron la botella. Media hora más tarde, Mouchot dormía encima de la mesa. Bramont, en cambio, que jamás había recibido semejante suma de dinero de una sola vez, se enardeció, se animó, se inspiró. Borracho como una cuba, se enderezó, balbuceando que él también era un hombre de palabra, y se abalanzó hacia la puerta con la talega de cabritilla bajo el brazo, con intención de ir a saldar dos deudas antiguas que llevaban veinte años acuciándolo. Cantando como un marinero bebido, se encaminó a la rue de la Goutte-d’Or para presentarse en casa del señor Vivien. La primera deuda la había contraído con aquel sombrerero taimado que lo había desplumado a las cartas en otros tiempos y que, al ver que Bramont no podía pagarle, le había hundido un cuchillo de cocina en el abdomen. La segunda la tenía con el médico que, sentado a la misma mesa de juego, había tenido que suturarlo a toda prisa encima de un tapete verde ensangrentado.

Una vez satisfechas ambas deudas, aliviado, más ligero y más borracho que nunca, Bramont bajó por el boulevard de Clichy y pidió

tres jarras seguidas en la taberna de Bagne y dos pintas en el Tambourin. Su intención era celebrar dignamente aquella realización personal, aquella liberación, aquel hombre nuevo en que se había convertido, con la mujer más guapa de todo París. Recorrió el arrabal de Montmartre dando tumbos hasta el Palacio Real, cruzó el Sena a la altura del puente de Saints-Pères y se metió por Saint-Germain-des-Près hasta el Barrio Latino, donde visitó todas las cervecerías que había entre las plantas bajas y los entresuelos de la orilla izquierda. En el Pantagruel, en la rue des Écoles, local frecuentado por curas y expresidiarios, hizo que una ogresa con escote disfrazada de alsaciana que lo llamaba «solecito mío» le sirviera absenta toda la noche, y luego, en el Sherry-Cobbler, regentado por una tal Joséphine, se metió entre pecho y espalda tal cantidad de vino malo que confundió la falda de la camarera con la levita de un galeote y acabó en medio de la acera, molido a bastonazos.

De camino a su casa, incapaz de leer el nombre de las calles, recorrió los muelles para orientarse. A las tres de la madrugada, a la altura de la oficina de navegación de Choisy, donde decenas de embarcaciones de madera aserrada y entramado vigilaban las riberas, decidió echarse a dormir en la bodega de una gabarra cargada de mercancía. Pero no se despertó con el alba. El barco remontó el curso del Sena, pasó por Mantes-la-Jolie y Vernon, atravesó las sinuosidades de la presa de Poses, dejó atrás el puerto de Ruán y, en la desembocadura de El Havre, desembarcó el cargamento en un granelero inmenso que zarpó rumbo al Caribe. Cuando Bramont se despertó, diecisiete horas más tarde, con una resaca de campeonato, ya estaban mar adentro en dirección a América.

Al cabo de tres meses, recaló en Venezuela. Intentó fabricar y vender máquinas solares que, pese a que aquellas tierras estaban bañadas por el sol, no tuvieron ningún éxito. Trabajó como armador y artillero, y luego se incorporó a los círculos militares y acabó acompañando al dictador Antonio Guzmán Blanco en sus campañas andinas.

Dos años después, en Caracas, dejó preñada a una muchacha de la barriada de San Pablo del Limón que dio a luz a un gigante, predestinado él también a hacer un gran viaje. Cuando ella le preguntó qué nombre quería ponerle, Benoît Bramont se acordó de Mouchot, del taller imperial de Meudon, de la prima, de la noche de borrachera, y le pareció que aquella avalancha de recuerdos no era más que el remoto espejismo de otra vida. De modo que, para rendir homenaje a la máquina que había hecho posible aquella aventura caribeña, respondió:

—Lo llamaremos Octave.

—Demasiado francés —opinó la chica, con el bebé en los brazos —. Lo llamaremos Octavio.

De pronto, ya nadie hablaba del «profesor Mouchot», sino del «erudito Mouchot», y los últimos días de septiembre la revista de divulgación científica *La Science pour tous* publicó que, tras la demostración en Villa Eugénie, «si Franklin supo arrebatarle el relámpago al cielo, Augustin Mouchot ha hecho algo mejor: le ha arrebatado su fuerza y la ha puesto a nuestro servicio de manera gratuita». El artículo concluía con una frase inocente, bastante elegante, que hacía hincapié en que a aquella extraordinaria invención le faltaba, no obstante, «un libro que le brindara sostén».

Mouchot echó al olvido enseguida aquel comentario. Estaba ocupadísimo respondiendo una avalancha inesperada de cartas. Una semana más tarde, otra publicación científica refirió el éxito de su exhibición, volviendo a explicar el sistema de la campana de cristal, el azar de Alenzón, y acababa con un apunte desafortunado, constatando que a aquella invención le faltaba «un libro que le brindara sostén».

Aquella insistencia por partida doble dio que pensar a Mouchot. Todavía estaba enteramente absorbido por su correspondencia y por sus experimentos prácticos, no pensaba en la teoría, y calculó que la escritura de una obra le haría perder demasiado tiempo de sus construcciones. El «erudito Augustin Mouchot» no quería volver a tener un salario miserable, ni dar clase a alumnos vagos, ni vivir en un cuarto húmedo, ni llevar siempre los mismos trajes, ni tener que andar mendigando financiación. Era el momento de construir. Después de Biarritz y de ganarse la confianza de un emperador y el apoyo de un comandante, era el momento de sacar provecho de aquel golpe de suerte para entrar con buen pie en el círculo restringido de los innovadores.

Así fue como, a mediados del otoño, un martes, queriendo aprovechar los últimos mediodías luminosos, se encaminó a los jardines del antiguo cementerio del Este con su traje de fieltro y acarreando unas pesadas maletas de utilería que contenían ocho tablas de madera y treinta espejos móviles. A la una de la tarde, lo dispuso todo al otro lado del claro, y a veinte metros de distancia colocó los espejos de manera que pudieran reflejar el calor en los tablones. Al cabo de dos horas logró prenderles fuego, pero las llamas cobraron tal altura, tal ardor, agarraron tan rápido, que cuando Mouchot trató de sofocarlas con su paletó se quemó las palmas de las manos y tuvo que pasar un mes con un vendaje que le llegaba hasta los codos.

Habría de recordar el instante en que el comandante Verchère de Reffye, a la hora de la merienda, fue a hacerle una visita a su cabecera, provisto de un ramito de dalias. Aludió a su talento, habló

de la biblioteca de Alejandría y del templo de Artemisa y admiró el coraje de poner su cuerpo entre los dedos caprichosos de la ciencia. No obstante, le recordó, con cierto apuro en la voz, que todo gran descubrimiento iba siempre acompañado de un gran libro que lo legitimara.

—Haría falta un libro que le brindara sostén —dijo.

Mouchot no supo si el comandante no hacía más que repetir lo que habían publicado las revistas, ni si aquello evidenciaba una conspiración misteriosa, pero tras mucho dudarlo decidió plantearse un periodo de escritura. En todo el mes siguiente no pudo ponerse manos a la obra, porque todavía tenía las manos vendadas. Se quedaba en casa rumiando en silencio, sin sacarse de la cabeza aquel pensamiento fatigoso, dando vueltas en su habitación, hasta el punto de que acabó redactando mentalmente una introducción de una sinceridad impresionante y una gran sencillez técnica. Los primeros días de diciembre, cuando por fin le quitaron los vendajes, se puso a trabajar y fue capaz de registrar las primeras líneas con tal soltura, con tal fluidez, que Mouchot creyó que un ángel sentado en su hombro se las dictaba.

Durante aquellos meses de invierno y diluvios, se refugió en el fondo de un despacho que acondicionó con esmero, con un catre que se mandó instalar junto a la biblioteca, y se dejó guiar a través de un sol imaginario. De la misma manera que se había lanzado de cabeza a la construcción de sus aparatos y no había flaqueado ante el abrumador trabajo manual, Mouchot se embarcó en la escritura con una pasión trémula y glotona, voraz e insaciable.

Reunió a su alrededor las obras necesarias, los volúmenes y los documentos, los archivos y los trabajos previos. Hizo sus cálculos y supo que necesitaría algo más de tres años de aplicada labor diaria, página tras página, con una jornada de descanso por semana, para llevar a término su libro. Dado que había abandonado por completo sus osados experimentos, recopiló todas sus notas y pasó varias noches en vela releyéndolas junto a la caldera, diseccionando la anatomía del calor, echando a volar por la redondez de los astros y la vía de las estrellas, remando entre aleaciones de metales y sistemas de valores, extraviado en un cenagal de fenómenos desconocidos y secretos cosmológicos.

Terminó el primer capítulo al cabo de seis meses. Redactó a continuación en cincuenta noches el segundo, que se convirtió en un viaje al pasado en el que confeccionó la lista de los usos del sol entre los árabes, los persas y los griegos, hasta llegar a Horace de Saussure y las observaciones de John Herschel. Entre agosto y noviembre escribió

tres capítulos en los que refirió los resultados de sus experimentos, las influencias de las sequías, reflexiones sobre la luz, la elección de materiales para los espejos e investigaciones sobre las ópticas de Euclides y Antemio de Trales. Agotó la historia de las aplicaciones mecánicas remontándose hasta el inicio de las civilizaciones, realizó todos los cálculos posibles para la cocción de alimentos en hornos solares, presagió las consecuencias de aquellos ensayos para las regiones tropicales y elaboró los planos para una bomba solar. Mientras se celebraba al mismo tiempo la Exposición Universal en París, que se convertía en el centro del mundo moderno, mientras el emperador fomentaba el libre comercio y la industrialización, mientras el barón Haussmann transformaba la capital abriendo arterias y ampliando plazas, Mouchot se acostaba temprano, ataviado con su camisón —de seda, debido a su piel sensible—, y soñaba con un libro revolucionario, espoleado por una profecía en la que solo él creía.

La delgadez de su cuerpo, la fragilidad de su vejiga, los achaques estomacales, todo le vetaba las comidas contundentes, enjundiosas, y lo obligaba a someterse a una dieta vitalicia. A mediodía comía un cuenco con arroz y una sopa de hierbas, masticando despacio por temor a sufrir una obstrucción intestinal, y enseguida retomaba la labor. Mouchot se alimentaba de otra fuente, más arraigada, más profunda, convencido de que el poder de soñar lo había vuelto inmortal.

Las riberas carmesí del Nilo, en Egipto, donde podría abrir canales y regar las llanuras desiertas. La isla del Rey, en el golfo de Panamá, donde se decía que el sol no conocía la sombra. Lo más hondo de los valles arenosos de Errachidia, en Marruecos, donde podría instalar un concentrador de cincuenta metros de altura y abastecer a toda una ciudad. La provincia de Rayong, en Tailandia, donde el sol tenía estatus de divinidad y los sabios eran tan sagrados como los elefantes. Y también Argelia, francesa desde 1830, donde se contaba que los pastores vivían como los primeros patriarcas, en casas abiertas a los vientos, con jardines bañados de luz y balcones sobre los que giraba el sol. Y Mouchot soñaba, a solas en su apartamento, viajando a través de aquellas sílabas asoleadas y místicas, fantaseando con horizontes indomables donde la tierra sería lo bastante rica para construir máquinas de oro.

Estaba rematando su libro cuando, cierto día, leyendo la prensa extranjera, tuvo noticia de los trabajos de Ericsson al otro lado del charco. En Estados Unidos, el inventor sueco había creado un artilugio que medía el valor energético de la radiación solar y había publicado

un breve informe, *The Use of Solar Heat*, sobre los espejos parabólicos.

Mouchot no pegó ojo en una semana. Su primacía científica quedaba en entredicho. Un temblor lo sacudió de la cabeza a los pies. El sueño al que con tanto ardor aspiraba, el de ser el primero en dar uso a la energía solar, el de grabar su nombre en el muro de la historia, se desmoronaba como un títere descoyuntado, y los artículos de la prensa estadounidense, unánimes y ditirámbicos para con Ericsson, acabaron de rematarlo. Cuando por fin se sobrepuso, cuando salió de aquel estado de aturdimiento y retomó la escritura, tenía ante sí un nuevo obstáculo y una nueva pendiente que remontar.

Sin embargo, una vez más la suerte le sonrió. Varias revistas científicas norteamericanas publicaron extensos artículos donde se desmentía la existencia de aquellas máquinas solares. En un periódico de economía, Mouchot leyó estas líneas con sumo alivio: «Es falso que el señor Ericsson haya logrado sacar el sol a subasta, ni siquiera por lotes. No estamos en ese punto. Los rayos solares están en todas partes. Es un ramo listo para que cualquiera lo coja, eso es todo». Mouchot se apresuró a coger aquel ramo. Satisfecho de aquel giro en los acontecimientos, en un primer momento se sintió tentado de ignorar a Ericsson en su libro, pero luego se lo pensó mejor y decidió citarlo. No tardó en incluir su nombre y, evocando la larga experiencia del erudito incansable, le rindió homenaje, declarando: «Cuando una aplicación nueva está a punto de nacer es harto infrecuente que dos o más personas no tengan la misma idea casi al mismo tiempo. Debo añadir que la patente de mi receptor solar, registrada el 4 de marzo de 1861, garantiza prioridad a Francia en este tipo de ensayos».

Más o menos en ese preciso instante, a dos mil kilómetros de distancia, en la ciudad de Florencia, otro inventor, el profesor Donati, fabricaba una máquina similar y, en la propia Francia, el astrónomo Jules Janssen publicaba un estudio muy avanzado sobre la alteración de la radiación solar en la atmósfera. Mouchot intuyó que debía acelerar la publicación de su texto. No quiso perder el tiempo. Se otorgó el derecho a asumir el primer puesto. Después de todo lo que había vivido, después de todo lo que había conseguido, sabía que en aquel momento nadie en Europa estaba tan predestinado a vincular su nombre al sol. Por eso, el 2 de junio, cuando fue a ver a su editor con el manuscrito terminado de *El calor solar y sus aplicaciones industriales*, Augustin Mouchot tuvo la sensación de que estaba reinventando la ciencia.

—Mañana, publico la Biblia —declaró.

Así estaban las cosas cuando estalló la guerra. Mouchot no podía sospechar que en el instante en que él publicaba *El calor solar*, a pocos

cientos de kilómetros, las tropas prusianas estaban ya en marcha con el objetivo de asediar París.

Entre la noche del 18 y la mañana del 19 de septiembre discurrieron unas horas negras y ardientes. El emperador había capitulado, y Prusia llevó a cabo un prodigioso avance de sus tropas y alcanzó el Sena. Al alba ya habían sitiado la capital. Toda la población masculina adulta fue movilizada, ciento cincuenta mil soldados y trescientos mil guardias nacionales sufrieron sin desfallecer un asedio de ciento treinta y ocho días. En todas las puertas de la ciudad, en los caminos, a lo largo de los muros, la marcha pesada y los redobles de tambor movían a millares de hombres como una mancha de aceite hacia las arterias de la urbe. Bajo los balcones, en el centro de las plazas, batallones famélicos, tropas exaltadas y rebeldes marchaban en todas direcciones, protegían la retaguardia, ocupaban el Ayuntamiento y la isla de la Cité, neutralizaban el arrabal de Saint-Antoine y bajaban los cañones de Montmartre. Gendarmes, «rojos» y guardias nacionales iban y venían entre una multitud aterrorizada e inquieta, que contaba a sus muertos y hacía cola en las carnicerías, temiendo las penurias que estaban por venir y la reanudación de los combates. Se formaban hileras de mujeres delante de los puestos de abastecimiento de las grandes avenidas, los bombardeos zarandeaban las casuchas de los arrabales, la orilla izquierda sufría. En los semblantes solo se leía furia, miedo, angustia. Un zumbido sordo emanaba de aquel pueblo de París, humillado e impotente, que batallaba para comer, para calentarse, para revivir.

Y Mouchot, en medio de todo aquello, mezclándose con la muchedumbre, pensaba en el sol. La publicación del libro al que había dedicado cuatro años de trabajo, tan esperada desde hacía tanto tiempo, quedó eclipsada por aquella «batalla del carbón». Consideraba la guerra franco-prusiana el hecho más zafio, más vil y más estéril, y no porque le pareciera una manifestación de barbarie, sino porque obstaculizaba su ascenso en pos de la verdad. Según él, únicamente la ciencia debía mover al combate, a la lucha por la exactitud, por las ciudades del día de mañana, por el conocimiento; únicamente la ciencia ostentaba el derecho a la guerra. Lo demás no eran sino sucesos fortuitos, accidentes de la humanidad, escollos. Mouchot hizo oídos sordos ante aquella batalla contemporánea, hasta el punto de que aquel 19 de septiembre, mientras un terror amortiguado se adueñaba de la ciudad, como la calma que precede a una catástrofe, él bajó desde Grenelle y torció en la rue de Vaugirard en dirección a la Sorbona para comprobar si las librerías habían puesto su libro en el escaparate.

Apurado, siguió bajando hacia el Odeón, bordeando los jardines de Luxemburgo, entre el estruendo de las tropas, engrosado sin cesar por el cuerpo de voluntarios. Cuando ya estaba muy cerca de los muelles de SaintMichel vio su libro expuesto en la vitrina de una librería pequeña, en la confluencia de dos callejuelas medievales.

La jornada fue dramática. En el sur de la ciudad, entre Clamart y Châtillon, retumbaban los cañones de alarma, los prusianos bombardeaban, los cantos revolucionarios arrastraban a las masas a las avenidas. Se formaron núcleos de resistencia, los parisinos no estaban dispuestos a ceder, y frente a aquella guerra atroz que lo había puesto todo patas arriba, frente a la hambruna que aplastaba a los desdichados, frente a la enajenación colectiva que alborotaba a la marabunta, Mouchot, en aquella acera pegajosa, plantado como un idiota delante del escaparate de la librería, admiraba su obra con júbilo.

En semejante contexto, ante un París bajo asedio, en medio de semejante catábasis, cualquiera habría podido esperar que Mouchot tomara las armas, que se echara a la calle, que levantara barricadas de cobre y, como Arquímedes en Siracusa, orientara sus espejos hacia las torres enemigas para prenderles fuego. Pero en el preciso instante en que París ardía, la constancia y la perseverancia que Mouchot había heredado de su padre cerrajero lo llevaron a abandonar la capital y refugiarse de un modo irrevocable en Meudon.

Se encerró en su taller y vivió como un asceta. Al amanecer, su primer impulso, en lugar de estudiar la prensa, era comprobar la aguja del barómetro que determinaba, según el tiempo, el humor que tendría ese día. Una nube negra perturbaba su siesta, lo abatía hasta el mutismo; la lluvia lo deprimía. Acusaba en el vientre los caprichos del clima, como una bola cambiante, y la influencia de las estaciones se había convertido para él en la única causante de sus estados de ánimo.

En aquel universo paralelo y nebuloso vivía cuando uno de sus trabajadores lo despertó al amanecer gritando a los cuatro vientos:

—¡Se ha proclamado la Comuna!

Mouchot ni siquiera se levantó de la cama. Tampoco se dignó salir cuando, dos meses más tarde, el Ejército regular fusiló a veinte mil comuneros e hizo prisioneros a cuarenta mil parisinos, ni cuando empezó a haber deportaciones, exilios y ejecuciones a diestra y siniestra. Parecía que el país se derrumbaba. Pero el 28 de mayo de 1871, Mouchot no lloró a sus muertos ni se alió con el nuevo Gobierno. Lo único que zarandeó su ánimo fue la constatación de una gripe leve, de una migraña y de unos pequeños escalofríos que le impedían conciliar el sueño.

Pasó mala noche. La fiebre le subió a una velocidad vertiginosa. Cuando se despertó, un fuego le ardía en las venas, un pitido le sonaba en los pulmones y un violento golpe de tos lo obligó a guardar cama toda la semana. Un joven médico de Amiens, un pelirrojo grandullón con aires caballerescos y tez de alabastro, le administró capsaicina en polvo para acelerar la circulación de la sangre. Otro quiso recubrir su cama de tomillo y flores de tila para estimular la transpiración. Uno de los trabajadores, aficionado al espiritismo, insistió en hacerlo dialogar con boticarios fallecidos dos siglos atrás para que le revelasen el motivo de sus fiebres. Al cabo de diez días de infusiones de asperilla y reina de los prados, y de sangrías mediante incisiones en el lóbulo de la oreja, Mouchot había adelgazado nueve kilos y estaba al borde de la deshidratación de tanto sudar un líquido amarillento cuyo olor a flores marchitas había perfumado todo el jardín del castillo.

Había perdido toda esperanza de curarse cuando hizo una extraña aparición una mujer que quedaría en su vida como un misterio sin dilucidar. En plena persecución de los comuneros, una mañana soleada, una silueta furtiva entró en la finca de Meudon a través de la portilla del huerto; sigilosa, sin que nadie la advirtiera, atravesó los soportales renegridos de las viejas caballerizas con paso de ratón, franqueó el terreno de matorrales y se encaminó hacia el taller de Mouchot. Cuando penetró en la estancia, él no se mostró sorprendido: creyó que se trataba de una enfermera o una religiosa enviada por algún convento.

—¿Viene a bendecirme? —preguntó.

La mujer guardó silencio largo rato. Echó un vistazo en derredor para ver si había alguien más y comprendió que estaban solos. Se sentó en el filo de la cama y escudriñó a Mouchot con una mirada fría.

—Vengo a curarlo —le respondió.

Se llamaba Michelle René. Regresó al día siguiente con un estuche de boticario bajo el brazo. Lo encontró al fondo del taller, en la cama, tomándose la temperatura, vigilando la llegada del cólera, y se compadeció de él. Le aplicó una cataplasma de mostaza negra en el torso para aplacarle la tos, le frotó las contumaces escaras que le habían dejado en la espalda las viejas ventosas de Alenzón y le masajeó las arrugas tersas de las palmas de las manos, en las que las quemaduras de Tours habían formado un planisferio en relieve. Sus músculos se relajaron, su tensión se rebajó y Mouchot quedó tan impresionado por la delicadeza de sus manos, por la gentileza de sus gestos, por la eficacia de sus métodos, que le pidió que se quedara con él.

Michelle dormía en un catre. Cada mañana, con una puntualidad

inflexible, le aplicaba compresas en el pecho, una tarea que ejecutaba con la regularidad esmerada de quienes huyen de algo. Y una noche cerró la puerta del taller con dos vueltas de llave. Ungió los omoplatos de Mouchot con una pomada balsámica y a continuación, para gran sorpresa de él, se desvistió, se cubrió todo el cuerpo con un ungüento de mostaza y se deslizó bajo sus sábanas, completamente desnuda.

—Usted no está enfermo —le susurró—. Sufre del mismo mal que todos los hombres, solo eso.

Maniobró, lo cabalgó, lo embadurnó, frotó su piel contra la suya, y no solo restableció sus fuerzas perdidas, sino que le transmitió la sensación de que nacía por segunda vez, con un vigor y un sacrificio de los que no se creía capaz. Fusionaron sus respectivas amarguras mientras el mundo saltaba por los aires, a grito pelado, y de pronto solo existían sus alientos jadeantes y el rumor de las llamas en las fauces de los hornos. Mouchot conoció en aquel instante su primera noche de amor, conservada en el olor persistente de los acaballaderos, y a la mañana siguiente, al alba, cuando despertó, de aquella mujer ungida en bálsamos no quedaba más que una habitación sumida en la penumbra y un silencio digno de un bosque.

Michelle René le había robado dos cosas: la virginidad tardía y un puñado de prendas de vestir. Desapareció y huyó de París disfrazada de erudito, con un pantalón ribeteado y un paletó de fieltro de Mouchot que había encontrado en un armario, y puso rumbo al sureste. Convertida en hombre, se cambió el nombre de pila y a partir de entonces se hizo llamar Michel René.

Allá donde iba se presentaba como un artesano caído en desgracia. Aseguraba que solo estaba de paso. Después de Melun, Fontainebleau y luego Sens, Michel René fue aceptado en el convoy de un grupo de caravaneros que se dirigía a Ginebra y atravesó las colinas peladas de Saint-Florentin trabajando como espigador en los campos. En Auxerre le pagaron por ordeñar vacas y coger caracoles. En Avallon sacó rebaños a pastar y faenó en las cosechas. En Dijon segó y guardó el heno. Cuando llegó a Chalon-sur-Saône, hacía cuarenta días que había salido de París y calculó que por aquel entonces, a mediados de octubre, la uva de las laderas del Jura ya habría madurado. Había oído que en el camino que comunicaba Besanzón y Lons-le-Saunier, en medio de aquel paisaje de praderas y viñedos discretos, de robledales y vacas gordas, los dueños de las bodegas contrataban mano de obra para la vendimia.

Sin embargo, la filoxera había empezado ya a comerse los viñedos, a secar los pies y a vaciar las cepas, hasta el punto de que, cuando Michel llegó a las inmediaciones de Arbois, descubrió que de

las célebres vides pajizas del savagnin solo quedaban parcelas abandonadas, con los cadáveres de comadrejas resecas, tostadas por el sol, como cortezas de corcho arrumbadas en los cercados.

Pidió trabajo aquí y allá, dispuesto a todo, pero la guerra, la hambruna y la crisis habían hecho estragos en la región. Famélico, cada vez más debilitado, se metió sin permiso en un granero que pertenecía a una finca vitícola cerca de Boissia, no muy lejos de Lons-le-Saunier, administrado por un joven soltero que se preparaba para emprender un viaje a California.

Se coló en plena noche a través de una brecha en la pared de madera de la granja y estuvo escondido varios días en un rincón de la bodega. Al cabo de una semana, muerto de hambre, decidió esperar a que el dueño se quedara dormido y bajó a la cocina, donde robó varios higos frescos. Así vivió varios meses, haciendo incursiones clandestinas por la casa, hasta el día en que el joven viticultor, alertado por unos ruidos en el granero, lo sorprendió.

No lo echó. Al contrario, le entregó las llaves de la finca, contento de saber que alguien velaría por ella, y se hizo a la mar desde el puerto de Saint-Nazaire. Michelle René no sabía nada de él. Se contaba que nunca llegó a California, sino que recaló en Santiago de Chile, y que él también cambió de nombre.

5

Un misterioso giro del destino subvirtió la situación. Dos años después de la guerra, los ánimos se calmaron, se instauró una república, y aquellos aires nuevos restablecieron las fuerzas de Mouchot. La paz había vuelto y, con ella, una dicha exacerbada y festiva en las calles. Mientras todo el mundo, en todos los barrios, en todas las ciudades, celebraba el fin de los conflictos, retiraba las barricadas, rendía homenaje a los muertos ilustres y reconstruía las avenidas, la esperanza medró en su corazón igual que una lenta marea.

En septiembre de 1873, Mouchot se marchó de Meudon y regresó a Tours. Elevó una solicitud de subvención al consejo general de Indre-et-Loire; su carta la leyeron los consejeros generales. Los miembros de la cuarta comisión, junto con otros expertos, fueron invitados a personarse al día siguiente a la una de la tarde en los jardines de la prefectura para tomar una decisión, solo que aquel día hizo tal calor que se vieron obligados a esperar hasta la noche para deliberar. Se le concedió un subsidio de mil quinientos francos.

Mouchot mandó construir un horno solar y un generador de dos metros sesenta de diámetro. El rumbo de la historia le era favorable: en el periodo posterior a la guerra, los sectores financieros invertían en recursos energéticos. Georges Ville, de paso por Tours, asistió a los ensayos en la prefectura y habló del asunto con el prefecto, el señor Decrais, quien se hizo cargo de todos los trámites para sacarle al Consejo General una nueva subvención que le permitiera a Mouchot fabricar un generador solar más grande, más imponente, que terminó dos años más tarde.

El 4 de octubre de 1875, Mouchot había logrado crear de la nada un aparato soberbio cuyo espejo, con for ma de tronco cónico y bases paralelas, era capaz de vaporizar, con buen tiempo, cinco litros de agua en una hora. En el patio de la biblioteca municipal, centenares de personas se habían reunido para aplaudir aquel triunfo de la física. Tuvo tal repercusión en la prensa que se le hizo un homenaje durante la ceremonia de entrega de premios en la que Mouchot recibió la palma de oficial de instrucción pública. Al día siguiente, en la sala de pasos perdidos del palacio de justicia de Tours, diez años después de la desastrosa demostración en el patio del liceo imperial, tuvo lugar la entrega solemne de los premios del liceo, en presencia del prefecto, el general y el arzobispo, varios notables y padres de alumnos. El director del liceo imperial, el señor Borgnet, que en el pasado había dudado de él, que había vacilado ante su semblante obstinado, pronunció un discurso magnífico que puso de relieve la obra «cuyo objetivo eminentemente práctico» no solo había ilustrado a su centro

sino que asimismo lo invitaba a creer que ilustraría a Francia entera.

Espoleado por aquel reconocimiento, Mouchot aprovechó la palma para solicitar al Ministerio, mediante una carta fechada el 20 de octubre, una excedencia retribuida. Los triunfos consecutivos y la perseverancia en el empeño acabaron por dar sus frutos, pues hacia el final del curso escolar se aprobó su solicitud. Mouchot obtuvo así lo que siempre había querido: una excedencia de su puesto de docente para dedicarse por completo a sus investigaciones. El rector de la academia de Poitiers, Paul Faure, un hombre alto y moreno con una boca pequeña y dos ojos como dos nueces, dirigió al inspector en funciones de Tours una orden según la cual se fijaba para Mouchot una retribución anual de tres mil cuatrocientos francos con una mención de mil doscientos francos en concepto de permiso de inactividad.

Por primera vez, después de tantas mudanzas, Mouchot podía aspirar a escoger su propio exilio: viajar al sur, a los cipreses y los castaños, a las higueras y los olivos, a los países sin invierno. Le sorprendió recobrar la serenidad casi de inmediato. La angustia se apagó de repente, los trastornos estomacales se deshicieron, los acúfenos se desvanecieron, la pesada migraña que arrastraba desde hacía semanas había desaparecido, y todo ello dio paso a una evidencia casi catártica: tenía que ir a Argelia. Los demás sueños, las demás ilusiones, los demás proyectos no eran más que bocetos de este otro; todo era insignificante en comparación con esa última consecución, sola y única, que debía consagrar al resto.

Se sentó en su despacho, delante del escritorio, ordenó sus papeles y mojó la pluma. Escribió un centenar de cartas a la atención de los alcaldes y gobernadores de la región, a las administraciones de asuntos exteriores, a un amigo abogado, a su banquero turonense, a Verchère de Reffye, al barón de Watteville, a Maurice de Tastes e incluso a varios proveedores de construcciones navales que conocían armadores en el puerto de Argel, a la sazón en pleno reacondicionamiento, para que le facilitaran contactos estratégicos. Hacia las diez de la noche había terminado con la correspondencia y ya solo tenía ojos para aquella Argelia soñada, soleada, para el desierto bañado de luz, como quien deposita sus esperanzas en un porvenir ignoto; en ese momento, para él, aquel territorio superaba a todos los demás porque era a un tiempo el punto más cercano al sol y el más alejado de su antigua vida.

Estaba en Semur-en-Auxois cuando recibió la respuesta. Se había instalado allí unas semanas antes para cuidar de su padre, Saturnin Mouchot, en la antigua casa familiar, de paredes deterioradas y

mobiliario ennegrecido por el tiempo, cuya entrada daba a un antepatio plantado de rosas blancas. Una tapia separaba la calle de la vivienda, en medio de la cual se alzaba una pequeña puerta enrejada que solía estar abierta, decorada con unos arabescos de metal que representaban hojas de vid. Por aquella puerta fue por donde cierto jueves lluvioso entró un mensajero rubio, alto como una torre, con la cara tachonada de una constelación de lunares, que le hizo entrega de una carta de papel rosáceo remitida por la Academia. Mouchot no esperó a resguardarse bajo el porche para abrirla, y mientras las gotas mojaban la tinta descubrió, con un estremecimiento de felicidad, que se autorizaba su misión en Argelia con unos emolumentos de diez mil francos.

Aquella noticia lo cambió todo. Metió en una maleta su caldera principal, sus cuadernos de notas y su registro de patente de la Academia de Ciencias, y organizó una caravana científica. Dos meses más tarde, el 8 de marzo, en torno a las siete de la mañana, Mouchot se puso en camino hacia el puerto de Marsella.

Viajó en un coche bastante discreto de ruedas fatigadas, sin terciopelo en las portezuelas ni cintas en las manijas, que avanzaba dando sacudidas. Mouchot, sentado en la parte de atrás, embutido en un traje de franela blanca como los que había visto en las litografías de los oficiales franceses de Argelia, se dejó escoltar por dos operarios hasta Vitrolles y, en la cola del convoy, por nueve asnos azules cargados de alambiques solares y espejos de cobre. Dejó tras de sí el sirimiri de Tours, el golpeteo de las armas, el taller de Meudon, a su padre moribundo, todo cuanto lo había acompañado durante casi una década.

El sol cobraba fuerza con cada metro que avanzaban. Cuando pasaron Clermont-Ferrand, no había ya ni rastro de aquella grisura, de aquellos nubarrones negros, de aquella lluvia ácida constante. A pesar del estado lamentable de los caminos, una luz intensa inundaba la totalidad de los campos con un velo dorado. Era como si el sol se desperezara por fin tanto en los senderos de Francia como en el corazón de Mouchot. Él, que siempre había temido esa vida de conformismo, su existencia plana de profesor de matemáticas; él, que había cambiado la cerrajería de sus padres por la escuela, y luego la escuela por Alenzón, y luego Alenzón por Tours, y luego Tours por París; él, que no sentía ninguna predilección por el exotismo pero cuya búsqueda solitaria siempre había sido su motor, mostraba hoy con su viaje el reflejo de su verdadero esplendor.

Bordeando por el norte los montes de Ardèche llegó a Le Puy-en-Velay y continuó en dirección a Valence, donde hizo parada para

dormir. Al alba se encaminó hacia el mar a través de las baronías provenzales, por donde los pasos escaseaban, los caminos eran accidentados y las rutas, peligrosas. Atajó por los valles entre el macizo de Alpilles y las gargantas del Verdon, para evitar las ciénagas de la Camarga, y quedó tan obnubilado por la vitalidad de aquellos paisajes milenarios que no se percató de que su carruaje, al cabo de diecinueve días, entraba por la puerta norte de Marsella y lo llevaba hacia la Canebière, donde se apeó a la altura de la recién rebautizada rue de la République.

Fue precisamente allí, en el corazón del barrio de la Joliette, al norte del Puerto Viejo, el que quizá era el enclave más soleado de todo el país después de la bahía de Tolón, donde Augustin Mouchot montó en barco por primera vez en su vida. Reservó un pasaje a bordo de un buque de la compañía de correos marítimos que zarpó del golfo de León en dirección al puerto de Argel. Tan emocionado estaba, tan entusiasmado, que se olvidó la maleta en el muelle, y tres días más tarde, cuando unos pescadores la abrieron con una lanceta, convencidos de que descubrirían en su interior grandes tesoros de la ciencia, solo encontraron unos libros reblandecidos por el calor y pringados de cera para bigote derretida.

Cuando llegó a Argel, el bochorno lo incomodó. Apenas si había cruzado la frontera y puesto un pie en suelo africano cuando descubrió que lo estaban esperando y que su pobre diligencia y su barco no habían hecho más que confirmar la reputación que lo precedía: la de un genio lejos de toda vanidad.

La máxima autoridad de la comisión científica lo recibió como a un ministro y le brindó el honor de invitarlo a cenar en los salones coloniales. El gobernador de Argelia, Alfred Chanzy, diputado de las Ardenas, que ostentaba el cargo más alto en la jerarquía política colonial, había dirigido a ciento cincuenta mil hombres en la batalla de Le Mans y se había salvado de una ejecución sumaria durante la Comuna, lo invitó a tomar el té bajo un techado hecho de sombrillas. Era un hombre de manos pequeñas y talante taciturno cuya piel presentaba un verdor macabro por culpa de los mosquitos que cada noche, a pesar de sus precauciones, lo dejaban exangüe.

—No se puede ganar una guerra contra un enemigo invisible —decía.

Pese al calor, iba vestido con un uniforme de lana cruda y un fular rojo cruzado sobre el pecho, y sobre el muslo izquierdo, de un tahalí de oro, le colgaba una espada cuya hoja tenía grabadas inscripciones bíblicas. Al día siguiente, él mismo instaló a Mouchot en Mustapha, en una bonita casa en medio de la campiña argelina, la

vivienda más expuesta al sol de toda la región, en la que todo el mobiliario había sido restaurado.

A Mouchot lo dejó impresionado aquella casa colonial tan espaciosa y dotada de grandes lujos a la francesa, cuyas altas ventanas daban a un jardín tropical. Hubiérase dicho que toda la vegetación argelina, sus plantas exóticas, sus cipreses y sus terebintos, sus brezos y
sus madroños, se colaba en los espacios estilo Luis XVI, con sus molduras en los techos y sus bomboneras capitoné, sus paneles color marfil y sus tapices gris perla, en un oxímoron abigarrado. Los cortinajes estaban limpios y nuevos, las paredes enlucidas, todas las cómodas repintadas, y el viejo jardín abandonado daba, entre los cercados de los campesinos de la vecindad, cerca de la carretera principal que iba hacia Constantina, a un patio inmenso plantado de datileras donde Mouchot imaginó de inmediato, sin necesidad de forzar la imaginación, unos experimentos faraónicos.

A principios de la primavera, liberado ya de las obligaciones protocolarias, pudo ponerse a trabajar. Pero el mes de abril fue inclemente y caprichoso. Las primeras semanas tuvo que conformarse con un puñado de tímidos claros, insuficientes para llevar a cabo sus ensayos. Tomó notas sobre las variaciones en la intensidad del calor, sobre la estabilidad del clima de Argelia, sobre los metales más apropiados para el uso de láminas reflectantes, y construyó por encargo un aparato solar portátil, ligero y desmontable, destinado a cocinar alimentos sin combustible.

Los últimos días de abril, con ese artilugio bajo el brazo, emprendió un viaje de exploración. En cada etapa ponía a prueba el material y realizaba diversos experimentos, como un viajante de comercio, presentando sus invenciones en los distintos destacamentos, así como a los notables árabes autóctonos. En la llanura de la Mitidja, viendo la situación de los agricultores argelinos, adaptó su receptor solar a ciertas bombas, lo que facilitó la distribución de agua en los campos para riego o drenaje. En la cima de un monte, a las cinco de la mañana, con una temperatura de cero grados, Mouchot sirvió café caliente a sus guías en menos tiempo del que tardaba en París en plena ola de calor. Un día de ventarrón, su máquina dio los mismos resultados que los recogidos en la ciudad, bajo un cielo amable, y pudo constatar con un orgullo ingenuo que su concentrador solar no temía más las tormentas de calor africano que los inviernos fríos europeos.

En Biskra, un jueves, en plena tarde, cuando los guías quisieron talar un olivo que crecía entre dos peñascos para asar un cordero,

Mouchot hizo una demostración asombrosa y, poniendo en funcionamiento su máquina transformada en cazuela solar, obtuvo una cocción tan rápida de la carne que los guías no hablaron de otra cosa en toda la travesía. Uno de ellos llegó a exclamar:

—No sabía que se pudiera comer la luz.

Pronto llegó a Batna a través de las montañas Aurés, tras ocho días de viaje en mulo. La arena relucía como la nieve y aquel mundo extraordinario en el corazón del desierto le hacía pensar en un gigantesco reflector de cobre. Mcouneck, Bassira, T'kout: las aldeas se sucedían con un poderío onírico, en medio de enclaves majestuosos, con un carácter tan noble y tan digno que Mouchot pensó que allí podría haber sido otro hombre. Inició una serie de «experimentos de divulgación» con el objetivo de captar la atención de los árabes. Como un misionero infatigable, en todas partes lo recibieron con los honores que merecía una autoridad de su envergadura, ya por parte de los jefes de tribu, ya por parte de los aldeanos, y él a cambio les presentaba lo que consideraba la novedad y el futuro. Pero no vendió ni una sola máquina. Nadie le propuso financiar un taller de fabricación, nadie firmó un contrato de explotación.

Sabía que debía llegar más lejos. Una mañana, un guía le mencionó la cumbre del monte Chelia, donde más ardía el sol. Mouchot decidió encaminarse hacia allí.

Tomó la ruta hacia el este. Atravesaba una población que olía a leche de cabra, acompañado de varios guías bereberes que consultaban sus mapas, cuando un niño de diez años con los pies descalzos y unos ojos como dos esmeraldas, salido de la nada, lo obligó a apearse de su caballo y, con gestos apresurados, le pidió que lo siguiera hacia una cabaña de la parte baja de la aldea. Tanto insistió que Mouchot se dejó conducir hasta una especie de tienda de lienzo de lana en cuyo centro, sentado sobre unos pufs salpicados de botones rojos, había un guapo jinete barbudo de hombros macizos y nariz recta, con un fusil terciado en el torso, que tenía en la mano una carta del gobernador que le ofreció a Mouchot. En cuanto la abrió, el papel exhaló una fragancia de especias combinada con un tufo a estiércol.

—Me envía el gobernador para escoltarlo hasta Argel —le anunció el jinete.

Mouchot le contestó que no tenía tiempo. Pero el jinete, sin tomarse siquiera la molestia de levantarse de los pufs, lo dejó con la palabra en la boca:

—Es un asunto que no puede esperar.

Un par de días más tarde, hacia las dos del mediodía, el jinete dejó a

Mouchot ante la puerta del gobernador. En la entrada principal lo recibió un muchacho con una chilaba de colores vivos, de piel cobriza y cabello negro, que le pidió que lo siguiera por las galerías de la casa. Mouchot se adentró en la penumbra de un largo pasillo ornamentado con paneles cerrados, con arabescos barrocos tallados, en el momento en que el muecín entonaba la llamada a la oración en la galería más alta del minarete. El pasillo era tan oscuro que tuvo que seguir muy de cerca al chico y solo fue capaz de orientarse mediante el reflejo de los escasos rayos de sol que incidían en los objetos de latón de las paredes, hasta alcanzar una espaciosa antecámara que un tragaluz decorado con pájaros de estuco alumbraba desde el techo. Cuando entró, el gobernador levantó la vista, lo reconoció y le hizo un ademán entusiasta con la mano para invitarlo a tomar asiento.

—Mouchot —exclamó—, está usted en su casa.

Mandó que le sirvieran un té exquisito de ciclámenes de su propio jardín, de un color rosa intenso, y unas pastas de coco en forma de cuerno de gacela, elaboradas por un pastelero bretón y reservadas normalmente a las delegaciones ministeriales y los invitados de altos vuelos.

—Ha hecho un largo viaje. Descanse.

El aire de la estancia estaba impregnado de un olor a mantequilla y flores infusionadas. Sin embargo, entre aquellas fragancias se abría paso un hedor a establo, el mismo que había percibido al abrir la carta en el desierto. El gobernador se explicó: la pasada noche había sido un horno, los estanques del jardín habían atraído a todos los insectos atontados por el calor, y él, en pleno sueño, había ordenado que quemasen boñiga fresca para ahuyentar a los enjambres de mosquitos que se cebaban con él.

—De aquí a un siglo terminarán expulsándonos del país —comentó con sorna. A continuación, como quien no quiere la cosa, fue al grano, sin rodeos ni preámbulos—. Lo he hecho venir para pedirle una cosa importante. ¿Está dispuesto a ser nuestro hombre?

Mouchot no comprendía. El gobernador aclaró:

—En la Exposición Universal.

Le planteó las condiciones sin hacerse de rogar: se trataba de representar el pabellón argelino construyendo el mayor receptor solar del mundo. Para poder entrar en el catálogo de la Exposición de París, debía estar terminado antes del 1 de mayo.

—¿Conoce usted la compañía Mignon et Rouart? —El gobernador no esperó la respuesta de Mouchot—. Ellos podrán proporcionarle todo lo que necesite.

Le estrechó la mano efusivamente a la vez que lo acompañaba

hasta la puerta de su antecámara, repitiendo «Hemos encontrado a nuestro hombre» con una sonrisa. Y antes de cerrar la puerta, convencido de haber tomado la decisión adecuada, le ofreció una última pasta.

—Gracias por haber aceptado tan de improviso —le dijo—. Mañana zarpa un buque para Marsella.

Mouchot se marchó sin haber entendido nada. Al salir de la casa, el jinete lo estaba esperando sentado a la sombra de un techado de tejas e insistió en acompañarlo a casa. Mouchot le dio las gracias y le aseguró que prefería ir solo, a pie. Desapareció por las galerías sinuosas de la medina y se dejó arrastrar por el gentío, deteniéndose frente a los tenderetes de especias, tan aturdido por los comerciantes que pregonaban sus mercancías como por la propuesta del gobernador. Esperó a que remitiera el calor para atravesar la gran plaza. Bajo los porchecitos de las casas estaban ya las sillas donde se sentaban las matriarcas a charlar en el crepúsculo. Los árboles exhalaban el perfume de las primeras mimosas, el mismo aroma que Mouchot respiró al día siguiente en el buque que lo devolvía a Francia, cuando dejó a sus espaldas el puerto de Argel. Mientras veía el litoral alejarse, lo asaltó la secreta sospecha de que, tarde o temprano, volvería para conquistar el monte Chelia.

Lo primero que hizo Mouchot nada más llegar a París fue presentarse en el número 137 del boulevard Voltaire, donde se ubicaba la sede de la compañía Mignon et Rouart desde hacía una década. Henri Rouart había sido uno de los primeros en interesarse por el correo mediante tubos neumáticos, en el motor de gas, pero también en las cámaras frías, que le inspiraban un orgullo especial, ya que él mismo había suministrado las de la sala de conservación de la morgue, en el quai de l’Archevêché. En el boulevard Voltaire, Rouart, que ya había oído hablar de él, recibió a Mouchot con entusiasmo en una sala grande y bulliciosa, plagada de objetos variopintos, donde reinaba un olor a acero fundido y brasas frías, como en las fauces de una mina de hierro. Desde el primer momento se estableció entre ellos una complicidad de inventores, compuesta en el caso de Mouchot de una inspiración ardiente hacia aquel hombre que estudiaba el frío, y en el de Rouart de una simpatía sincera aderezada de consideración hacia aquel profesor obsesionado por el calor.

Rouart trabajaba a la sazón con el célebre ceramista Émile Muller, un hombre elegante de manos de arcilla y carácter generoso que siempre iba acompañado de su secretario, Abel Pifre, un chico de nariz aquilina y mirada de fuego, con la piel blanca de quienes evitan el sol a toda costa; el día en que pisó por primera vez el 137 del boulevard Voltaire, Mouchot jamás habría imaginado que el encuentro con aquel egresado de la Escuela Central sería uno de los más cruciales de su vida.

En aquel momento, necesitaba un socio. Desde su regreso a Francia andaba buscando a alguien que pudiera redactar informes de registro de patente, buscar encargos, gestionar los derechos de propiedad, reducir los costes de fabricación, organizar demostraciones en lugares estratégicos, pero sobre todo que estuviera a su lado para presentar durante la Exposición Universal de 1878 el mayor aparato solar del mundo. En un primer momento había barajado pedírselo a Rouart. Sin embargo, cuando conoció a Abel Pifre supo al instante que él era el hombre que buscaba. Mouchot, cuya salud seguía deteriorándose, habría de recordar toda su vida cómo lo había visto aquel día, en el piso de arriba, de pie delante del escritorio de Rouart, muy tieso, seguro, con un torso tan sólido como el de un joven rinoceronte y, desde el instante en que abrió la boca, tuvo la certeza inquebrantable de hallarse en presencia de un hombre al que aguardaba un destino grandioso.

Fue en aquel primer encuentro, mientras Rouart y Muller se adelantaban, cuando Abel Pifre se acercó a Mouchot y le preguntó sin

reparos:

—¿Podría explicarme su máquina como si yo fuera un niño de ocho años?

Mouchot procedió con entusiasmo, halagado ante tan repentino interés. Abel Pifre era en aquel entonces un muchacho de veinticinco años de estatura media con un afeitado impecable, unos hombros elegantes y unas manos finas, un semblante que rezumaba buena salud y confianza en sí mismo y la voz potente de un hombre de cuarenta años. Había en su gesto una insolencia alegre, como la de los burgueses bien alimentados. El cabello castaño y ondulado sombreaba una frente perfecta, y dos cejas pobladas y masculinas conferían a sus ojos ese doble vigor de quienes turban a las mujeres y al mismo tiempo despiertan los celos masculinos. La energía natural de su edad dilataba, por contraste, la serenidad de su madurez. Transmitía una sensación de calma, ese aire que dota el carácter a los que saben dominarlo, y su mirada, insistente sin resultar indiscreta, poseía ese *je ne sais quoi* tan característico de los magos o los hombres de fe.

Nunca nadie supo realmente cómo llegó Abel Pifre a interesarse por la energía solar, ni por qué razones se involucró tanto en esta quimera, cuando todo lo predestinaba a una existencia ociosa de rentista. Podría no haber trabajado ni una sola hora de su vida, pues gracias a sus padres poseía una sólida fortuna, constituida a base de rebotes de matrimonios ventajosos entre propietarios, que le había permitido vivir hasta la fecha sin mover ni un dedo. Sin embargo, el joven Abel Pifre, que se había criado como un príncipe turco en una casa situada en Champniers, en el departamento de Charente, rodeado de cinco criados a su servicio, había manifestado desde muy pronto una marcada curiosidad por todo. Había desarrollado tal vivacidad mental que en vez de destinarlo a la profesión de notario, como a su hermano, su padre lo matriculó en la Escuela Central de Artes y Manufacturas, de la que se graduó como primero de su promoción en 1876.

Se hizo científico, sin renunciar a su vida de rentista, y parecía no querer separar esas dos artes de vivir, hallando en una lo que echaba en falta en la otra. Tres días después de la ceremonia de entrega de diplomas, aceptó el puesto de secretario de Émile Muller, profesor suyo en la Escuela Central, un ceramista alemán que había fundado una empresa de construcción industrial en Ivry-sur-Seine. Realizó mejoras en las composiciones de gres, montó esculturas, formó a jóvenes aprendices y colegas y puso tanto esmero en incrementar el prestigio del taller Muller que llegó a afirmarse que revestiría de cerámica todas las paredes de la ciudad. Pero, aunque le había

prometido al joven un porvenir prodigioso en la industria, Émile Muller tenía ya un hijo, un comprador asegurado, una empresa floreciente, y Pifre intuía que allí no tendría margen para realizarse. Necesitaba un nuevo proyecto, una nueva conquista.

Por eso, cuando en mayo de 1877, estando en el despacho de Rouart en compañía de Émile Muller, apareció un hombre que olía a la soledad del desierto, con los ojos llenos de arena y de promesas, hablando de unas máquinas solares que presentaba como las cuatro lunas de Júpiter, Pifre vio una señal.

El azar de aquel encuentro decidió su futuro. Aquel día, entusiasmado por la breve demostración de Mouchot, regresó a su casa, efectuó algunas mejoras, hizo varios retoques, y en plena tarde de tormenta, sin nada que perder, se dirigió al taller de Meudon y entró por la puerta del acaballadero sin previo aviso. Se plantó delante de Mouchot y extendió ante él diez pliegos de planos.

—Es usted un genio —le dijo—, pero le falta algo.

En un primer momento, a Mouchot le pareció un arrogante. Lanzó una rápida ojeada a los pliegos y ponderó la mano pesada, el trazo torpe, la letra tosca. Pero cuando se inclinó con más atención, quedó conquistado por las argucias imperceptibles y brillantes que aquel joven había aportado. Los trucos mecánicos que aplicó a su máquina corrigieron hasta tal punto ciertas lagunas que Abel Pifre, discerniendo la sorpresa en el semblante de Mouchot, se atrevió por fin a manifestar lo que había ido a decirle.

—Vengo a compartir el sol con usted —concluyó con seguridad.

Mouchot no contestó. Escudriñó con prudencia a aquel joven prodigio y, viéndolo de pie frente a él, con las manos manchadas de tinta, la mirada decidida, le pareció que retrocedía diez años en el tiempo, hasta el día en que se había plantado delante del director Borgnet con su patente de la heliobomba en la mano para proponerle una demostración en el patio del liceo. Sin embargo, Mouchot se daba perfecta cuenta de que en aquel preciso instante acababa de conocer a su opuesto absoluto. Abel Pifre tenía todo lo que a él le faltaba. Su voz se manifestaba sin titubeos ni vibraciones. Caminaba erguido, con la frente bien alta. Siempre llevaba el paletó ceñido a la cintura, abierto sobre el encaje de las chorreras y mostrando unos elegantes gemelos que dejaban a la vista la finura de sus puños. La raya central del pantalón, perfectamente recta, bajaba hasta unos botines resplandecientes y acharolados que lo obligaban a caminar despacio, con una distinción delicada. Coqueto e inteligente, solo usaba corbatas de muselina, camisas de batista y un bastón con la empuñadura adornada con un sol que imprimía a todo lo que hacía un carácter

deslumbrante. Hablaba con mucha corrección, como un hombre de mundo. Su conversación era chispeante, salpicada de palabras inglesas, como si acabara de volver de un viaje, y embellecida por bromas cultas y ligerezas púdicas, hasta el punto de que, cuando se lo presentaron, Mouchot pensó que Abel Pifre era tal y como el sol se habría encarnado si hubiera decidido hacerse hombre.

Al principio, Mouchot se sintió tentado de rechazar aquella ayuda providencial. De inmediato tuvo la sensación de que aquel chaval le robaría no solo las ideas sino también su luz. Sin embargo, el instinto de viejo zorro que guía a cualquier sabio cual brújula en un bosque le hizo cambiar de idea. Mouchot era consciente de su falta de encanto. Sabía que su porte febril y enfermizo no estaba hecho para la prensa y los honores, para la popularidad y el oropel, y que ninguna medalla glorificaría su pecho escuálido. Sabía que su forma de hablar, vacilante y confusa, que tropezaba con cada palabra y temblaba en cuanto alzaba la voz, no estaba hecha para atraer a las masas y declamar grandes discursos, sino para calcular entre bisbiseos, para contar a media voz, para medir en silencio. Mientras observaba a Abel Pifre sintió muy a su pesar un escalofrío de fascinación hacia aquel polo antagónico, hacia la majestuosidad, lo olimpíaco, la furia. Valorando la situación en su provecho, tomó la decisión de dejarse llevar por una de esas afinidades que unen caracteres contrarios y le estrechó la mano.

—Acepto.

Pronunció esta última palabra con la misma fuerza que Benoît Bramont antes del éxito en Biarritz. Mouchot exigió conservar el título de inventor exclusivo, y Pifre accedió. Firmaron el contrato de explotación y, poco después, los dos hombres rebosaban de ideas.

Durante este periodo, la colaboración Mouchot-Pifre fue extremadamente fructífera. Registraron no solo nuevas patentes de invención, sino también mejoras relativas al uso de reflectores compuestos de varias zonas superpuestas, así como bocetos de mecanismos de orientación del receptor. Al cabo de poco, Pifre concluyó la disposición de los espejos del motor termodinámico a partir de bases nuevas y Mouchot, retomando todos los croquis de los últimos años de investigaciones, emprendió los primeros planos para la creación de un aparato de gran potencia para la Exposición Universal. Esta máquina, que conocería un destino extraordinario y trágico, y que produjo, ante una multitud de científicos y eruditos, un flujo de ciento cuarenta litros de vapor por minuto, no tenía nada que ver con la que Mouchot había presentado en Biarritz.

La construcción fue dantesca. Erigieron una especie de monstruo

sublime que desaparecía bajo una compleja arquitectura de espejos en escamas, una acumulación de placas como una armadura medieval, un erizamiento de chapas empernadas, de cuyo centro salía un embudo de gran tamaño, una pantalla invertida, recubierta en su interior por hojas metálicas que rodeaban un recipiente de agua. Hubo que recurrir a una decena de trabajadores que se afanaron durante dos meses, sin descanso, en un pabellón con el suelo de tierra, para construir aquella caldera, coronada de un cono de plata, lo bastante grande para que seis adultos se sentaran en su interior.

Por los costados estaba rodeada de todo un sistema de tubos en continuo diálogo con una máquina de vapor que accionaba, a una presión constante de unas tres atmósferas, una bomba capaz de elevar dos mil litros de agua por hora. Desde la cabeza hasta el vientre, un esqueleto de armazones fríos contenía el cuerpo principal, y servía de soporte a los conductos de agua y al cofre de vapor. Los operarios trabajaban en silencio mientras Mouchot y Pifre disponían con astucia aquellas vísceras de acero cuyo increíble conjunto, en medio de un guirigay de zumbidos y herramientas, iba adquiriendo la silueta de una divinidad bárbara. Los resultados de los primeros ensayos fueron prometedores y el 28 de abril, tras un año de trabajo denodado y a tres días de la inauguración, bajo los tejados de aquel hangar, Mouchot y Pifre pudieron por fin admirar el artilugio terminado, que se parecía ahora a un gigante sedente de musculatura colosal cuyo intestino se tragaba el sol para regurgitar energía.

—Esto no es una máquina —dijo Abel Pifre a Mouchot—. Es un cíclope.

La Exposición Universal de París se inauguró el 1 de mayo de 1878. Se gastaron fortunas inimaginables para elevar la fecha a una dimensión titánica. Para la apertura se construyeron el hotel Continental y el teatro Marigny, fuentes Wallace y pagodas chinas, amén del nuevo palacio del Trocadero, una rotonda alucinante de columnas ampliada por dos minaretes, majestuosa en lo alto de la colina de Chaillot, desde donde brotaban continuamente los sonidos melodiosos de un órgano de CavailléColl. Banqueros y rentistas se aventuraban al otro lado del Sena y franqueaban las puertas de la Escuela Militar, atraídos por la barahúnda de la Galería del Trabajo, donde unas criaturas ataviadas con vestimentas coloridas soplaban perlas de la isla Margarita, niños en kimono grababan ideogramas en escamas japonesas, hombres con las barbas trenzadas esculpían pipas de espuma de mar, unas muchachas abrillantaban botones de nácar del Pacífico, y unas mujeres con túnicas de piel de yak, traídas por la compañía de las Indias y que hablaban una lengua más antigua que la

formación de las montañas, bordaban chales de Katmandú mientras cantaban romanzas hindúes.

Cuando se abrieron las puertas del pabellón principal, el siglo parecía encontrarse en su apogeo. Millones de espectadores descubrieron con estupor la cabeza de la
tatua de la Libertad —que ocho años después se regalaría a Estados Unidos para que contemplara eternamente la bahía de Nueva York—, a la que se podía acceder a cambio de cuarenta céntimos, lo que hacía decir a los visitantes: «La libertad tiene la cabeza hueca». El 3 de mayo, un inmenso clamor de asombro y unos aplausos frenéticos se oyeron desde la Ópera cuando el ruso Yáblochkov, gracias a treinta y dos globos de luz, alumbró una de las arterias de la capital con farolas provistas de seis velas capaces de iluminar durante una hora y media.

Sin embargo, lo que más curiosos reunió, el gran acontecimiento de la exposición, fue sin duda la primera máquina de hacer hielo. Al lado del molino Toufflin, en un establecimiento amplio, la casa Pictet instaló un complejo sistema de refinados dispositivos blancos cuyos depósitos metálicos, unidos entre sí mediante pistones de acero, les daban un aire como de robles recubiertos de nieve. Un hombre bien parecido, de barba fina y ojos de tigre, un tal Raoul Pictet, que acababa de volver de una expedición científica en Egipto, hizo ante una multitud deslumbrada una demostración de su reciente descubrimiento, que él mismo evaluó tan importante como la domesticación del fuego. Tras accionar una pesada máquina de la que emanó un intenso olor a azufre, giró varias manivelas, subió por unas escalerillas, cerró unos tubos y, al cabo de media hora más o menos, extrajo un bloque de hielo del calibre de un melón, liso y elegante, aureolado de ligeras volutas de vapores blanquecinos, que brotó de las fauces de la máquina como si lo hubiese tallado un orfebre.

Raoul Pictet, orgulloso y digno, hizo pasar su bloque de hielo de mano en mano, acompañando los aspavientos de un sinnúmero de comentarios eruditos, explicando que su máquina era capaz de producir veinticuatro toneladas de hielo al día, sin que nadie alcanzara a comprender del todo cómo había logrado aquel hombre sacar del vientre de esos depósitos aquel diamante helado, de una pureza cristalina, que parecía salido directamente del corazón de un iceberg.

A pocos metros de distancia, en las laderas de la rue Magdebourg, los transeúntes que remontaban el Sena y cruzaban el puente Alejandro III podían ver, acodados en el pabellón de Argelia, en un montículo natural, una serie de calderas de diversos tamaños montadas sobre trípodes, frascos de vidrio y recipientes acristalados.

Allí, en medio de exuberantes pagodas y fuentes de mármol, una figura medrosa y discreta, un hombre de unos cincuenta años de tez tostada por el sol argelino, silueta extenuada y gestos ansiosos exponía tímidamente el espejo más grande del mundo.

El primer día, Mouchot hizo hervir agua casi de inmediato ante un círculo restringido que se había reunido a su alrededor, y llevó a cabo una destilación. Pero aquello no atrajo a nadie. Al día siguiente, procuró retomar sus ideas sobre la cazuela solar y en un cuarto de hora coció al sol una pata de cordero. Pero la prensa no le hacía ni caso, pues no veía en aquello más que un experimento inútil, sin valor práctico. La promesa de un porvenir industrial era utópica, pues la energía del sol jamás podría rivalizar con la combustión del carbón.

La mala suerte no abandonó a Mouchot. Había nubes bajas. El tiempo era poco indulgente. Con todo, mientras él se obstinaba en repetir los mismos experimentos, Abel Pifre, más pícaro, más moderno, entendió que no bastaba con inventar: había que sorprender. La gente quería asistir a hazañas deslumbrantes, álgebras nuevas, proezas que desafiaban las leyes de la física. Quería ver una esfera celeste de sesenta metros, globos cautivos que podían sobrevolar la ciudad, una acera móvil que paseaba a los hombres a una velocidad prodigiosa, la primera máquina de escribir y el primer telégrafo.

Abel Pifre pensó en Raoul Pictet. La cola delante de su pabellón no disminuía. La gente salía con hielo en la mano. Entraban niños. Estaba en boca de todos. Abel Pifre se presentó allí una mañana y asistió a una demostración. El trozo de hielo salido del artilugio ardiente lo dejó trastornado. Juzgó que, en medio de todas las demás, la invención de Pictet plantaba cara con una arrogancia fascinante a las obras de la naturaleza y trascendía los límites de la ciencia. Una tarde, la del tercer día de exposición, mientras Pictet estudiaba en su pabellón a puerta cerrada, Pifre se coló por la entrada trasera, subió al andamio donde el inventor estaba haciendo los últimos ajustes y se plantó frente a él, frente a aquel poeta del frío, a un tiempo intrigado e intimidado —como se había sentido en el pasado ante Mouchot—, con una sola frase en los labios:

—¿Podría explicarme su máquina como si yo fuera un niño de ocho años?

Raoul Pictet no se mostró sorprendido. Como hombre inteligente y generoso que era, se tomó la molestia de desarrollar el mecanismo complejo que le había permitido congelar la materia. Mientras el crepúsculo caía despacio, al calor denso de los depósitos negros, fabricó ante su atenta mirada un bloque de hielo tan blanco, tan

límpido, tan puro, que Pifre creyó que se trataba de un truco de magia. Pasó la noche reflexionando, obsesionado por aquella idea del frío controlado, se quedó dormido al cabo de cuatro horas de cavilaciones, conmovido aún por lo que había visto, y soñó con unos gigantes de acero que, abriéndose el pecho, exhibían mangos de hielo en el lugar donde deberían haber tenido el corazón. Al despertar, todo aquello le pareció a la vez tan obvio y tan irrealizable que a primera hora de la mañana, cuando se reunió con Mouchot en la ladera de Magdebourg, le puso una mano tranquilizadora en el hombro y le dijo:

—Vamos a enfriar el sol.

El acontecimiento tuvo lugar ese mismo día. A media tarde, Abel Pifre reapareció acompañado de Raoul Pictet y de tres muchachos que cargaban sobre los hombros depósitos y tuberías. Colocaron dos estrados grandes en el centro de la calle y, sobre aquel escenario de impulsos miríficos, unieron la máquina de hielo de Pictet a la de Mouchot. La instalación no tenía nada de extraordinario, tanto es así que en un primer momento nadie le prestó atención, porque nadie entendía qué podían producir en colaboración aquellos dos aparatos opuestos; no obstante, cuando todo estuvo preparado, Abel Pifre se adelantó con solemnidad ante el gentío que se había congregado y tomó la palabra:

—Señoras y señores, es el sol quien fecunda la tierra con sus rayos y proporciona a los motores animados el alimento, fuente de toda su energía. Él es quien, al provocar que la superficie de los mares se evapore, retorna a su fuente el agua de los ríos y alimenta nuestros motores hidráulicos. El viento es también una mera consecuencia de las perturbaciones que el calor introduce en la atmósfera. Por último, la hulla y el carbón, elementos fundamentales para la máquina de vapor, son asimismo el producto, almacenado en el suelo, de su acción anterior sobre la vegetación exuberante.

Hizo una pausa.

—¿Acaso no es natural —continuó—, dado que debemos a los rayos solares la energía que se extiende sobre la tierra, que hayamos pensado en explotar la fuente misma que la provee?

Se hizo un gran silencio que presagiaba el anuncio de un prodigio divino. Mientras Pifre hablaba, Mouchot fijó la manguera para llenar la caldera de agua. Llevaba un sencillo terno de algodón y un sombrero trenzado. Todavía poseía el porte del clásico profesor de matemáticas de un colegio de provincias, pero la pesadez de las cosas vividas, la gravedad conquistada de sus facciones, la tenacidad de su obsesión habían erosionado su rostro hasta conferirle un aire de erudito, un perfil de científico implacable que potenciaba su fuerza.

Colocó con delicadeza la campana de vidrio, movió los espejos parabólicos e hizo girar la manivela. Abel Pifre concluyó:

—Señoras y señores, permítannos demostrarles que el sol también es capaz de producir su contrario: hielo.

Esta frase arrancó los primeros aplausos. La temperatura del agua de la caldera subió, el vapor pasó por el tubo y puso en funcionamiento la máquina de vapor, que, a su vez, activó el aparato de hacer hielo. En cuestión de minutos, las tres máquinas establecieron un diálogo perfecto, una sinergia impresionante, y de la intensidad del calor salió un trozo de hielo duro y frío como una piedra preciosa que dejó a los espectadores boquiabiertos. Pictet cogió el bloque y se lo entregó a Pifre, que lo levantó entre vítores igual que habría hecho con un trofeo, cerrando con fuerza el puño mientras la gente profería ovaciones furiosas, y Mouchot sintió en aquel instante la emoción prohibida del deicida. Treinta años después, en su habitación polvorienta de la rue de Dantzig, aún habría de acordarse de aquella tarde misteriosa y onírica, y durante mucho tiempo, en sus pensamientos más atrevidos, se preguntaría si aquella escena había tenido lugar realmente.

La anécdota del bloque de hielo llegó a oídos del comisario, en las altas instancias de la Exposición. Tal repercusión tuvo que invitaron al dúo Mouchot-Pifre a dar una conferencia en el gran auditorio del palacio del Trocadero, una sala faraónica con cristaleras inmensas, adornada de escudos de armas y tapices, guarnecida de esculturas y otomanas de seda, ante una multitud de diputados, generales, senadores y comerciantes, pero también ante el barón de Watteville, cuya ilustre genealogía se remontaba hasta el siglo de los señoríos. Incapaz de hablar frente a semejante público, Augustin Mouchot pidió a Abel Pifre que se hiciera cargo de la intervención. Aunque ya había hecho dos demostraciones delante del emperador, Mouchot no había perdido ni un ápice de su timidez patológica, y la idea de tener que dirigirse a barones y comisarios lo aterrorizaba.

Abel Pifre, que conocía a Mouchot, lo había preparado todo. Era como si por fin la dilatada espera vivida desde aquel primer encuentro con él cobrara su dimensión más lograda. Aquel día, consciente de que tendría que hablar, se había encerado el bigote al milímetro y se había peinado con la raya al lado, despejando su frente de nácar. Llevaba en el pómulo derecho unos impertinentes de concha de tortuga que se ponía para distinguir las últimas filas, y un jubón azul con botones de oro confeccionado por la sastrería de la Ópera de París. Así, engalanado como un príncipe, Pifre se irguió en un escenario elevado ante la sala llena a rebosar de directores de empresas energéticas,

hombres de finanzas y presidentes de compañías, y sus primeras palabras impusieron un silencio inmediato.

La estancia fría y susurrante, en la que todavía había quien charlaba acercando sillas y fumando en pipa, se apaciguó de golpe ante su desconcertante presencia. Toda la presión de los días anteriores, en los que había sido preciso pelear por la atención de la concurrencia, toda la tensión acumulada del gentío, entre el que había sido preciso batallar, se manifestó en él con una fuerza furiosa, y el ritmo de sus primeras frases fue tan exacto, tan pertinente, que se transmitió como una corriente eléctrica. A partir de aquel momento, ya nada se interpuso entre su público y él. Cuando Mouchot oyó que lo presentaba con adjetivos laudatorios, no reconoció su voz. Había perdido el tono de antaño, el que el viejo erudito conocía, plagado de leves coqueterías y palabras elegantes. La voz ahora era más grave, más seria, y su música resultaba cautivadora. Cifras y lirismo, resultados concretos y vuelos poéticos, anécdotas para aligerar y previsiones razonadas; todo parecía medido, calculado.

A veces, en medio de una frase, en pleno discurso, Pifre dejaba flotar un silencio que nadie se atrevía a quebrar y que él mantenía durante unos segundos, en un hálito tenso, con el puño cerrado, como si estrujara en su mano un pájaro, y entonces soltaba una palabra hacia la multitud, que aclamaba su agudeza. A lo largo de una hora y media los aplausos y las ovaciones lo interrumpieron un total de cuarenta y siete veces. Con su cuello recio, el torso tensado hacia delante, apuesto como un macho cabrío feroz, estaba tan metido en su papel, tan prendado de la tarea que le habían confiado, que arrastraba consigo a toda la asamblea, y cuando levantaba el dedo índice hacia el cielo para dar altura a una frase, toda la sala levantaba disimuladamente el suyo, imitando su gesto.

La conferencia recibió una acogida imprevista. En cuestión de días, la pareja Mouchot-Pifre se situó ante un triunfo inesperado, en el centro de todas las conversaciones. El 31 de octubre de 1878, bajo la cúpula del palacio del Trocadero, el jurado les hizo entrega de la medalla de oro de la Exposición Universal, una medalla grande, esculpida por Eugène-André Oudiné, en la que se veía el Campo de Marte en bajorrelieve y una mujer que representaba la república coronando a dos alegorías.

Un hombre oculto entre la multitud, un tal Crova, universitario de Montpellier, cuestionó, no obstante, en la prensa el valor económico de aquel reflector solar, su utilidad y la cantidad exacta de calor que podía producir. Reunió dos comisiones vinculadas al Ministerio de Obras Públicas, una en Montpellier y otra en Constantina, con el fin de

examinar su rendimiento, que se calculó colocando dos espejos de cinco metros cuadrados de sección normal expuestos a los rayos. Varios meses más tarde, los resultados de los experimentos de las comisiones de Montpellier, enviados al Ministerio y resumidos por Crova, descartaron que tuviera ningún potencial industrial con estas palabras: «En nuestros climas templados, el sol no brilla con la continuidad necesaria para que estos aparatos puedan utilizarse de forma práctica».

Fue un duro golpe. Pero ni la publicación de los estudios de Crova ni el hecho de que la prensa se burlara de Mouchot y le reprochara que fuera a buscar energía a millones de kilómetros de distancia cuando abundaba a diez pies bajo tierra fue obstáculo para que sus adversarios más acérrimos y sus objetores más tercos reconocieran la importancia de aquella invención fundamental. Hasta la fecha, Mouchot no había representado un peligro para nadie y los avances de su trabajo no ponían en riesgo la inmensidad del progreso industrial de los hombres de negocios. La medalla y la misión en Argelia, que la prensa difundía sin cesar, hicieron, sin embargo, que los periódicos se interesaran por aquel «hombre-sol» y le dedicaran sus primeras planas.

Francia había reconocido entre los suyos, en sus filas, en medio de aquel volcán de talentos, una figura iluminada, cuyo mero nombre seducía ahora a las plumas más reputadas de la prensa. Un simple comunicado que aludía a una de sus demostraciones hacía que aumentaran las tiradas, las localidades se reservaban con tres días de antelación, y la gente se abalanzaba para conseguir las mejores. Le llovían los homenajes, los galardones, las medallas de las academias, y en Semur-en-Auxois, donde algunos miembros de su familia habían seguido trabajando en el taller de cerrajería, saludaban por la calle a los Mouchot con una reverencia distinguida.

Aquellos días representaron una apoteosis más allá de cualquier expectativa. Mouchot se había granjeado una reputación que lo precedía allá donde iba. Lo invitaban a todos los eventos sociales, a todos los salones. Aquí y allá, en todas las mesas, se veía obligado a relatar de nuevo la historia de la congestión pulmonar, de la ventosa de cristal, del azar fecundo en aquel apartamentito de Alenzón. Cada vez añadía algún detalle, embellecía la escena, exageraba el calor de aquel día. Así enriqueció su discurso ante los demás, así desarrolló su elocuencia e hizo gala inopinadamente de una desenvoltura que nunca antes había manifestado. Cualquiera que lo viera habría pensado que siempre había sabido moverse en sociedad. Su timidez parecía haberlo abandonado. Miraba a la gente a los ojos, soltaba réplicas inteligentes, y todo lo que en otra persona se habría interpretado como arribismo

cobraba en Mouchot una dimensión más noble y más conmovedora, en la que se detectaba aún una torpeza antigua domesticada.

Varias compañías alemanas e inglesas le propusieron comprar las patentes. Mouchot rehusó con irritación las primeras ofertas y con una cortesía desconfiada las segundas. El Ejército también se interesó, hasta el punto de que el general Flatters incluyó una máquina solar en la caravana militar, compuesta por noventa jóvenes, con la que se adentró en el Sáhara en dirección al macizo de Ahaggar, una misión contra los tuaregs tan célebre como trágica; y llegaron noticias de que el vizconde de Lesseps, hombre de negocios y explorador, atravesó los *chotts* tunecinos asombrando a los guerreros con los que se cruzaba gracias al funcionamiento extraordinario de un artilugio que, a la vista de todos, en pleno desierto, le cocía pan cada mañana.

Mouchot por fin conoció la gloria que coronaba largos años de espera y de fracasos invisibles, de tiranías silenciosas y de esfuerzos vencidos. Si hubiera tenido instinto de negociante, gracias a esta celebridad podría haberse instalado en un lujoso apartamento, tener caballos de silla en la cuadra y carruajes en un cobertizo, ir de fiesta en fiesta, de salón en salón, circular en carroza, en tílburi, con un lacayo de librea. Pero Augustin Mouchot no se vestía en sastrerías carísimas, no encargaba levitas azules con botones de oro labrados ni chalecos de seda y brocados con motivos orientales. Mouchot siempre vestía el mismo traje de fieltro gris y lavaba las camisas una vez por semana. Porque no había más que verlo: ningún sastre, pañería ni coche habrían dado una pátina elegante a aquel hijo de cerrajero de provincias de figura menuda y mejillas hundidas, encorvado y anémico, que no mediaba palabra, que pedía perdón por respirar y cuya existencia pasaba desapercibida.

Mouchot no dedicó tiempo a saborear aquel triunfo repentino. El 28 de octubre de 1878 dirigió al ministro una carta en la que solicitaba una nueva misión en Argelia.

Adjuntó a la misiva estudios sobre la descomposición del agua mediante pila termoeléctrica, pues estaba convencido de poder obtener, con certeza, la preparación de un sinfín de productos excepcionales a partir de la concentración de rayos solares. Dos meses más tarde, de vuelta en Semur-en-Auxois para visitar a su padre enfermo, recibió una carta de confirmación. Así pues, cuando el huracán de honores hubo pasado, cuando el dinero de las subvenciones le fue transferido, Mouchot hizo la maleta, cargó una cantidad considerable de material en un tren y saltó a un vagón en dirección al sur. Con ese brío frágil que siempre lo había caracterizado, sin desviarse, puso rumbo al puerto de Argel, adonde

llegó dieciséis días más tarde, agotado pero entusiasmado, con la mente puesta en su idea fija: subir a la cumbre del monte Chelia para tocar el sol con los dedos.

7

Al arribar al puerto argelino lo sorprendió el recibimiento que le dispensaron, aún más caluroso que la primera vez. Acudieron centenares de burgueses, científicos y personalidades políticas para acercarse a él, interrogarlo, extenderle invitaciones. La prensa cubrió su llegada y, durante los tres meses posteriores a su desembarco, nunca un erudito hizo correr tales ríos de tinta ni se pronunció su nombre tantas veces. Los poetas metieron cuchara y las revistas universitarias también. Un sacerdote de la biblioteca teológica de la Iglesia de Argel encontró en algún sitio un almanaque donde se anunciaba su venida, pero se abandonó enseguida aquella teoría cuando se supo que Mouchot, al igual que la mayoría de los científicos, era librepensador.

Lo trasladaron de inmediato al Ministerio de Agricultura y Comercio. El 20 de febrero de 1879, ante las doscientas personas reunidas en el auditorio, bajo una araña holandesa de una tonelada y media, lo ordenaron caballero de la Legión de Honor. La condecoración se la impuso el general Bardin, comandante de la división de Argel, con una seriedad digna de unas honras fúnebres. A la vez que le prendía la insignia en el lado derecho del pecho, le dijo con voz firme:

—Es usted al sol lo que esta medalla es a la nación.

Las primeras semanas, Mouchot aceptó la ayuda de un rico hacendado que había puesto a su disposición una bonita mansión colonial, la villa Bauer, alejada del bullicio de la capital. Se instaló en esta vivienda suntuosa a cuatro vientos, con un jardín lleno de árboles frutales y alfombras de flores, atravesado por caminos de datileras y fuentes con mosaicos de mármol. Un amplio espacio sin sombra, ideal para una máquina solar, lo aislaba por completo del mundo, y a Mouchot le pareció que la perfecta disposición del espacio lo convertía en el lugar soñado, el refugio que más convenía a un hombre impaciente por intercalar un periodo de recogimiento entre los triunfos más recientes y los que estaban por llegar.

Durante todo el mes de marzo, Mouchot no hizo otra cosa que investigar, tomar notas y fabricar y probar nuevas máquinas. Pero la arena fina de la región malograba enseguida las láminas de cobre plateado, restándoles en plena labor la eficacia de su poder reflectante. Trasladó las máquinas y realizó varios experimentos en Argel, en el jardín de Ensayos de un lugar llamado Le Hamac donde, al parecer, todavía hoy se encuentra uno de sus artilugios. Su concentrador solar provocó un ferviente estallido de exaltación en los círculos argelinos. En paralelo a la conciencia de su talento,

maduraban dentro de él una fuerza desconocida y una ambición mayor. Abandonó Argel y emprendió la ruta hacia el este.

Establecido el itinerario, Mouchot y cinco guías cabileños tatuados desde las manos hasta los pies se pusieron en marcha una mañana antes del alba, acompañados de una cordada de dromedarios. El camino era arenoso y se adentraba en valles profundos que acababan en crestas de dunas. A menudo atravesaban ríos secos y, bajo cada piedra, unos lagartos sigilosos se escabullían al oír las pezuñas. Al cabo de tres días, sacrificaron uno de los dromedarios y lo asaron en una olla solar. El paisaje parecía desnudo. Cuando cruzaban un manantial, raro en aquellos parajes, Mouchot era el primero en beber de aquella agua clara, salida de las tripas de la sequía, que brotaba de una cicatriz abierta en la piedra, helada, con un regusto a brezo, como un milagro del subsuelo. A veces coincidían con hombres ataviados con largas túnicas, jinetes solitarios que llevaban colgando de un hombro un fusil oxidado y que hablaban la lengua de los profetas. Levantaban entonces el dedo hacia el horizonte y pronunciaban un nombre desconocido, de sonoridades místicas, procedente de un tiempo remoto en el que el desierto estaba poblado.

Al cabo de poco, dejaron de seguir el itinerario que habían trazado y se dejaron guiar más bien por la brújula del sol. Evitaban los pueblos y dormían en las aldeas de las inmediaciones. Obstinado, tirando de su carreta de artilugios solares, Mouchot se dirigía a ciegas hacia la luz, movido por la ilusión reconfortante de rehacer el mundo con la mera fuerza de su sueño. Como en los primeros días en el taller imperial de Meudon, allí podía sacar su verdadero carácter contradictorio en pos de una luminosidad deslumbrante. Se rodeaba de zuavos y de tiradores indígenas, de *spahis* y de *méharis*. Se dejó conducir en caravana por las comunidades tuaregs, en interminables hileras de animales y hombres callados que avanzaban despacio por las mismas rutas milenarias que otrora recorrieran sus antepasados. Solicitaba hospitalidad cada vez que se le presentaba la ocasión por aquellos caminos inexplorados. El sol reclamaba a aquel pueblo del desierto, a aquel ejército de fuego, y él se mezclaba entre sus filas, continuando su camino sin detenerse, huyendo lejos, como si pretendiera alcanzar el centro de África.

Mouchot viajó durante meses, siguiendo el viento, con el cuerpo envuelto en tejidos azules que desteñían sobre su piel y aleteaban cual tentáculos de medusa. Se cruzó con comerciantes y traficantes que recordaban a los primeros pobladores de la tierra, criaturas de piel achicharrada que quisieron comprarle los espejos, pero Mouchot proseguía su camino, absorto en su idea, loco y cansado, con el

corazón abierto hacia aquella cumbre inmensa e insólita, convencido de que allí encontraría sus propias raíces. El calor y las temperaturas no cesaron de aumentar en El Aricha, en Géryville, en Tafraoui. Todas las desventuras que había vivido hasta la fecha, todas las horas de clase, todos los cambios de centro, todas las enfermedades de su juventud, cobraban aquí la dimensión absoluta del sacrificio. Dejó atrás Bordj Bou Arréridj, Biskra, T’kout, sufrió unas fiebres terribles y tuvo que parar varios días en el campamento de Saida. Aun así, durante aquella parada imprevista, puso igualmente su máquina a funcionar, y tan pronto como recobró las fuerzas montó en un camello del color de los granos de mostaza y reanudó su viaje.

Llegó a los pies de uno de los puntos culminantes de Argelia, el más elevado de aquella zona del mundo. En el macizo de Aurés, al noreste, el yebel Chelia era tan alto, la naturaleza tan hostil y el sol tan violento que ninguna comunidad había querido establecerse allí. En invierno, cuando los picachos estaban nevados y remitía el calor, la luz cegadora hacía huir a los roedores más temerarios y las aves dejaban de construir sus nidos. Se decía que el diablo tenía allí su morada. El jeque Ouled Hamzag insistió en guiarlo personalmente, pero el sendero era largo y escabroso bajo hileras de cedros, y abandonó enseguida a Mouchot. Solo continuaron el ascenso con él dos yeguas valientes que cargaban aún las piezas de su artilugio, y el viejo camello tuerto sobre el que iba montado. Los guías renunciaron a seguirlo a la altura de la segunda meseta, a mil metros de altitud. Incluso el dueño de las monturas, un viejo campesino sin dinero ni familia, prefirió desandar el camino con los demás, desentendiéndose de sus bestias. Mouchot siguió en solitario, ascendiendo la pendiente de la montaña, comiendo lo que le habían dejado en unos frascos de vidrio cerrados, bebiendo el agua de los riachuelos que iba encontrando, hasta que la noche del 25 de julio de 1879, tras cuatro días de expedición, cuando ya tenía la sensación de haberse perdido en medio de tanta inmensidad, desembocó en una terraza fría y comprendió que había llegado a la cumbre.

Desde aquellas alturas, de un solo vistazo, Mouchot podía abarcar todo el territorio y su amplia llanura. Experimentó una sensación de doble victoria en su corazón. Era el hombre que más cerca se encontraba del sol en toda Argelia, pero en aquel instante alcanzaba también el culmen de su vida. Ignoraba Mouchot que para él sería el final de una búsqueda y el inicio de otra. Si le hubieran dicho que el hombre que bajaría dos meses más tarde sería distinto del que había subido, no lo habría creído. Alrededor de Mouchot se alzaban picos y colinas, troncos majestuosos endurecidos por el tiempo, por la soledad

de las cimas y por el remoto viento del mar. Allá arriba, en aquel imperio de robles negros, se hallaba en otro mundo. Unos cedros prodigiosos de seis siglos de antigüedad, enhiestos, leales, tenebrosos, se erguían como semidioses, gigantes, titanes, catedrales, criaturas divinas, hundiendo sus raíces directamente en la roca, todo un pueblo a un tiempo celeste y monstruoso.

En la cumbre dio inicio para Mouchot una etapa intensa y libre. Construía, caminaba, exploraba, vagabundeaba. Desligado de todo, pensaba en los años que había vivido encadenado a la enseñanza y la academia mientras vagaba con pasos ligeros por las dunas, con la mente azuzada por el viento y el alma embarcada en meditaciones. En ocasiones, se lanzaba por las pendientes arenosas y las laderas de cascajos cuyas cimas presentaban, cual cabellera bermeja, una hilera discreta de acedera silvestre. El oleaje de arena apaciguaba sus pensamientos. Dormía a la sombra de una acacia, con la cabeza apoyada en el abdomen de su camello tuerto, y la fragancia de las tormentas meridionales lo fascinaba tanto como un perfume de mujer. Se alimentaba de zorros del desierto, serpenteantes y prudentes, que atraía mediante señuelos y que mataba de una pedrada en el morrillo. Luego los desollaba, los evisceraba y los guisaba en su olla solar, extendidos sobre una rejilla, cerrada la cazuela con un cristal orientado hacia el sol que en menos de veinte minutos dejaba escapar un olor grasiento y acre a carne blanda. Con el buche lleno, Mouchot se quedaba dormido en aquellos riscos, vencido por el aire pesado, temblando de un gozo oscuro y secreto.

Lo que no había podido conseguir en Meudon lo hizo en Argelia. En días despejados, evitaba los arbustos secos y las umbrías, se apartaba de los desfiladeros de roca y de las hierbas altas; se dirigía al centro de las cimas, a los enclaves más hirvientes, los más abrasadores, empujando ante sí su máquina como un escarabajo empuja una bola de estiércol. Pasaba horas expuesto al sol, con los párpados entrecerrados, los músculos de la cara contraídos, los pies calzados con botas recias, las manos protegidas por guantes húmedos, la cabeza envuelta en una tela de pelo de cabra tejida y tocada con un sombrero de ala estrecha que no le protegía los ojos.

Se encaramaba a su máquina, se plantaba encima de los reflectores, movía los espejos siguiendo la trayectoria del sol, con la espalda azotada por un calor aplastante, y el bochorno era tan intenso que, cuando volvía a tierra firme, lo hacía todo colorado, sin aliento, humeante, convertido él mismo en una antorcha humana. Las suelas de las botas se le derretían, los guantes se acartonaban, las prendas de vestir ardían y empalidecían, todo su cuerpo parecía evaporarse. Pero

Mouchot, obsesionado, delirante, con los ojos acostumbrados ya a la reverberación de los rayos, sumido en una efervescencia de un millar de chispas malvas, buscaba el máximo rendimiento de su artilugio, ansioso por superar los resultados del día anterior, sin descansar, sin esperar, como si renaciera a partir de cada tentativa. Y cuando el agua rompía a hervir, cuando él había terminado de anotar la temperatura exacta, el tipo de materiales, la hora de ebullición, tiraba todo el contenido de la caldera y vuelta a empezar. En una bulimia alienada, descabellada, la llenaba de nuevo, en el incendio mitológico de aquellos bloques de fuego, con más maña que fuerza, yendo y viniendo por aquel castillo de espejos incandescentes.

Se le asaba la cara. Buscaba el incendio, más que la iluminación. Medraba en su interior una necesidad infausta de transformar en locura todos los cálculos efectuados, las radiaciones más sutiles, las brasas más ínfimas, de poner al rojo el cobre de sus espejos. Jamás un erudito sintió, como Mouchot en aquel instante, la distancia vertiginosa, insuperable, que separaba al hombre del astro. Un poderío de otro planeta lo ligaba de pronto a aquella poesía de lo vivo. Mouchot clavaba la mirada en el sol, y todo aquello se le antojaba como un diálogo bíblico. En aquellas alturas, no era solo la presencia constante del sol lo que cobraba dimensiones perfectas; Mouchot adivinaba algo nuevo en él, un temblor prodigioso, una fragua inmóvil, algo así como una apoteosis.

Pero aquella conquista, aunque extraordinaria, tuvo un precio. Años después, Mouchot no sería capaz de determinar en qué momento concreto empezó a perder la visión. Él mismo no se dio cuenta hasta pasados varios días, cuando se desveló una noche bajo su tiendecita y se sorprendió al no distinguir del cielo más que un inmenso manto blanco. No vio el cielo negro, las constelaciones titilantes, el follaje gris, la naturaleza agazapada en la oscuridad de la noche, solo una imposible extensión lívida que recubría el cosmos como si toda la arena del desierto se hubiese adherido a las estrellas.

Al principio pensó que se trataba de una mera consecuencia del cansancio ocular debido a un exceso de trabajo, y pasó varias noches masajeándose los párpados con aceite de borraja, aplicando sobre sus ojeras una mezcla de mirto rojo y ricino, pero no tardó en adentrarse cada vez más en un mundo completamente blanco. Los contornos se volvieron imprecisos, como si el color de las cosas desapareciera con la claridad del día, hasta el punto de que ya no volvió a ser capaz de distinguir el alba del ocaso. El mundo palidecía. Al cabo de una semana, notó que le ardían las retinas como una fogata ardiente, como si sus ojos hubieran absorbido todos los rayos del cielo, y aquella

quemazón interna, que Mouchot percibió con intensidad una mañana que estaba poniendo en marcha su máquina, lo doblegó con tal violencia que se puso a buscar ramas de olivo entre los matorrales para arrancarse los ojos.

Con el menor rayo de luz sus pupilas se inflamaban, lloraban, lagrimeaban, y la claridad se le volvió insoportable. Como Ícaro por encima del laberinto, Augustin Mouchot se había quemado las alas. Sabía, como él, desde el primer momento, que tarde o temprano su descubrimiento lo llevaría a una altura arriesgada, que se aventuraba en terreno peligroso, que no regresaría. Sabía, antes de ascender, que estaba destinado a caer. El último domingo de septiembre, cuando ya había aceptado la idea de que no podía seguir solo en la cumbre del monte Chelia, Mouchot decidió bajar orientándose a tientas; sin embargo, una migraña que llevaba arrastrando tres días lo hizo vacilar al cabo de varias horas de caminata, tropezó con una piedra de gran tamaño, dio con la frente en la roca y perdió el conocimiento.

Despertó cerca de Argel. Durante su letargo, unos nómadas que sabían escribir el tifinagh lo habían encontrado tendido sobre el tronco de un roble, lo habían trasladado, le habían vertido gotas de agua de aciano en los iris y le habían vendado los ojos con una cataplasma de arcilla blanca para conjurar la mala suerte de la montaña. En el hospital Mustapha Pacha, pronunciaron la palabra escorbuto al examinarle las encías, y tifus cuando descubrieron los piojos anidados detrás de las orejas. Varios médicos árabes lo auscultaron y sospecharon de una enfermedad venérea, contraída en las alturas de Chelia, pero Mouchot protestó asegurando que había subido solo con dos yeguas. Otros aludieron a una conjuntivitis de carácter congénito que se habría manifestado repentinamente a resultas de una exposición demasiado intensa a la luz, y alguien hizo incluso referencia a un tumor de párpados.

Todas aquellas opiniones divergentes no hicieron más que agravar su tendencia a la hipocondría. Mouchot, obstinado, hizo que todos los médicos y todos los hechiceros de Argelia le examinaran los ojos, pero se negó en redondo a probar nuevos remedios o tratamientos ancestrales, por temor a que le provocaran otros males. Lo pusieron en manos de unos tunecinos que sabían tratar la fiebre ocular, y tuvo que esperar al mes de noviembre para quedarse tranquilo cuando, de paso por Argel, aún enfebrecido y agotado, un especialista le habló de oftalmia. No se sacó aquella palabra de la cabeza y, aunque no comprendía del todo lo que designaba, se estableció con tal certidumbre en su mente que acabó por sustituir a todas las demás.

Como las desgracias nunca vienen solas, fue más o menos por esta

época cuando se descubrieron nuevos yacimientos de carbón en el este de Francia. El progreso de la red ferroviaria facilitó su suministro y llevó al Gobierno a determinar que la energía solar no era rentable.

De la noche a la mañana, dejaron de financiarse las investigaciones de Mouchot. A raíz de la Exposición Universal de 1878, los motores de explosión y el uso masivo del petróleo cambiaron radicalmente las estadísticas industriales. La misión de Mouchot no tuvo continuidad, y se vio obligado a regresar a Francia. Tanto se había degradado su salud que nadie, ni siquiera el gobernador Chanzy, lo reconoció cuando lo vio en el puerto de Argel, poco antes de embarcar en la que sería su última travesía por el Mediterráneo, en el muelle bañado de sol:

—Solo un carácter clarividente es capaz de poner de manifiesto la ceguera de sus contemporáneos —le dijo.

Para el viejo Mouchot fueron días de duelo. Pasó más tiempo arrepintiéndose de haber vuelto que buscando un apartamento donde hospedarse, y sufrió una crisis de melancolía de la que no se recuperó jamás. Se estableció en la rue Torricelli, en el barrio parisino de Ternes. Deprimido por la brusca interrupción de su misión en Argelia, se negó a emprender de nuevo el camino hacia el liceo de Tours tras aquel periodo vibrante y rico que había vivido los cuatro últimos años. Si en su primer regreso de Argelia había llegado a París rebosante de salud y buena disposición, robusto como un toro, esta vez volvía con un aspecto patibulario, la cara desencajada y un aire despavorido, con una apariencia de antiguo soldado roto que parecía predestinarlo ya a un abismo de soledad.

Pagando el precio de su lealtad, envió una carta al director del liceo de Tours, que puso sobre aviso al rector con estas palabras: «El señor Mouchot ha sufrido en Argelia unos golpes de fiebre que le han acarreado una ceguera muy pronunciada. Los tratamientos prescritos por los médicos no le han proporcionado mejoría». Hizo valer su derecho a la jubilación a partir del 1 de febrero de 1880, solicitó que le abonaran sus emolumentos a su nueva dirección, y exigió complementos vinculados a sus patentes y derechos de autor. Luego, una vez resueltas estas consideraciones, fue a buscar a Abel Pifre.

Pifre no estaba en su taller. Esa misma noche, al enterarse de que Mouchot había vuelto de Argelia con problemas de oftalmia, se preocupó. No por sus ojos, ni por su estado de salud, sino por sus negocios, porque el éxito de Mouchot tras la Exposición Universal había repercutido en él y, mientras uno vivía en Argelia, el otro había conseguido ocupar un lugar más destacado en el mundo científico. Pifre, por aquel entonces, ya había empezado a introducir

modificaciones en el receptor solar de Mouchot, y había registrado por su cuenta, a su nombre, una adenda a la patente de la forma del reflector.

Se hizo el huidizo y dejó pasar varios días antes de verlo. Mouchot había intentado pedirle socorro de cien maneras distintas desde que se había visto limitado a una ceguera parcial y a los tormentos del regreso, pero no había recibido ninguna respuesta por parte de Pifre. Solo lo había visto en la prensa, donde su antiguo ayudante había publicado artículos enjundiosos en las secciones de divulgación científica de diversos semanarios. Su reputación se había extendido rápidamente, hasta el punto de que le llegaban invitaciones de todos los rincones de Francia para conversar con él acerca de la aplicación del calor solar en zonas rurales. Había fundado una revista académica de la que era redactor jefe y que contaba con veinte colaboradores independientes; se proponía traducirla al inglés para conquistar el mercado británico. Abel Pifre se había convertido en lo que Mouchot habría querido ser.

Una mañana citó a Mouchot en su taller. El viejo inventor apareció con sus ajadas prendas de tafetán y su pañuelo azul alrededor del cuello, del que no se separaba nunca; Abel Pifre se sorprendió al verlo tan abatido, tan perjudicado, con unos párpados abotagados que otorgaban a su mirada una aflicción sin horizonte. Tan extremadamente desposeído estaba que Abel Pifre no supo determinar si reaccionó con tristeza o indignación cuando le anunció su intención de comprarle la primera patente con el fin de crear en el número 24 de la rue d’Assas su propia sociedad central de utilización del calor solar.

—¿Que quieres comprarme mi máquina? —preguntó Mouchot con pesar.

—No —respondió Abel Pifre—. Quiero comprarte todas las que están por venir.

En un primer momento, Mouchot se negó. La patente era suya. La conversación subió de tono. Aquella discrepancia, surgida de una sencilla oferta de compra, acabó adquiriendo las dimensiones de un duelo de titanes, sobre el que todos los eruditos de París parecían tener formada una opinión. El diario *Vingtième Siècle*, que tanto había elogiado a Mouchot, fue el primero en vilipendiarlo y publicó acusaciones dirigidas a su persona. En todos los quioscos se aireaba la vida privada de aquel hombre que había cultivado la máxima discreción durante toda su existencia. Lo acusaron de haber robado dinero para costearse unas vacaciones de cuatro años en Argelia, se divulgaron impagos, deudas y adelantos recibidos y nunca devueltos,

se habló de su carácter frío, hiriente, agresivo en ocasiones, de su falta de carisma. Cheques, condonaciones, facturas aplazadas y redirigidas a terceros, citas fallidas, acreedores… tuvo que aguantar de todo.

Mientras Mouchot se perdía en mil cartas enviadas a la Academia, a sus banqueros y a su abogado, Abel Pifre ganaba terreno. El 6 de agosto tuvo una idea genial. En el jardín de las Tullerías, entre la una y las cinco y media de la tarde, durante la fiesta de la Unión Francesa de la Juventud, Abel Pifre instaló una espléndida imprenta Marinoni junto a la fuente y empleó un receptor solar de Mouchot para accionar una máquina de vapor que le permitió imprimir un periódico. El transmisor activaba una bomba hidráulica acoplada a una pequeña imprenta que, movida por una energía de dos caballos y medio de potencia, imprimió ante unas miradas subyugadas y a una velocidad extraordinaria una tirada de quinientos ejemplares por hora del *Soleil Journal*, un número especialmente concebido para la ocasión.

Émile Zola se encontraba entre el público. Quedó tan impresionado que veinte años más tarde, cuando publicó *Trabajo*, se acordó de aquella innovación y le rindió homenaje aludiendo a «esos eruditos que lograron concebir aparatos pequeños que captaban el calor solar y lo transformaban en electricidad». Aunque el sol no calentaba mucho y unas pocas nubes perturbaron la radiación, la imprenta estuvo funcionando todo el día. Gaston Tissandier, químico y físico, editor de la revista *La Nature*, anunció como una profecía: «Cuando llegue la hora funesta, algún genio, saliéndose de las filas, sabrá fecundar el campo de los grandes descubrimientos».

El éxito de la imprenta solar fue un acicate para Abel Pifre, que renovó su oferta de comprar la patente. Mouchot se sintió tentado de volver a rehusar, pero esta nueva proposición, más generosa, cavilada durante semanas en su apartamento de Ternes, le hizo reflexionar. Necesitaba dinero cuanto antes, pues la mudanza le había salido cara, y era consciente de la velocidad a la que se deterioraba su estado de salud. Pifre, cada vez más famoso, lo presionó con cortés insistencia y llegó incluso a sentir algo de compasión por aquel hombre que se lo había enseñado todo. Un martes de otoño vio aparecer a Mouchot en la puerta de su taller de la rue d'Assas con sus rollos bajo el brazo y el certificado que en otro tiempo había mandado enmarcar en una ebanistería italiana.

Para el viejo erudito, aquello era la consecuencia de una búsqueda inconclusa, de frustraciones vividas y de heridas secretas, de todas las infecciones contraídas en el transcurso de su viaje a las profundidades del desierto donde una parte de sí mismo había quedado prisionera. Había sobrevivido, igual que había sobrevivido

siempre durante la infancia, saliendo airoso de todas las trampas que la naturaleza le tendía, pero a pesar de todo había quedado marcado por la aflicción y el abatimiento, con la mirada perdida en el vacío, como si el hálito de la vida lo hubiese abandonado colándose por la grieta de su corazón. Solo cuando empezó a quejarse de dolores de espalda y de artrosis, con el cuerpo encogido y la mirada esquiva, sacó Pifre cinco billetes de banco, tres doblones de oro y una talega llena de monedas de cobre y lo puso todo frente a él, encima de la mesa que los separaba.

—Siempre serás el padre de esta invención —le dijo.

Aquel día, Mouchot perdió el control sobre su patente. Abel Pifre, nuevo dueño de la licencia, se embarcó en un comercio desenfrenado. Contactó con todas las empresas que utilizaban máquinas de vapor para proponerles que se ahorraran los gastos de carbón. Para ganarse su confianza, alquilaba salas de exposición con balcones —que luego él mismo embellecía con tapices de motivos astrales en las paredes y rosetones que representaban soles risueños en el techo— y allí hacía que unos muchachos recién salidos de la Escuela Central pusieran en marcha aparatos que hacían girar pistones.

Hizo demostraciones relacionadas con el vino en el meollo de las fincas borgoñonas, con pan en los traspatios de las panaderías, con bombas en las bocas de las minas del norte. Los encargos se multiplicaron y su sociedad central de utilización del calor solar empezó a formar aprendices de mecánico que ajustaran las nuevas estructuras. Envió también a jóvenes vendedores que llamaron a las puertas de las escuelas militares, retomando la antigua idea de alimentar a las tropas; propuso a los comerciantes de la rue Saint-Guillaume un sistema de tienda-enlace para las piezas que necesitaban sustitución, e inventó toda clase de facilidades de pago para terminar de convencer a los inversores. Gracias a una herencia inesperada, empleó a un centenar de operarios para fabricar máquinas desmontables, simplificadas, reducidas, más ligeras y baratas, y habría acabado concibiendo aparatos solares de bolsillo si más adelante no lo hubiese arruinado la primera guerra mundial.

Mouchot, por su parte, se marchitaba. Tras haber vendido la licencia, tuvo que ceder a precios ridículos sus últimas máquinas, aumentó sus gastos para saldar deudas, se vio obligado a volver a pedir préstamos y, tras haber adquirido aires de burgués sin fortuna, perdió su gracia de erudito y su encanto de aventurero. Dejó de cuidarse. Envuelto en un traje mal cortado que le daba a su cintura un aspecto aún más deforme, con la cara agazapada tras una bufanda espantosa, no se quitaba nunca —aunque no fuera ya más que un

guiñapo descolorido— su vieja tela de tuareg, con la que se cubría el cuello, ni un viejo gabán de cerrajero al que le faltaban varios botones de cobre y que encontró en el ropero de su difunto padre. Abrumado por la frustración de quienes no han hecho realidad sus sueños, renunció a afeitarse y dejó de cortarse el pelo, hasta el punto de que al cabo de unos meses terminó pareciendo un mendigo harapiento.

Volvieron los dolores de vientre, se le retorcía el estómago, la ceguera lo sumió en una oscuridad casi total, y lo sorprendió un inicio de sordera. Le dio por beber orujo de Borgoña con todas las comidas tras darse cuenta de que el alcohol le atenuaba la rigidez de la espalda. Pero el alcohol nada cura, y los reumatismos empezaron a deformarle las rodillas. También tuvo hemorroides, vértigos, acúfenos, caries, un eczema en la palma de las manos y un orzuelo enorme en un párpado, tan gordo, tan hinchado, que parecía que le estaba saliendo un tercer ojo en la retina.

Mientras se desarrollaba esta excrecencia en el ojo de Mouchot, una torre «monstruosa e inútil» construida por un tal Gustave Eiffel se elevaba en el centro de París. En Nueva York se presentaba la máquina solar de Ericsson con un reflector de cinco metros y veintiocho centímetros de abertura y, cerca de Sorède, el padre Himalaya hacía sus primeros experimentos con un concentrador solar que alcanzaba los mil quinientos grados centígrados. Los sueños de Mouchot, en cambio, habían sido pasto de las llamas. A pesar de la publicidad de la que había gozado, no había logrado dejar huella. Sus tentativas, los riesgos corridos, sus demostraciones, todo parecía desmoronarse, romperse, desinflarse. Ninguna industria invertía en sus trabajos, ninguna marca lo patrocinaba, ningún comerciante lo avalaba. De nada le había servido afanarse ante el emperador y los decanos de la Academia, enviar miles de cartas a las administraciones, limosnear francos en todas las puertas, hacer cálculos, día y noche, sin cesar, con el tesón de un monje. Su perseverancia no lo había salvado.

Mouchot ya no era un erudito respetado, sino un espectro vetusto, desterrado de todos los círculos y rechazado por todas las congregaciones científicas. Se contaba que en Argelia lo habían embrujado mediante rituales exorcistas acompañados de suras de curación, y que la muerte le pisaba los talones porque le habían hecho beber un mejunje de hierbas elaborado por chamanes bereberes según las descripciones preislámicas de la *roqya*. Ya no era capaz de dar un paso sin quedarse sin aliento. Avejentado, con cara de fauno, pajarita torcida y sombrero deforme y mal puesto, no tardó en convertirse en un personaje del barrio de Ternes. La cadera empezaba a fallarle y le provocaba una cojera. Tenía tos crónica, la tez lívida, y deambulaba

de callejuela en callejuela, siempre con un bastón en la mano, a veces escoltado por un estudiante de alma caritativa que le agarraba el brazo para que subiera los escalones de su edificio. La vieja máquina de su cuerpo se averiaba, con chirridos y acometidas, y se rompía y se venía abajo, por culpa de la sucesión de desgracias. Ahora, en vez de un emperador, cualquier periodista, cualquier joven curioso, cualquier estudiante le valía como interlocutor: Mouchot se desahogaba con ellos de sus desdichas, enumeraba las injusticias padecidas, se quejaba de sus penitencias. En sus ojos empañados cualquiera podía identificar el auge y la caída de un hombre al que no le quedaba ya nada tras haberlo tenido todo.

El balance era desastroso. Mouchot, incapaz incluso de abonar el alquiler, tuvo que irse del apartamento de la rue Torricelli. Había oído hablar de unas habitaciones baratas que se alquilaban en la orilla izquierda. Bajó el boulevard Raspail hasta el cementerio de Montparnasse, torció a la derecha bordeando el terraplén del ferrocarril y penetró en el distrito xv, cuyos barracones, en la linde entre la ciudad y el campo, se arracimaban en aquel territorio de frontera. Formaban una especie de apéndice nauseabundo de la capital, un galimatías de callejuelas estranguladas, sin luz, con unas canaletas apestosas que solo limpiaban las lluvias. Resultaba muy triste ver aquel hacinamiento absurdo, tan descuidado, tan cerrado, frente a la inmensidad del campo que se extendía pasado el boulevard des Maréchaux.

Llegó al número 56 de la rue de Dantzig con dos maletas de piel de cabra y un baúl de madera que contenía las piezas mohosas de su última máquina solar. Era una casa renegrida de mugre, con grietas en los muros, que un día se había comprimido tan bruscamente durante un temporal que fue menester consolidar la fachada con ayuda de unas vigas recogidas en el puerto de El Havre, salvadas de los pecios de un galeón. Cuando llamó a la puerta, unos gatos que se disputaban un trozo de pollo salieron de un canalón en una riña escandalosa y, tras ellos, lenta y pesada, envuelta en un tufo a antimonio, apareció la dueña del edificio.

Era una mujer menuda, dura como un martillo, con unos ojos sin resplandor, un cráneo puntiagudo y unos hombros anchos que de espaldas la hacían parecer un gladiador. En su semblante se intuían las huellas de una furia reciente, aún viva, que le había dejado las venas de la frente hinchadas y la piel abotagada. Morena, con la barbilla lisa, tenía una cicatriz horrenda en el labio superior y esa boca cuadrada que confieren las mandíbulas acentuadas. Su tez cenicienta, como envejecida por la pobreza y degenerada por la edad,

explicaba por sí sola la soledad a la que la había arrojado la miseria. Por no hablar de los años de mala alimentación, los platos servidos en patios de viviendas y los restos mendigados en cocinas de tugurios, que le habían ensanchado las caderas hasta el punto de convertirla en una de las criaturas más obesas de toda la barriada de Saint-Lambert.

—Me han dicho que aquí se alquilan habitaciones —dijo Mouchot muy despacio.

Ella le clavó la mirada, y Mouchot reconoció entonces a la mujer aterradora del globo aerostático que había visto en un sueño treinta y tres años antes, en vísperas de su demostración en los jardines de Saint-Cloud. Era idéntica a como la había visto en aquella fantasía remota, oculta entre las volutas de las nubes, con la boca llena de huevos negros. Un escalofrío se apoderó de su cuerpo.

—¿Habitaciones? —repitió ella, mirándolo con desdén—. Esto no es un hotel. Solo hay una. —Examinó a Mouchot de arriba abajo—. ¿Nombre?

—Augustin Mouchot. ¿Y usted?

Se hizo un silencio.

—Pierrette Bottier —respondió.

Desde el mismo día en que nació, el único deseo de Pierrette Bottier había sido morir en paz. Sin embargo, cuando Mouchot la conoció, aunque solo tenía cuarenta y tres años, nada en su rostro expresaba el sosiego de un final feliz. A lo largo de su niñez, el borracho de su padre le había gritado tanto que la había dejado casi sorda, algo que la aisló más de lo que ya estaba por naturaleza, y la había condenado a no ejercer más que profesiones ingratas hasta los trece años, entre golfillos y huérfanos. Trabajó en manufacturas, en estampación de tejidos, en hilaturas uniendo hilos y bobinas cochambrosas a cambio de un salario que no le daba ni para comer. Se había topado con la miseria glacial, los botines que hacen rozaduras, la ropa interior que hay que remendar y las muelas arrancadas de cuajo.

El odio la había habitado cada minuto de su vida. Desde los nueve años, había sentido tal necesidad de dinero que no había vivido un solo día sin esa obsesión, sin aprender la avaricia y la venalidad, calculándolo todo. Tuvo la buena idea de ahorrar un céntimo de cada salario, un miserable y triste céntimo que había disputado al hambre y que escondía en una talega de piel de ternero bajo los listones de una escalera, atravesando así la infancia como una hormiguita invisible, soñando con un destino asombroso para sí misma. Con veinte años, cuando todavía tenía la esperanza de hacer un casamiento adecuado, una noche, durante una discusión, una prima le lanzó de sopetón un pulidor a la cara, justo por encima del labio, golpe del que conservó una horrible cicatriz en la boca.

Se convirtió en una criatura fría y gruñona. Chillona, de carácter belicoso, no se conmovió cuando más tarde su patrón le pegó, ni cuando tuvo que abortar en una sucia bocacalle un feto del tamaño de una naranja. No experimentó tristeza alguna ante la muerte de sus allegados, ni cuando comprendió que jamás se casaría. Fue lavandera en las lavanderías de Odeón, tabernera en los tugurios de la calle de los libreros de lance y camarera en los apartamentos nuevos de la avenue de l’Opéra, hasta el día en que, con la talega de piel de ternero llena a rebosar, pudo comprarse una vivienda miserable en la rue de Dantzig, donde planeaba acabar sus días en paz.

Pero la muerte tardaba en llegar. A partir de la adolescencia, engordó a una velocidad alarmante, por haber abusado de los jarabes de goma y los zumos de remolacha fermentada. A medida que se le ensanchaba la cintura, el corazón se le colmaba de impulsos mezquinos que en realidad no eran más que el resultado de unas frustraciones vencidas. Erosionada su fuerza, marchita su energía, aplacaba los ardores de estómago con raíces de ruibarbo y se

administraba curas de genciana y cinabrio, hasta dos litros al día, con tal de sofocar el fuego de sus intestinos. Su antiguo cuerpo de trabajadora y obrera se había transformado en un enorme bulto inmóvil, semejante a un búfalo echado de costado, y durante la noche su vientre soltaba unas ventosidades abominables que dejaban en el aire un olor a queso pestilente y hacían pensar a los vecinos, en su sueño turbulento, que París estaba de nuevo asediada.

Cuando la obesidad la condenó a no salir de casa, el sosiego que tanto había esperado se evaporó durante los últimos años del Segundo Imperio. Tuvo que vivir la guerra franco-prusiana en 1870, asistió a la derrota de Sedán, sobrevivió a las masacres de los comuneros y vio pasar diferentes repúblicas, y lo que para algunos fue una época fascinante de cambios políticos, de novedades sociales y de estructuras morales fue para Pierrette Bottier una sucesión ininterrumpida de desgracias. Sobrevinieron el crac de la bolsa de Viena, la Gran Depresión, el escándalo del canal de Panamá, la corrupción y la inflación, tuvo que vender algunos bienes para sobrevivir, pues su dinero se había devaluado, y subastó las pocas joyas que con mucho esfuerzo le había escamoteado a la pobreza. Por eso, a pesar de que el único deseo que había expresado en su vida, con toda humildad, había sido el de morir en paz, en 1899 no le quedó más remedio que resignarse a alquilar su propia habitación, en su propia casa, para poder asumir los gastos del día a día.

Fue precisamente entonces cuando Mouchot hizo su aparición. Una mañana de niebla, delante de la puerta del 56 de la rue de Dantzig, con setenta y cuatro años, casi sordo y casi ciego, hablando un francés salpicado de palabras en árabe, con un tono de piel que recordaba al sol infatigable del desierto argelino, le propuso un adelanto de los tres primeros meses de alquiler, asegurándole que solo estaba de paso. Ella aceptó, y ninguno de los dos pudo sospechar que Mouchot se quedaría allí hasta el fin de sus días.

Su llegada a aquella última morada quedó grabada en su memoria con tal intensidad que más adelante, mientras la vejez lo consumía en la penumbra de aquella covacha, Augustin Mouchot habría de recordar con una mezcla de gratitud y ansiedad aquel viernes neblinoso en el que Pierrette Bottier lo hizo pasar a su siniestro reino y le presentó su nuevo hogar con una mano fofa y la mirada perdida en el vacío. Lo instaló en el único dormitorio del piso de arriba, tan deteriorado y tan inestable que las brisas más suaves hacían temblar las paredes como en medio de un ciclón.

—Una pasadita con la escoba y quedará como nuevo —dijo.

La casa de Pierrette Bottier era una construcción sucia, húmeda,

apestosa, hecha de tablones mal cortados, donde todo crujía, supuraba, se desmoronaba. Canalones desajustados, tabiques que no eran ya más que vigas verticales, ventanas renegridas de polvo, paredes deslavadas, alfombras agujereadas, moho ubicuo. A menudo, cuando llovía, el agua inundaba los callejones y se colaba por debajo de la puerta mal encajada de la casa, arrastrando la basura y las inmundicias de la rue Robert-Lindet. La escalera que conducía al dormitorio estaba a cielo abierto como consecuencia del derrumbamiento de la construcción aneja, y por algunas partes la estructura no era más que un tablero podrido de puntales y cables de hierro. No había timbre, solo dos cabras nerviosas de pezuñas peladas, amarradas con la misma cuerda a una estaca, que balaban cada vez que aparecía una sombra. Mouchot dejó su máquina en el patio, bajo un pequeño techado, a resguardo del sol. La primera vez que se sentó fuera, perdido en sus ensoñaciones, contemplando las cabras en silencio, Pierrette lo previno:

—No las mire. Estas cabras no dan leche cuando las miran.

En aquella covacha fueron tirando los dos durante el primer año. En verano, Mouchot se pasaba los días en el patio plagado de gallinas, y en invierno, en el salón envejecido por los años de abandono, del que apenas quedaban unos pocos muebles cojos. Allí terminaron de agotarse los últimos ahorros de la talega de piel de ternero y se produjo el colapso final de la etapa solar de Mouchot. Los pies se le hinchaban al menor esfuerzo, su cuerpo se tambaleaba incluso estando sentado, y cada día comía menos. Obligado a aceptar la ayuda de Pierrette, que le llevaba la cuchara a la boca, sobrevivía gracias a los chanchullos misteriosos y el tráfico de hortalizas a los que ella se dedicaba durante sus largas desapariciones en el mercado de Saint-Lambert.

Por las noches, Pierrette tenía que subirlo a la planta de arriba, meterlo en la cama y vaciarle la bacinilla. Ruda, envidiosa, irascible por cualquier cosa, aquella mujer de corazón seco a la que nadie, en ningún momento de su existencia, había visto sonreír, parecía omnipresente. Se la veía en varios lugares al mismo tiempo, inspeccionando cada detalle, y siempre precedida del carraspeo continuo que le habían dejado treinta años de tabaco. Estaba cada vez más obesa, tenía la piel de un león marino, un torso que era como tres veces el de Mouchot, y las piernas tan cortas que, bajo el vestido manchado de la sangre de las gallinas, parecía un boletus gordo con el pie torcido. A veces lloraba en plena noche, con estridentes sollozos e insultando a gritos a la luna, como si tres mil años de miseria se manifestaran en ella a diario. A pesar de la sordera, Mouchot la oía

desde su habitación. Una mañana le preguntó por las razones de sus quejidos, pero ella no pareció sorprendida:

—¿Quejidos? —le preguntó con sequedad—. Yo por las noches duermo como una bendita.

Mouchot se acostumbró a la fealdad de las paredes, al olor a huevos podridos, a las lamentaciones nocturnas, y con el tiempo se fraguó un lugar establecido en la casa. Pero las fuerzas seguían abandonándolo. Cansado por los viajes argelinos, acosado por los acreedores, asfixiado por las exigencias de fondos y anulado por las migrañas, rogaba en silencio por la aparición milagrosa de algún alma caritativa que lo salvara de las aguas pantanosas de su vejez. Necesitaba a alguien que organizara su día a día, que le administrara los gastos y respondiera a las exigencias de la Academia, un trabajo dantesco que exigía la fuerza de un coloso. No le pedía a la vida una pasión, sino un desahogo. Solo que ¿dónde dar con él? Por más que buscara, Mouchot se rindió rápidamente a la evidencia de que la única persona en condiciones de soportar semejante carga y de mantener semejante lastre era Pierrette Bottier.

Pierrette se había hecho cargo de él y, después de mucho tiempo cuidándolo, sufriendo sus enfermedades y dolencias, Mouchot constató con tristeza que ella era la única criatura de este mundo que sabía que él seguía vivo.

«Ni siquiera Dios se apiada ya de mí», pensaba.

Y así estaban las cosas el día en que Mouchot tomó la última decisión de su vida. Salió de su cuarto y bajó al salón, donde Pierrette estaba quitándoles los grillos a unas patatas viejas. Se plantó frente a ella y le anunció, sin mucha convicción y con la voz de quien comunica una tragedia:

—Quiero pedirle matrimonio, Pierrette.

Pierrette Bottier no disimuló su irritación. Dirigió el rostro hacia Mouchot. Había en su mirada algo desesperado que la dejó indiferente.

—Si está usted perdiendo la cabeza —declaró—, hágame el favor de dejarme al margen.

Sin embargo, Mouchot logró convencerla cuando le aseguró que ella sacaría más provecho que él de aquel arreglo. Gracias al matrimonio, él le brindaría sus derechos de autor, su pensión de la Academia, una biblioteca de cuatro mil volúmenes, un escritorio, tres medallas de oro y la última máquina solar que había construido, levemente dañada por los viajes, que había sobrevivido a todas las calamidades del destino con una resistencia gloriosa y cuyo esqueleto de vidrio y metal se podría revender.

Y así se selló, tras una sencilla conversación, un pacto frío. Un acuerdo mercantil que cerraron con la cordialidad de quienes despachan una formalidad administrativa. La segunda semana de octubre de 1899, tres meses antes de que acabara el siglo, un lunes nublado, se casaron en la parroquia de Saint-Lambert de Vaugirard, sin testigos. Pierrette Bottier aportó como dote la casita de la rue de Dantzig, dos cabras y veinticinco gallinas que ponían huevos negros. No se prometieron nada, no se juraron nada, y esa misma noche, una vez firmados los papeles, sin alianza ni brindis, cada cual se quedó dormido como si aquel día hubiera sido idéntico al anterior. Antes de meterse en la cama, Pierrette pronunció la única frase que intercambiarían entre ellos a propósito de su enlace:

—Que nos hayamos casado no significa que yo ahora sea tu mujer.

El matrimonio no alteró en nada el equilibrio doméstico de la rue de Dantzig, si bien permitió que Pierrette se adueñara de la renta de su esposo con mano de pirata. Mientras Mouchot se marchitaba en su habitación del primer piso, solo en la oscuridad siniestra a la que la ceguera lo había arrojado, Pierrette se dedicaba a administrar el dinero de la pensión con juegos de manos y una venalidad que se volvió proverbial en el barrio. Aunque a lo largo de toda su vida había sido como una hormiga ahorrativa, de pronto se transformó en cigarra manirrota y, ávida de encontrar un negocio lucrativo, se le metió entre ceja y ceja que una buena inversión sería el mejor ahorro.

Se le ocurrió que comerciar con gallinas sería lo más rentable. Con el primer pago de la Academia, compró a un criador de Montparnasse trescientas gallinas y ochenta barriles de hojas muertas, mondas de verdura, pan seco y lechugas estropeadas que lanzó al patio, lejos de las cabras para evitar ataques a pezuña limpia. Las gallinas estuvieron picoteando todo el día con tal apetito que al cabo de veinticuatro horas, en medio de un cacareo infernal y un olor a plumas mojadas, pusieron suficientes huevos para dar de comer a un regimiento. Pierrette pasó toda la semana plantada en el centro del patio, donde había establecido su cuartel general, recogiendo los huevos antes de que las cabras los aplastaran, pero tuvo que renunciar a aquel negocio porque, a dos meses de su llegada, las gallinas empezaron a morirse una detrás de otra, con los intestinos minados de lombrices, de una extraña epidemia que ella achacó a un acto de brujería.

La crisis se desató una madrugada cuando Pierrette se desveló y bajó para cerciorarse de que sus animales dormían. Descubrió entonces que todas las noches se escapaban del gallinero y se

acomodaban encima del espejo parabólico de la vieja máquina de Mouchot, con el pico pegado a la herrumbre y las corrosiones de cobre. Lo vio clarísimo: la epidemia la había provocado el artilugio solar. Tuvo la certeza absurda, irracional, de que la máquina de Mouchot era un espíritu maléfico, y se echó a temblar ante la mera idea de que aquel aparato del diablo, salido de las profundidades tenebrosas de la ciencia, viniera a absorber no los rayos del sol, sino las energías ocultas de su alma. Segura de que alguien había urdido una conspiración a gran escala contra su explotación, decidió que aquella máquina satánica, inútil y monstruosa, no podía permanecer ni un minuto más en el mismo espacio que sus gallinas. Por más que Mouchot trató de explicarle que no había ninguna relación entre la enfermedad y su invento, Pierrette hizo temblar la mesa que los separaba:

—O te deshaces de ella o me divorcio.

Así pues, Mouchot se separó de su última máquina solar mientras barrían los cadáveres y las plumas diseminadas de las gallinas que las lombrices habían acabado comiéndose desde dentro. En enero del año siguiente, seguían viviendo en la miseria, despojados como Diógenes, pues ciertas irregularidades impedían el abono de sus pensiones. Mouchot, en calidad de antiguo profesor de instituto, era titular de una pensión de mil ochocientos noventa y tres francos, además de estar inscrito en el presupuesto de la instrucción pública con un subsidio «literario» anual de mil ochocientos francos.

Pero con eso no les llegaba. Los impuestos, la comida, las facturas por pagar, las deudas por devolver, todo hacía mella en una vida ya de por sí indigente. Por eso, cuando Pierrette vio que los ahorros de ambos se iban a pique, decidió reclamar a una prima los tres mil francos de un préstamo antiguo. La prima escurrió el bulto, hubo broncas, denuncias, y llegaron a juicio.

El proceso sacó a relucir la situación financiera de Pierrette. Localizaron unas costas judiciales sin abonar a la Administración. Mouchot no se enteró de nada de este asunto hasta la tarde en que un agente judicial del tribunal de apelaciones se presentó en el 56 de la rue de Dantzig, escoltado por el comisario de policía de Vaugirard, con el objetivo de embargar el mobiliario. Las cosas podrían haberse solucionado con elegancia si, cuando llamaron a la puerta, Pierrette Bottier no los hubiera recibido con cara de pocos amigos y blandiendo un cuchillo de cocina.

—Monárquicos de mierda —les gritó.

Se barajó la opción de encerrarla, pero la Administración no quiso dejar solo a un abuelete acostumbrado ya a los cuidados de su esposa

y archivó el caso, de modo que durante varios días no se habló más del asunto. Pero la salud de Mouchot hacía temer a Pierrette una muerte que habría puesto fin a la pensión.

Buscó una solución más duradera. A primeros de febrero dio con un homónimo, un tal Charles Mouchot que no tenía ninguna relación de parentesco con su marido, para sustituirlo por Augustin. Charles Mouchot era un tipo espeluznante, de estatura media, temperamento frío y tez rojiza, la mirada baja, la nariz demasiado larga, la melena cepillada hacia atrás y las cejas descuidadas; todo su perfil poseía esa lividez amenazadora de los brujos bajo la lluvia. Él mismo se ocupó de las diligencias jurídicas: manipuló los dos nombres de pila y, con ayuda de un falsificador, elaboró unas actas ilegales con la esperanza de que Augustin muriese antes que él para repartirse sus bienes con la viuda.

Pero Charles Mouchot murió primero. El 8 de marzo de 1907 lo detuvieron por haber falsificado tres mil francos en monedas de cinco escudos que iba colocando con cuentagotas en el mercado de La Villette, y posteriormente fue recluido y condenado a ejecución en plaza pública. Un indulto especial lo salvó de la guillotina. Le permitieron cumplir la pena cerca de Marsella, en el hospital Caroline de la isla de Ratonneau, cuidando a leprosos y apestados. Pasó meses lavando las aguas negras de sus abrevaderos y limpiando letrinas, hasta el día en que intentó abusar de una enfermera y fue repatriado a París. Lo llevaron ante los tribunales, lo condenaron por segunda vez y, pocos días más tarde, en plena noche, lo decapitaron delante de la cárcel de la Grande Roquette.

La Academia, dando al auténtico Mouchot por muerto, le suspendió la pensión. Un mes más tarde, cuando Augustin Mouchot se dio cuenta, intentó reclamar. Pero el consejero del ministro de Instrucción Pública, un hombre de frente plana y cráneo afeitado que lucía un mostacho que le tapaba la boca por completo, lo recibió con frialdad en su gabinete y escuchó sin convicción su deslavazada denuncia. A continuación, levantando los ojos hacia el cielo, concluyó:

—Para la Francia mutualista está usted muerto, caballero.

Mouchot se puso hecho una furia. Tuvieron que sacarlo por la fuerza. Corrió el rumor de que el viejo erudito no era capaz de reprimir sus ataques de ira. Tenía ochenta y dos años cumplidos. Las alergias y las anemias lo estaban carcomiendo por dentro. Todo parecía abocarlo hacia una muerte inminente y serena cuando, una tarde de abril, tras una jornada de calor abrumador, recibió la visita de un enviado de la prefectura de policía. Sin pasar del umbral, el oficial lo informó de que su esposa, Pierrette, que se encontraba en la

comisaría del barrio de Necker, había sufrido tal ataque por los pasillos que habían tenido que trasladarla a la enfermería especial de las instalaciones.

Según su propio testimonio, esa misma mañana, una chiquilla de diez años le había referido inocentemente una acusación ridícula contra una persona del barrio y Pierrette, resentida por los problemas familiares, atormentada por los juicios a los que la pareja debía hacer frente, se había apresurado a ir a dar parte a la policía. La habían examinado unos médicos que no le restituyeron su libertad. Aun así logró escapar, pero enseguida le echaron el guante en unos grandes almacenes del distrito vii y la internaron por la fuerza en Saint-Anne, desde donde la condujeron a Ville-Évrard y posteriormente a Perray-Vaucluse, en el departamento de Seine-et-Oise. Tras pasar por varias instituciones, había acabado en una casa de reposo de Sceaux.

—Han hecho falta cuatro hombres para hacerla entrar en razón. Es una mujer muy tenaz.

La noticia dejó destrozado a Mouchot. Buscó a tientas en las medusas de su memoria un auxilio milagroso, una mano amiga, pero el emperador había muerto, Verchère de Reffye también, a Benoît Bramont se lo había tragado la tierra y Abel Pifre construía ascensores con un tal Otis, un norteamericano que muchos años después le compraría la patente. Ningún conocido podía acudir en su ayuda. Vencido, aislado de todo, probó suerte dirigiendo una carta a la Academia, donde pensó que hallaría consuelo. Como la respuesta no llegaba, al día siguiente se presentó cojeando en la prefectura preguntando por Pierrette, en medio de protestas y súplicas, mientras con voz desgarrada insistía en el «cansancio de mi mujer» como podría haber dicho «la belleza de mi mujer, la impresionante belleza de mi mujer». Ninguno de los gendarmes de la comisaría del distrito xv podía sospechar que aquel viejecito encorvado, vestido con una mera manta de lana, con el bastón en la mano, era caballero de la Legión de Honor, había recibido los aplausos de un emperador, había obtenido una medalla de oro durante la Exposición Universal y era capaz de calcular la huella más sutil del calor sobre París y de registrar con una precisión infalible las trayectorias más delicadas de los rayos solares. Ahora, anciano y senil, se arrastraba por el suelo pidiendo que le devolvieran a una mujer internada en un pabellón de psiquiatría.

La situación empeoró. Mientras Pierrette estaba detenida, su antiguo caso de impagos a la Administración se reactivó y cayó en manos de un nuevo agente judicial, que lo clasificó en la sección «embargo y venta». Durante la ausencia de Mouchot, el agente entró en la casa acompañado del comisario del barrio, un tal Buchotte, y

procedió a la confiscación de los bienes. Cuando el viejo erudito regresó, abatido, deprimido y agotado de tanto llorar, se dio de bruces con el agente judicial. Mouchot abrió los ojos como platos. Acarició con sus manos temblorosas los objetos conocidos, vestigios miserables de su vida laboriosa, y murmuró:

—Me lo quitan todo. Yo no he hecho nada malo. He trabajado mucho, eso es todo. ¿Mis libros también se los llevan?

Había en su voz una emoción tan conmovedora que, ante la sinceridad de su desesperación, el comisario ordenó:

—Los libros no se tocan.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, Mouchot se quedó solo, sin recursos, en su hogar despojado, abandonado a su dolor. Se sentó en el umbral al que unos años antes había llegado mendigando una habitación, y allí se quedó, aturdido por el destino, casi sin moverse, desorientado en sus pensamientos.

De pronto, con la poca vista que le quedaba, distinguió un caballo tuerto que cruzaba la calle, con la cabeza inclinada hacia un lado para ver mejor por dónde iba, y Mouchot se acordó de aquel dromedario con el que había convivido en las alturas del monte Chelia, allá en la lejana Argelia, en los bosquecillos de cedros que dominan el desierto. Acusó en el corazón la emoción dolorosa que provoca el recuerdo de un breve instante de paz que no se repite jamás. Volvió a ver la montaña prodigiosa, la llanura seca, dorada, clamorosa de silencio, con su perfume de salitre, su sol que engordaba los dátiles y las cortezas de los manzanos, sus dunas de crestas caprichosas, su cielo azul y sus selvas de pinos que se encaramaban a la pared vertical de los peñascos.

De pronto sintió el deseo de abandonarlo todo, de salir en medio de aquel día espantoso y echar a andar hasta llegar al mar. Quiso atravesar montañas y puertos, salvar a nado los mil kilómetros de Mediterráneo y, una vez al otro lado, correr hasta el monte Chelia y quemarse de nuevo. Pero el caballo tuerto desapareció, y la miseria parisina que lo rodeaba, con sus desgracias y sus enfermedades, con sus disparates y sus injusticias, lo abrumó bajo un peso tal que fue a acostarse y se quedó dormido con la ropa puesta. Se parapetó tras el silencio y cuando, diez días más tarde, se dignó salir, con el vientre hinchado por culpa del pan malo y la carne seca, no era ya más que el fantasma de sí mismo.

En todo momento de desesperación aparece un ángel. Para Mouchot, fue el señor Proust, secretario de la Sociedad de Amigos de la Ciencia, a la que pertenecía desde hacía once años, y que tuvo noticia del «caso Mouchot» por la prensa, que se había ocupado del

asunto a raíz del internamiento de Pierrette.

Era un hombre de unos cincuenta años bastante menudo, con la cabeza muy redonda y una barbilla puntiaguda, de aire flemático. Tenía una cara ancha y delicada de contornos carnosos, sin atisbo de tensión, y unos ojos azules, bajo unas cejas finas y levantadas, que conferían a su mirada cierto desarraigo. A su edad conservaba aún unas convicciones fourieristas y sansimonianas, vestigios del siglo anterior, y defendía la idea según la cual no puede haber ciencia sin conciencia social.

Proust se presentó en la casa de Mouchot en los primeros días del verano. Cuando subió al piso de arriba, descubrió un batiburrillo de platos rotos, ropa sucia y libros desparramados aquí y allá. Sentado en medio de aquel caos, inmóvil, silencioso, el pobre Mouchot lloraba la ausencia de su mujer.

Lo llevó enseguida en coche donde el librero Hermann, que conocía a Mouchot desde hacía mucho tiempo, de la época en que este frecuentaba la librería de lance de Delaporte. Augustin Mouchot, agotado, jadeante, apoyándose en el bastón, le rogó que lo acompañara.

—Necesito dinero. ¿Me hará usted el favor de venir a mi casa? Le venderé unos pocos libros.

En la rue de Dantzig, el librero entró en la casa de Mouchot de puntillas para sortear los desechos que había por el suelo. No le hizo falta más que un par de ojeadas rápidas para localizar en las estanterías cojas una edición *princeps* de las *Acta Mathematica* de Isaac Newton y un ejemplar de *Las pasiones del alma* de René Descartes, publicado un año antes de su muerte, con las cubiertas en vitela color marfil, en su encuadernación de época. Hojeó los tomos, olisqueó el papel, seleccionó, ponderó y finalmente, a cambio de un anticipo de doscientos francos, se llevó tal cantidad de libros que tuvo que pedir ayuda a un joven aprendiz que apareció empuñando una carretilla vieja. Diez años después, cuando se desmanteló la biblioteca de Mouchot, no se encontraron más que viejas ediciones en rústica de estudios geométricos, volúmenes de papel marmoleado en los que el cuero de la encuadernación había sido roído por las polillas de los libros y unas pocas páginas garabateadas con mano impaciente y reunidas en un fajo de cuartillas con tinta verde, dedicadas a la representación de los «imaginarios».

Fue más o menos entonces cuando el señor Proust le entregó a Mouchot una suma de tres mil trescientos ochenta y cinco francos con veinticinco céntimos, que representaban las pensiones perdidas por culpa de Charles Mouchot, y le abrió un crédito extraordinario en la

cuenta de la Sociedad. Mandó a unos operarios que llevaron a cabo las reparaciones necesarias en la casa. Puso orden personalmente entre sus papeles, retiró del monte de piedad el ajuar y los objetos empeñados por Pierrette, y encargó a una asistenta que frotara, barriera y lavara de arriba abajo toda la casa. Se hizo cargo de los intereses de Mouchot que sus prescripciones habían paralizado y se ocupó de que se abonaran los atrasos de la pensión de jubilación que, según él, Pierrette había dejado acumularse durante tres años. Mouchot le confió el dinero que había reunido con la venta de los libros, y le entregó también el producto de sus giros y bonos de correos, llegados a la rue de Dantzig a raíz de los artículos que habían aparecido en los periódicos. Pero, aunque la situación parecía mejorar poco a poco, Augustin Mouchot lloraba de la mañana a la noche y solo sabía repetir una cosa:

—Lo único que quiero es que me devuelvan a mi mujer.

Tres semanas más tarde, a últimos de julio, Pierrette quedó en libertad. Salió de aquel internamiento más desconfiada que nunca. Volvió presa de una ira desbocada. Dedicó toda la tarde y la noche a poner la casa del revés, como si quisiera purificarla de los demonios de su ausencia: cambió los muebles de sitio, lo registró todo, degolló a la última gallina y, con la sangre, hizo un mejunje denso de jabón que usó para lavar las paredes. Tapió la puerta de la calle, convencida de que los de la Academia se presentarían para ingresarla otra vez, y ya solo salía a través de una especie de tragaluz.

A veces llamaba alguien a la puerta. Le prohibía a Mouchot que abriera. Ya podía ser la policía, algún amigo, el pocero, el cartero o alguien de la familia: ella no respondía a nadie. Mouchot dormía en la planta superior, al fondo de un pasillo, en una cama con las sábanas manchadas de sangre y de sudor, y el vientre lleno de recortes de carne comprados de saldo. Pierrette, que salía a menudo, se presentaba con regularidad en la fiscalía del Sena, con una terquedad enfermiza, para presentar acusaciones contra intrusos o vecinos, convencida de que vivía rodeada de asesinos. Rechazaba todo lo que «esos señores de la Academia» querían hacerle firmar, y puso a Mouchot en contra de todo el mundo.

—¿Te das cuenta? —le decía—. Has entregado sesenta años de tu genialidad a este país y mira cómo te lo agradecen.

Lo convenció de que estaba siendo víctima de un oscuro complot. Aquellos señores del Instituto, los agentes judiciales, el señor Proust, Abel Pifre, el librero Hermann... todos habían decidido conchabarse en su contra para poder arrebatarle su propiedad, sus libros, sus patentes. Para protegerlo, Pierrette le tiraba toda la correspondencia y

le tenía prohibido salir. Siempre volvía del mercado con una bolsa de peladuras que eran tanto para las cabras como para su marido. En aquella época ya solo llevaba una toquilla de mendiga sobre los hombros y una trenza grasienta y gris, toda alborotada, que recordaba vagamente a una peluca. Con los ojos saltones y el corazón arrugado, vigilaba sin cesar la cancela de la entrada. Una tarde, apareció un periodista del *Méridor* que estaba escribiendo un texto sobre la suerte de los inventores. Trató de abordar a Pierrette.

—¿Señora Mouchot?

Ella se volvió con agresividad y abrió mucho los ojos. La cara, de un tono terroso, se le puso verde.

—¿He dado yo la señal? —gritó—. ¿Qué quiere este ahora? ¡No! ¡No! ¡No quiero ver a nadie...!

Atravesó el patio y, sin dar media vuelta, con un gesto violento, cerró la cancela tras ella. Mouchot no se había enterado de nada. Tocado con un gorro, envuelto en una cortina vieja, hundido en un sillón grande, con un brazo inclinado bajo la barbilla, como un hombre de cera, no se había movido.

Al día siguiente, el joven periodista, que respondía al nombre de Edmond Bernaert, escribió un artículo que dio mucho que hablar. Lo tituló: «El caso del señor Mouchot, un hombre secuestrado».

La lectura de aquel artículo deprimió a su protagonista. A finales de septiembre, Mouchot empezó a tener tos. El primer día durmió dieciocho horas seguidas para tratar de mantener la enfermedad a raya, pero el segundo lo atacaron unas fiebres incontrolables que le convulsionaron el pecho como si un océano estuviera tratando de salir. Al tercer día, se oyó un estertor pavoroso que hizo temblar el entramado de las paredes. Pierrette le administró adormidera y vino de opio que le compró a un brujo vasco, creyendo que así lo haría vomitar y se aplacaría el fuego que lo consumía por dentro, pero Mouchot, que no había comido nada, se puso a soltar palabras incoherentes en una lengua extranjera, perdido en un cenagal de delirios, hasta el punto de que los vecinos pensaron que Pierrette sometía a su esposo a sesiones de exorcismo.

Nadie acudió a echar una mano. Nadie llamó a la puerta. Allí se quedaron los dos solos, esclavos el uno del otro, hasta el jueves lluvioso en que apareció un mensajero con un recado del Instituto de Francia. Pierrette no estaba en casa. Mouchot, por primera vez en mucho tiempo, recibía una nueva visita. Abrió la carta. El Instituto y la Academia, a sabiendas de su desamparada situación, y con el fin de consagrar sus trabajos, habían decidido hacerle entrega de un galardón tardío, un premio prestigioso que coronaría su trayectoria en

la historia de las matemáticas.

En medio del naufragio, un faro acababa de encenderse. Mouchot, aunque enfermo, quiso hacer acto de presencia en la entrega del premio. Le costó encontrar, sin ayuda, en el fondo de un baúl grande de metal, su único traje, que no se había puesto desde que regresara de Argelia. Afeado por el tiempo, envuelto en papel de periódicos del siglo anterior, tuvo que arrancárselo a las termitas, que ya habían empezado a mordisquear las costuras. Mouchot había perdido tanto peso que el pantalón le quedaba grande, como si hubiera pertenecido a otra persona, y tuvo que ponerse unos tirantes para que no se le resbalase cintura abajo. La chaqueta tenía arena del Sáhara en los bolsillos y signos de desgaste en las mangas. Se tumbó en la cama, completamente vestido, y se dejó embargar por una dicha antigua que ya creía haber olvidado.

Era mediodía del viernes 4 de octubre de 1912. Mouchot sintió que el corazón le fallaba. A través de la ventana vio de nuevo, por última vez, el monte Chelia en el desierto argelino, tan claro, tan nítido, que tuvo la impresión de que un haz de arena se colaba entre las cortinas. Luego cerró los ojos.

La muerte de Augustin Mouchot sobrevino en el instante mismo en que Pierrette regresaba del mercado y entraba en la casa. Cuando subió al primer piso, Mouchot estaba tumbado, lívido, vestido de traje, con el rostro vuelto hacia la luz otoñal, como si hubiera esperado aquel momento desde siempre. Lo único que encontró Pierrette, en el bolsillo interior de la chaqueta, fue un cuadradito de papel amarillento en el que con tinta desvaída había escritas unas palabras que ella jamás comprendió:

Aunque lo parezca, no estoy muerto.

«El genio lo da Dios, pero el talento es cosa nuestra; con un espíritu recto, amor a la tarea y una paciencia firme, se llega a tenerlo.»

GUSTAVE FLAUBERT

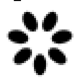
Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El inventor*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Miguel Bonnefoy (París, 1986) es un escritor francés de padre chileno y madre venezolana. Estudió literatura en La Sorbona y ha escrito varios libros muy premiados. En 2013 fue galardonado con el Premio al Joven Escritor en Lengua Francesa. Entre sus novelas destacan *El viaje de Octavio* (2015), que recibió diversos reconocimientos como el premio Edmée de la Rochefoucauld para debutantes, el Prix de la Vocation y el Fénéon, y fue seleccionada para el premio Goncourt a la primera novela; *Azúcar negro* (2017; galardonada con el premio Mille Pages y el Renaissance); *Herencia* (2020, Prix des Libraires 2021 y finalista del Goncourt y del Femina) y *El inventor* (2022; Libros del Asteroide, 2023), ganadora del premio Patrimoines y finalista del Femina. Su obra se ha publicado en una veintena de países.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El inventor*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Los sueños de Einstein, Alan Lightman

Los hijos dormidos, Anthony Passeron

El visionario, Abel Quentin